



LA FÓRMULA DE UN BESO

Dina Reed

LA FÓRMULA DE UN BESO

DINA REED

©Dina Reed, julio, 2019

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

A pesar de que David Sinclair se ha hecho millonario con una web de citas en la que miles y miles de personas han encontrado pareja, él a sus 32 años sigue siendo un soltero de oro.

Es demasiado exigente y, como buen matemático, sabe que las posibilidades de encontrar a su pareja ideal son tan remotas como toparse con un *karaoke* en una galaxia lejana.

O eso cree hasta que aparece en su vida Amanda Klein, su nueva secretaria y todo su mundo se vuelve del revés.

Amanda no es su tipo, Amanda no entraba en sus planes, Amanda está como una cabra, Amanda le desquicia como nadie, pero tiene un no sé qué que le está volviendo loco.

Y lo que es peor, no encuentra un puñetero patrón matemático que explique lo que le está pasando con ella.

Amanda es una chica independiente, caótica, fuerte y romántica, que está convencida de que el amor no tiene nada que ver con los patrones, las fórmulas y los algoritmos que tanto le gustan al estirado de su jefe.

Para ella el amor es pura magia y misterio, miradas que lo dicen todo, y besos perfectos que cambian vidas enteras.

Hasta que un día le da por probar la web de citas y se lleva una sorpresa monumental, pues el candidato perfecto según el maldito algoritmo no es otro que el insoportable de su jefe.

¿Pero y si funciona? ¿Y si verdaderamente existe una fórmula que nos lleve hasta el beso perfecto?

Capítulo 1

A las ocho de la mañana en punto, Amanda apareció en el despacho de David Sinclair con el informe que le había pedido el día anterior y un café muy cargado.

—¡Buenos días, David! ¿Has visto qué día hace? Te he impreso el informe por si te apetece analizarlo en el parque.

David levantó la vista del ordenador y pensó una vez más que cómo podía estar trabajando con esa chalada. Luego, masculló con el ceño fruncido:

—Solo piso el parque cuando voy a correr a las seis de la mañana.

—Pues deberías frecuentarlo más, al aire libre se piensa mucho mejor.

Amanda le tendió el informe que David cogió de mala gana, lo dejó encima de la mesa y luego tomó el café...

—¡Maldita sea, Klein! —exclamó a punto de abrasarse los dedos y dejándolo con un cabreo tremendo sobre la mesa.

Amanda se echó a reír y le confesó divertida:

—En casa me llaman “Manos de amianto”, es una de mis muchas habilidades... Por eso, siempre te lo dejo encima de la mesa, pero como hoy te has empeñado en cogerlo para perderme de vista lo antes posible...

David miró otra vez a esa mujer que le desquiciaba como nadie, asintió con la cabeza y le recordó:

—Tengo mucho trabajo, y me parece que tú también.

—Desde luego, sin embargo las cosas marchan mejor que bien. En el informe lo tienes todo, pero te adelanto que este mes hemos tenido una subida de usuarios bestial. Cosa que no entiendo porque poner algo tan importante como el amor en manos de una aplicación es algo delirante.

Amanda llevaba un mes trabajando en Tu Pareja Perfecta, TPP, una web de citas en línea de lo más exitosa y desde el primer día le había dejado claro a su creador que desconfiaba totalmente de ese tipo de aplicaciones.

Y a él la verdad que le daba lo mismo...

Estaba tan desesperado desde que la señora Muir, la secretaria que había heredado de su padre, se había jubilado que cuando apareció una candidata graduada en Literatura Inglesa en la Universidad de Brown, con unos cuantos años de experiencia como secretaria de dirección en una asesoría contable de cierto prestigio, ni se lo pensó.

Le pareció que tenía el perfil perfecto para trabajar en una empresa 2.0, con esa mezcla de creatividad y mente abierta que aportaba su gusto por la literatura, y la eficacia y la capacidad resolutive adquirida por su experiencia profesional.

Y lo cierto era que como secretaria no podía ser más competente, elaboraba unos informes impecables, cuidaba los detalles al máximo, no se le pasaba una, pero tenía un pequeño gran defecto que a David le irritaba sobremanera: no tenía filtros.

La señorita Klein decía absolutamente todo lo que se le pasaba por la cabeza y él cada día lo llevaba peor.

—Ya sé lo que piensas de este tipo de aplicaciones, me lo dejaste bien claro desde el primer día —habló David apretando fuerte las mandíbulas.

Amanda, que a pesar de que llevaba poco trabajando con el señor Sinclair sabía perfectamente que cuando hacía ese gesto era porque estaba atravesando los límites de su ofuscamiento habitual, le aclaró:

—Lo que no significa que no me alegre, me alegro muchísimo de que la cosa vaya cada día mejor. Soy una más del equipo y me dejo las pestañas para que TPP crezca cada día y más y más... Ahora bien, no lo entiendo... Yo jamás recurriría a una aplicación para encontrar a mi pareja ideal, cuando existe el indicador más poderoso del mundo para saber si estás frente a la persona correcta.

David se revolvió en su asiento al escuchar aquello y preguntó con suma curiosidad, pues no había cosa que le pusiera más que un indicador poderoso...

—¿Estás hablando de un algoritmo que haga mejores filtrados que el que estamos utilizando en nuestra aplicación?

Amanda asintió con una sonrisa enorme y respondió convencida:

—El mejor filtrado.

David se aflojó el nudo de la corbata, ya que él siempre vestía impecables trajes italianos, aun cuando todo el mundo en la oficina vestía de lo más

informal, y preguntó con más curiosidad todavía:

—¿Desde cuándo te interesan las matemáticas? En tu currículum no indicabas nada al respecto...

Amanda se echó a reír y le explicó a su jefe que no daba crédito:

—¿Matemáticas? Por favor, señor Sinclair... ¿Cuántas veces tengo que explicarte que soy de las que piensa que el corazón no se rige por números, ni por indicadores, ni por nada que tenga que ver con el rigor matemático?

David seguro de que nadie en el universo podía desquiciarle tanto como su secretaria, agarró la estilográfica carísima que le había regalado su padre y estrujándola preguntó:

—¿Entonces para qué me hablas de indicadores poderosos?

—Es que lo es.

David bufó haciendo esfuerzos ímprobos para controlar su enojo y le preguntó con el rostro en tensión:

—¿Me estás tomando el pelo, Klein? Porque si es así, y por si todavía no te has percatado, soy de esa clase de personas que encajan fatal las bromas.

—Obvio, no hay ni un solo ogro al que le gusten... Bueno, menos a Shrek...

David pensó que eso ya era el colmo, no solo le estaba vacilando vilmente sino que ahora le escupía a la cara que era un ogro. Y por ahí ya sí que no podía pasar...

—Mejor que dejemos esta absurda conversación aquí, antes de que me convierta en un ogro de verdad.

Amanda notó al señor Sinclair tan ofuscado que creyó necesario matizar algo:

—Te he llamado ogro sin acritud. Quiero decir, que ser un ogro es algo hasta cierto punto encantador...

David se echó hacia adelante, soltó la estilográfica y ya totalmente descolocado preguntó:

—¿Qué?

—Para el que le gusten los ogros, claro está... A mí no, a mí los caracteres hoscos, huraños, avinagrados, fríos y distantes, no me van nada... Pero tienen su público, claro que sí... Seguro que hay quien lo encuentra encantador y qué duda cabe que para llegar tan alto como tú lo has hecho hay que tener el corazón gélido como el *iceberg* que hundió al Titanic...

David sintió tal nudo en la garganta, que agarró el café de un zarpazo y le

dio un buen trago...

—¡Joder! ¡Esta mierda sigue hirviendo! —exclamó con la garganta abrasada.

—Yo cuando te he visto coger el café como si fueras un oso pescando salmones y te lo has metido todo para dentro, me he temido lo peor. ¿Te traigo un vasito de agua? ¿O te abanico la lengua con la mano?

David que tenía la lengua fuera, cerró la boca y la miró furibundo:

—¡Deja las bromitas, Klein! Que creo que te estoy enviando suficientes señales de que me tienes con los nervios de punta.

—Buah. ¡A ti todo te pone los nervios de punta! —repuso dando un manotazo al aire—. Ya me voy, pero antes dime si quieres saber cuál es el indicador más poderoso...

Llegados a ese punto de la conversación, David que solo quería perderla de vista, se encogió de hombros y masculló convencido de que la respuesta solo podía ser algo de lo más absurdo:

—¿Cuál?

Amanda le miró con una sonrisa triunfante y respondió alto y claro, con un convencimiento absoluto:

—Un beso.

Y al decir la palabra beso, la señorita Klein puso unos morritos en los que David no pudo evitar reparar, mientras replicaba:

—¿Qué dices, Klein?

—Que el indicador más poderoso para saber si alguien es tu pareja ideal es un beso... El beso perfecto.

Y de nuevo, Amanda puso esos morritos que esta vez al señor Sinclair no solo le llamaron la atención, sino que le entraron unas ganas absurdas y extrañas de probarlos...

¿Cómo sería besar los labios carnosos y jugosos de la irritante de Klein?

Y ante semejante pregunta, sintió tal horror, que tras revolverse en el asiento, le exigió señalando la puerta con el dedo índice:

—¡Sal de aquí, Klein! ¡Y dejemos de una vez de perder el tiempo!

Capítulo 2

En cuanto Amanda salió por la puerta, el señor Sinclair se puso a trabajar duro en la nueva versión de la aplicación que pensaban lanzar lo antes posible.

Informáticos, matemáticos, ingenieros, sociólogos, psicólogos y antropólogos estaban trabajando codo a codo para mejorar el algoritmo con el fin de que cada vez más usuarios encontraran a la pareja perfecta.

Lo cierto era que hasta el momento, la aplicación era un éxito: facturación millonaria, implementación en más de noventa países, incontables citas diarias y miles y miles de clientes satisfechos.

Si bien, todo era susceptible de mejora y estaban trabajando para afinar mucho más la herramienta que estaba revolucionando el mundo de las citas en línea.

Sobre todo, estaban perfeccionando la categorización de los datos relacionados con los rasgos físicos, los perfiles sinápticos y de personalidad y el campo de las aficiones y las inquietudes, para que la precisión a la hora de calcular el grado de compatibilidad entre dos personas fuera mucho más certera todavía.

Y eso era algo que a David le apasionaba, poder someter algo tan etéreo como la búsqueda de la pareja perfecta a un complejo algoritmo matemático, era un reto al que vivía entregado y que además le estaba haciendo ganar muchísimo dinero.

Tanto que solía aparecer en las revistas tanto serias como de chismes, como uno de los solteros de oro de Nueva York.

Cosa que le irritaba bastante, porque lo único que conseguía cuando salían ese tipo de informaciones es que le llovieran invitaciones a fiestas y estrenos a las que nunca acudía.

Detestaba la vida social, ni siquiera en su época universitaria había

frecuentado fiestas y demás...

Lo suyo siempre había sido el estudio, el deporte y la familia...

Y ahora el trabajo al que vivía entregado de sol a sol, y le encantaba...

Amaba lo que hacía y aunque todo el mundo le decía cuando empezó con la aplicación que aquello iba a resultar un fracaso, se había convertido en todo un millonario con apenas 32 años.

Su éxito había sido tal, que hasta su mismo padre, un financiero de los de la toda vida, rico y exitoso, y uno de los que vaticinaron su estrepitoso descalabro con su proyecto empresarial, estaba rendido a sus logros y ahora no hacía otra cosa que presumir de hijo.

Y a David le encantaba, incluso hasta entendía que al principio todo el mundo le hubiera tomado por un loco...

Someter la búsqueda de la pareja ideal, del amor verdadero, a un algoritmo, sonaba de lo más absurdo y ridículo.

Si bien, él lo había logrado y gracias a su aplicación, cada día miles de personas se encontraban y acababan teniendo relaciones felices.

Y desde luego que celebraba y se enorgullecía por hacer tal servicio a la comunidad, a pesar de que a él no le sirviera para nada...

Y es que aunque se abrió un perfil en su día, cuando creó la aplicación, jamás se le ocurriría recurrir a su invento para encontrar pareja.

Más que nada porque tenía más que clarísimo que lo suyo era una misión casi imposible.

Era demasiado exigente, trabajaba demasiado duro y tenía un carácter demasiado difícil como para encontrar a esa persona perfecta...

Una entre un millón, que le atrajera físicamente, que compartiera inquietudes y valores, con un carácter compatible al suyo, y que por supuesto que se sintiera atraída por él...

Uf.

Aquello era tan difícil como encontrar un *karaoke* en una galaxia perdida...

Así que ni se había molestado en ponerse a la búsqueda de la persona ideal con la herramienta que él mismo había diseñado.

Lo daba por perdido...

Y aunque su deseo fuera formar una familia como su hermano Edward, que estaba felizmente casado con Sandy y tenían dos hijas maravillosas, cada día estaba más convencido que estaba abocado a la soltería más absoluta.

Eso sí, de oro...

Y las noches en las que la soledad se le hacía muy cuesta arriba, llamaba a alguna de las amigas con las que tenía sexo casual y satisfactorio, y así parcheaba ese agujero enorme que tenía en el corazón.

Porque lo tenía...

Por mucho que la irritante de su secretaria dijera que estaba congelado como el *iceberg* del Titanic.

Y ahora lo que le faltaba era ese deseo absurdo de besarla, pensó mientras estaba perdido en complejísimas fórmulas matemáticas.

En la vida le había pasado nada semejante con nadie, ni siquiera cuando con ocho años se enamoró perdidamente de Pamela Fine, que por cierto pasó olímpicamente de él.

Él no era de sentir esas atracciones absurdas, él tenía amigas con las que tenía sexo y ya está. Sin complicaciones.

Pero eso de que le entraran de repente unas ganas locas de besar a alguien como si fuera un quinceañero, era demasiado novedoso para él.

Novedoso y extraño porque la señorita Klein no era en absoluto su tipo.

A él le gustaban las mujeres altas, delgadas, de pechos generosos y piernas largas. Bellezas sofisticadas, de vestidos entallados y tacones de vértigo...

En fin, nada que ver con Amanda Klein que no podía ser más normal, con su 1, 60 cm, su coleta siempre mal hecha, la cara lavada, los *jeans*, las zapatillas deportivas y las camisetas...

Y no es que no fuera atractiva, reconocía que tenía unos bonitos ojos castaños, profundos y vivos, una nariz respingona y pecosa y una boca jugosa que acababa de descubrir que era una tentación.

Y luego tenía una bonita figura, con curvas por todas partes y unos pechos que aunque pequeños estaban muy bien puestos, como sus nalgas redondas y duras.

Pero que no... No era su tipo...

Aparte de que tenía ese maldito carácter tan extrovertido y espontáneo que le ponía de los nervios...

Y que los hacía de todo punto incompatibles...

Y es que si había una persona en el mundo de la que jamás podría enamorarse esa era Amanda Klein.

Lo tenía tan claro...

Aunque le hubieran entrado unas repentinas y tontas ganas de darle un buen

morreo en esos labios más que apetecibles.

Pero bueno...

Solo era deseo...

Un deseo que podía saciar llamando a cualquiera de sus amigas y que desde luego que no tenía ninguna importancia.

Amanda Klein...

Se apiadaba del pobre hombre que llegara a enamorarse de ella. Es más, no concebía infierno peor que soportar el runrún de esa chica con ese afán suyo de tocar las pelotas a todas horas.

¿Pero es que no podía dejar de decir lo que pensaba ni por un segundo?

Y luego salía con cada cosa, como lo de que el indicador más perfecto para saber si alguien es la pareja ideal es un beso...

Los besos eran besos y punto... Dos labios que se pegan, dos lenguas que se exploran, un deseo que se desata y que al final se sacia.

Y ya.

Eso era el maldito beso...

¿Qué información aportaba eso?

Ninguna. Lo importante era llegar al beso con la información suficiente para saber si con esa persona se comparten proyectos, sueños y valores... Y para eso él estaba trabajando muy duro, con un equipo de lo más serio y competente, con el fin de perfeccionar la herramienta más exitosa del mercado para encontrar a la pareja perfecta.

Y estaba a punto de lograrlo...

Besos perfectos, pensó.

Puaj. ¡Qué patraña era esa!

¿Se podía ser más ridícula que la señorita Klein?

Imposible. Y convencidísimo ya de que esas ganas locas que le habían entrado por besarla eran algo pasajero, que por supuesto jamás volvería a suceder, volvió a enfrascarse en su complejo algoritmo

Capítulo 3

Después del salir del despacho de su jefe, Amanda regresó a su mesa a la que se acercó Brenda, una informática y también la chica con la que había hecho mejores migas desde que había llegado a la empresa.

—¿Qué le pasa hoy a la Bestia? He escuchado cómo te exigía a gritos que te fueras —le preguntó Brenda, entre cuchicheos.

La Bestia era el apodo que tenía el señor Sinclair entre sus empleados, una mezcla de admiración por sus logros y otro tanto de crítica al tremendo carácter que se gastaba.

—¿Y cuándo no le pasa algo? Ahora que hoy le he dicho bien clarito en su propia cara que es un ogro.

Brenda puso los ojos como platos y replicó sin dar crédito:

—Que le has dicho ¿qué?

Amanda sin inmutarse respondió rotunda:

—Lo que has oído que es un ogro. Con mucha educación y mucho respeto, pero le he soltado la pura verdad. Eso sí, los gritos que has escuchado han sido por otra cosa. Se ha puesto como una fiera por mi teoría del beso perfecto.

Brenda, que no salía de su asombro por las agallas que tenía esa chica para plantar a cara a la Bestia, preguntó ansiosa:

—¿Y también te atreves a hablar de besos con él? Desde luego que eres mi heroína, Amanda.

—Estibábamos hablando de la aplicación, yo le he dicho lo que pienso... Ya sabes que no sé morderme la lengua y la verdad que para mí eso de encontrar pareja a través de una aplicación me parece una ridiculez. Y se lo he dicho...

Brenda se llevó las manos a la cara, pues había que tenerlos muy bien puestos, para soltarle algo así a la Bestia.

—¡Ay mi madre! Imagino cómo se habrá puesto...

—Sabe que es lo que pienso desde el primer día, yo no me corto ni un pelo. Sin embargo, lo que le ha enfurecido ha sido que le diga que me parece que el indicador más poderoso para saber si alguien es tu pareja ideal es un beso... Un beso perfecto.

Brenda se llevó la mano a la boca, ya que de repente entendió por qué el señor Sinclair, un apasionado de los patrones y los algoritmos, había puesto el grito en el cielo al escuchar semejante cosa.

—¿Pero cómo se te ocurre exponerle esa teoría al señor Sinclair que es la persona más fría y racional del universo?

—Pues por eso precisamente, para que espabile y deje de esperarlo todo de sus malditos números. El amor no tiene nada que ver con patrones, el amor es algo impredecible, mágico y misterioso. Y cuando sucede es lo más... — opinó Amanda, suspirando.

Al soltar ese suspiro, Brenda se mosqueó bastante y preguntó:

—¿No decías que no tenías pareja?

—No tengo. Y aún no he conocido a mi amor verdadero, ese que sabré reconocer con tan solo un beso, el beso perfecto.

Brenda torció el gesto y, aun a riesgo de pincharle el globo, habló:

—Me parece que esperas demasiado de un beso. Quiero decir que los besos están bien y tal, pero eso del beso perfecto suena demasiado a Disney. No sé, yo no creo en los cuentos de hadas ni en nada de eso... El amor me lo tomo más bien como una cosa práctica, llega un momento en el que hay que elegir una pareja, tener hijos, formar una familia y todo lo demás. Me conformo con encontrar a un hombre bueno y trabajador con el que compartir las fatigas de la vida.

A Amanda ese discurso le sonó tan aburrido y tan poco romántico que, una cara de espanto tremenda, replicó:

—Suena tan apasionante como una condena a trabajos forzados. Brenda, por favor, un poco más de romanticismo... El amor es magia, es una chispa, es una ilusión...

—Siento discrepar, pero cada día estoy más convencida de que en el fondo el amor es más bien una cuestión práctica. Por eso, me encanta nuestra aplicación, ayuda a la gente a que deje de perder el tiempo esperando a la pareja perfecta... Esa que nunca llega porque no existe y en su lugar, te ofrece la posibilidad de conocer a gente afín, con la que poder tener algo serio. No

sé, yo me estoy planteando muy seriamente abrirme un perfil... Tengo 33 años y me apetece tener una pareja, compartir la vida con alguien, y sinceramente Amanda estoy harta de esperar a que aparezca el supuesto príncipe que debe estar escondido en una jodida cueva en Siberia, porque al paso que va.

Amanda se echó a reír y replicó para que su amiga se quedara tranquila:

—Por probar no pierdes nada... Yo no creo en ese maldito algoritmo, pero puede ser divertido tener citas y conocer gente...

Brenda sonrió al sentirse un poco más comprendida y le propuso:

—¿Y si nos lo creamos las dos?

Amanda negó rotunda con la cabeza y respondió:

—Yo te apoyo, pero conmigo no cuentas. Yo prefiero que suceda, que un día aparezca alguien, que nos miremos, que sintamos que lo sabemos todo el uno del otro, como si nos conociéramos de siempre, y que luego, después de conocernos un poco... suceda... El beso... Ese momento mágico donde ya no nos quedará ninguna duda de que nos hemos al fin encontrado.

Brenda resopló y comentó sintiendo aguarle la fiesta a su amiga:

—Esas cosas solo pasan en la ficción, en la vida real jamás... Y siento ser tan dura...

—A mi madre le pasó, besó a mi padre y supo que era él...

—¿Y a cuántos besó antes si no es indiscreción?

—A nadie más, tenían quince años, pero los dos sintieron que estaban frente a su amor verdadero.

—Madre mía, Amanda. ¡Con quince años no se sabe nada de la vida!

—¿Cómo que no? Los dos lo tuvieron clarísimo desde el principio, siguen juntos todavía y son muy felices...

—Es una excepción, lo normal es besar a sapos varios hasta que aparece el sapo correcto... Aunque no es mi caso, que estoy cansada de tanto esperar y creo que me voy a lanzar a probar la aplicación.

Amanda entornó los ojos y, con una mirada perspicaz, replicó:

—Tú prueba, pero te diré algo: si funcionara el señor Sinclair no estaría soltero...

—Es que a lo mejor el amor no le interesa, es soltero vocacional.

—¿Y por qué un soltero vocacional va inventar una aplicación para encontrar pareja?

Brenda se encogió de hombros, porque jamás se había planteado nada semejante:

—No tengo ni idea. Y la verdad es que el señor Sinclair es muy reservado...

—Tengo la sospecha de que lo creó porque se hartó de que todas le dieran calabazas, cosa comprensible porque no hay Dios que le aguante. Pero como es tan testarudo y jamás da nada por perdido, inventó la aplicación con la esperanza de encontrar a esa chica ideal que se supone que tiene que estar en alguna parte.

Brenda se echó su melena rubia a un lado y preguntó muy intrigada:

—¿Y tú crees que se habrá creado un perfil en la aplicación?

—Seguro que sí, pero me temo que lo debe tener inoperativo. Más que nada por miedo, la aplicación debe ser su última esperanza y debe tener pánico a quemar su último cartucho. Si esto le falla, ya solo le queda asumir que es un ser insoportable... Y eso debe joder bastante...

Brenda apenada farfulló mientras se cruzaba de brazos:

—Pobre, señor Sinclair, me está dando una penita. Tiene a miles de mujeres suspirando por él. Es un hombre muy guapo, rico, exitoso, con carisma... Pero no tiene vida social... Muchas veces le hemos invitado a fiestas con la gente de la empresa, sin embargo prefiere pasarse los fines de semana con los suyos. Tiene unas sobrinas a las que adora y unos buenos amigos de la universidad con los que practica deporte... Y el trabajo, por supuesto, que sospecho que es su verdadero amor.

Amanda bostezó del aburrimiento que le entró de solo pensar en el coñazo de vida del señor Sinclair y luego replicó:

—Pues posiblemente... Aunque también quiero pensar que hay alguna mujer esperándole... Aunque esa chica sí que me da pena... porque de verdad que no conozco a nadie más insoportable que David Sinclair. Desde luego, que ni siendo el último hombre que quedara en el planeta tendría algo con él... Es que le detesto con todas mis ganas...

Brenda se quedó mirando muy seria a su amiga y se atrevió a preguntar algo que de repente se le pasó por la cabeza:

—¿Y si un día te besara por casualidad y resultara que su beso es sencillamente perfecto? Ese en el que tanto crees...

Amanda se echó a reír y replicó segurísima:

—Puaj. ¡Qué asco! Ese tío jamás podría darme un beso perfecto, ¿qué dices? Para nada... Sería un beso triste, gris, sin pena ni gloria, un beso tan hosco y tan áspero, tan desabrido y tan seco como él... No, mi beso perfecto

me está esperando en alguna parte... ¡Y sé que solo tendremos que mirarnos para saber que somos nosotros!

—Pues yo qué quieres que te diga, el señor Sinclair no tiene pinta de besar tan mal como dices —comentó Brenda encogiéndose de hombros.

—Chica, tú misma... ¡Prueba a ver! Yo desde luego, que ni loca, ni borracha, ni en sueños...

—Mi abuela decía que nunca digas “de esta agua no beberé”.

—Toma, y la mía, pero yo te garantizo que el agua del señor Sinclair no la cato ni estando muerta de sed en el desierto. No te digo más...

Y las dos se echaron a reír...

Capítulo 4

Los días se sucedieron con mucho trabajo, como siempre, pero la relación entre Amanda y su jefe se volvió mucho más fría y distante.

Se limitaron a tener un trato meramente profesional y a evitar temas espinosos como el de la teoría del beso perfecto.

Y de esta manera todo transcurrió como la seda, hasta que unos días después, a mediados de junio, Amanda cometió el error de concertarle una entrevista a su jefe para una revista muy prestigiosa de economía y finanzas.

Y ahí, fue cuando el señor Sinclair brotó de nuevo...

—Amanda, ¡te quiero en mi despacho! ¡Ya! —le exigió por el interfono en un tono de lo más borde y desagradable.

Amanda se presentó en el despacho de la Bestia con una sonrisa que a David le ofendió y un comentario que le puso al borde del infarto:

—Seguro que tu madre te enseñó a pedir las cosas por favor. No la decepciones.

David estuvo a punto de mandarle a la mierda, porque quién era ella para mentarle a su madre. Precisamente a su madre... lo que más de dolía en el mundo. Y furioso como nunca, dio un manotazo al aire y gritó señalando al correo que acababa de abrir:

—¿Cómo tengo que decirte que no concedo entrevistas?

—Pero esta tienes que aceptarla, es la revista más prestigiosa del sector. Tranquilo que no te harán preguntas personales...

El señor Sinclair la fulminó con la mirada y tras mandar el correo electrónico a la papelera le preguntó:

—¿Crees que es por eso por lo que no concedo entrevistas?

—Yo haría lo mismo si tuviera una vida tan aburrida como la tuya. Lo mejor es jugar al misterio...

David se revolvió en el asiento y preguntó harto de esa mujer tan insolente:

—¿Y tú qué sabes de mí para juzgarme?

—Hombre, no es que seas el alma de las fiestas, precisamente. Pero no te juzgo, cada uno es como es. Y ya está.

David pensó que si se trataba de jugar a ser sinceros, él desde luego que no se iba a quedar atrás. Por eso, repuso:

—Y tú eres una tocapelotas que me tienes hasta las narices. Si te digo que no acepto entrevistas, es que no acepto entrevistas. ¿Está claro?

Para Amanda no lo estaba, por eso replicó sin dejarse para nada amedrentar por las malas pulgas de su jefe:

—Pero esa revista la lee mucha gente, personas que quieren emprender, que quieren montar empresas, y tú puedes ayudarles a dar el paso con tu ejemplo. ¿No te das cuenta de que esa entrevista puede ser muy inspiradora? Aparte de que refuerza tanto tu imagen propia como la marca de la empresa. Todos salimos ganando. Créeme que si pensara que atenta contra tus intereses habría declinado la invitación.

David dio un sorbo al vaso de agua que tenía sobre la mesa, porque esa chica le dejaba la garganta seca de la ansiedad que le daba escucharla y afirmó:

—Detesto las entrevistas, odio hablar de mí y la gente me importa una mierda. Es más, dudo mucho que pueda ser ejemplo ni inspiración para nadie.

—Pues lo eres. Para muchísimos estudiantes de matemáticas eres su ídolo... Mi hermano Anthony de hecho te idolatra, le chiflan las matemáticas, su sueño es montar algo parecido a lo tuyo y forrarse. Le gusta demasiado el dinero...

—Pues dile que se deje de idolatrías y que crea en él mismo. Contra viento y marea. Digan lo que digan. Si tiene un sueño, que lo persiga a muerte. Hasta el final. Cueste lo que cueste...

A Amanda se le iluminó la mirada y le dijo a su jefe:

—¿Ves? Por consejos como ese es por lo que debes conceder la entrevista. La gente necesita escuchar mensajes así...

—No subestimes a la gente, Klein.

—No lo hago, solo digo que hay momentos en los que las personas están confundidas o desmotivadas y tu entrevista puede inspirarles para encontrar el camino correcto.

—No me creo tan importante como para lograr tal cosa... No insistas más. He dicho que no y es no. Además, siempre acaban manipulando mis palabras,

recortando donde les da la gana y poniendo titulares con los que no me identifico. Prefiero ahorrarme el trago amargo...

—Siento que tuvieras esa mala experiencia, pero los de esta revista son serios. Dudo mucho que manipulen y titulen a su antojo...

—Puede ser. Pero no necesito entrevistas...

—Ya, y la gente te importa una mierda. Eso en mi pueblo tiene un nombre...

El señor Sinclair frunció el ceño y preguntó:

—¿Vas a volver a la carga? Llevabas unos días muy tranquilita, y sin insultarme.

—Es que es muy egoísta lo que haces, lo siento pero tengo que decirlo o reviento. Eres un tío genial, brillante, que ha hecho fortuna creando algo de la nada que es de gran utilidad para la comunidad, gracias a ti miles de personas encuentran pareja cada día. ¡Caray, es normal que la gente quiera saber cómo lo has logrado!

—Te repito que la gente no es tonta, sabe todo lo que hay detrás: esfuerzo, dedicación, mucho trabajo... No hay más. Por cierto... ¿has dicho que la aplicación ayuda a la gente a encontrar pareja? ¿Pero tú no pensabas que era una pamplina?

—Jamás he dicho que sea una pamplina, reconozco que puede ser una buena herramienta para conocer gente y tener citas... Pero vamos, donde esté un encuentro mágico, un intercambio de miradas de esas que hacen que tiemble el mundo y el beso perfecto: que se quite tu aplicación.

Y otra vez, para su horror más absoluto, a David se le fueron los ojos hacia la boca jugosa de su secretaria, esa que le desquiciaba como nadie.

—No... —masculló ofuscado.

Amanda que no sabía a qué se refería, replicó parpadeando muy deprisa:

—No, ¿qué? ¿No crees que existan los besos perfectos?

David muy cabreado porque de nuevo le asaltarán las ganas de besar a esa chica, a esa mosca cojonera como no había conocido otra igual, respondió muy cortante:

—Estoy hasta la coronilla de tus jodidos besos perfectos.

—Mira que eres desagradable... No sé qué te han hecho mis besos perfectos. Si no crees, tú te lo pierdes.

Desde luego que se lo iba perder, pensó David porque en la vida cedería a la tentación de probar los labios de esa mujer que le estaba volviendo loco de

remate. Así que repuso:

—Exacto. De eso se trata... ¡Me importan un soberano bledo los besos esos!

Y ya que estaban hablando del tema, Amanda aprovechó para hacer una pregunta más que personal:

—Lo que no entiendo, ya que confías tanto en tu aplicación, es por qué no recurres a ella para encontrar pareja...

—Esa es la jodida pregunta que suelen hacer todos los plumillas de medio pelo. Esperaba mucho más de ti, Klein.

—Es que es algo lógico preguntarlo.

David puso una mueca que era una mezcla de asco y hartazgo y replicó:

—¿Lógico? ¿Tú nunca has escuchado eso de que: *En casa de herrero, cuchillo de palo?*

A Amanda esa pregunta le hizo llegar a una sola conclusión:

—O sea que pasas del amor...

David respiró hondo porque le costaba demasiado hablar de su intimidad, pero con todo respondió:

—Soy muy exigente, tengo una vida muy complicada, y sé lo suficiente de matemáticas como para tener asumido que es casi imposible que encuentre a mi pareja ideal.

—Tú lo has dicho, casi imposible... ¿Por qué no lo intentas con tu aplicación? ¿O temes que no haya nadie en ninguna parte esperándote?

David la miró con un punto de tristeza en la mirada y respondió con toda la sinceridad:

—¿Acaso ese temor no lo tiene todo el mundo?

Amanda negó con la cabeza y sintiendo una pena extraña por él, respondió:

—Yo no lo tengo, yo sé que aparecerá alguien... Lo sé. Siempre he tenido ese convencimiento profundo.

David se quedó mirándola, sintiendo una envidia tremenda y absurda, por el hombre que tuviera suerte de darle a esa chica el maldito beso perfecto que llevaba esperando toda la vida, y luego, dijo con unas ganas infinitas y locas de besarla:

—Eres muy afortunada, Klein. Terriblemente afortunada.

Capítulo 5

Después de que Amanda saliera del despacho, el señor Sinclair se quedó dando vueltas a lo que habían estado hablando.

Y es que ella tenía razón respecto a lo de la entrevista: aunque él sentía que tampoco era tan importante, bien era verdad que podía ser interesante para alguien conocer su experiencia como emprendedor.

Y en cuanto a la preguntita que tanto odiaba, la de cómo podía ser que una persona que había ideado una aplicación para encontrar pareja estuviera soltero, con toda seguridad en esa revista la iban a esquivar.

Eran rigurosos y competentes, así que por eso podía estar tranquilo.

Y desde luego que también Amanda estaba en lo cierto cuando afirmaba que le convenía concederla para apuntalar tanto la imagen propia como la de la empresa.

Así que abrió de nuevo el correo electrónico, rescató el mensaje que había enviado a la papelera de reciclaje y escribió a la redactora de la revista para citarla para la entrevista.

La primera que aceptaba en mucho tiempo...

Casi desde que al poco de crear la empresa, empezó a cosechar éxitos y todo el mundo quería saber más de él.

David al principio atendía a todo el mundo, hasta que llegó un punto en que se hartó de responder con el refrán de marras a la pregunta del porqué de su soltería: *En casa de herrero, cuchillo de palo*.

Y es que qué le importaba a nadie la verdadera razón por la que se negaba a su usar la aplicación...

Era algo tan íntimo y personal que prefería no compartirlo nadie, él tenía sus razones y punto.

Razones que por supuesto había descubierto la señorita Klein, que era más lista que el hambre y que no se le escapaba una.

Y es que el motivo por el que se negaba a usar su aplicación no era otro que seguir albergando cierta de esperanza de que pudiera existir alguien especial esperándole.

Cuando creó la aplicación en su día, se abrió un perfil que al momento dejó inactivo por temor a que no apareciera absolutamente nadie compatible.

Lo reconocía, él sí que tenía ese miedo a diferencia de la señorita Klein que estaba segura de que su amor verdadero estaba esperándola en alguna parte.

Él no.

Él jamás había tenido esa convicción y a medida que pasaba el tiempo, sentía que la probabilidad de encontrar a esa persona era cada vez más pequeña.

Muy pequeña, tanto que a veces hasta creía que aquello iba a ser ya algo imposible.

Pero bueno, tenía a sus amigas...

O eso creía, porque después de que le entraran esas estúpidas ganas de besar a su secretaria, ese mismo fin de semana decidió sacársela de la mente liándose con Joana, una amiga de las de siempre, y no pudo pasar de los prolegómenos porque no dejaba de pensar en Amanda.

Amanda y sus ojos vivaces, Amanda y su risa, Amanda y su desparpajo, Amanda y su luz, Amanda y su boca...

Amanda, Amanda, Amanda...

Y decidió salir de esa habitación de hotel, porque le pareció muy poco honesto tener sexo con alguien, mientras no dejaba de pensar en Amanda.

Pero a Joana no le contó la verdad, se excusó diciendo que se había indisputado y se marchó a su casa a masturbarse pensando en su secretaria.

Después se sintió tan mal, porque aquello no tenía ningún sentido, que se juró a sí mismo que iba a arrancársela de la mente.

Incluso, después de unos cuantos días sin desear besarla desesperado y arrancarle la ropa para hacerle el amor hasta desfallecer, pensó que lo había conseguido.

Iluso de él. Pero no...

Porque en cuanto habían vuelto a mantener una conversación más larga y profunda, de nuevo había sucedido...

Esas ganas locas de besarla y de todo lo demás...

¿Y eso qué era? ¿Qué le estaba pasando con ella?

Es que nada tenía sentido porque Amanda no era su tipo, eso era algo tan evidente, que se lo repetía a todas horas como un mantra.

A él le gustaban las mujeres como Joana, que era modelo, medía 1, 80 cm, vestía ropas elegantes y sugerentes, tenía unos buenos pechos y unas piernas largas con las que le envolvía el cuerpo entero cuando hacían el amor desenfrenados.

Porque esa era otra...

A él le gustaba el sexo fuerte, el sexo con locura, desatado, sin límites... Y Amanda tenía toda la pinta con sus fantasías de princesita que en la cama era bastante conservadora, por no decir que casi puritana.

Así que ¿qué diablos hacía fantaseando con una chica como Amanda Klein?

Que no solo no era su tipo, sino que además le desquiciaba como nadie y tenía la costumbre esa horrible de decir siempre lo que se le pasaba por la cabeza.

Es que no lo entendía.

¿Cómo le podía provocar esa tremenda atracción alguien con el que no era para nada compatible en ningún aspecto que cuantificara?

Es más, estaba convencido de que si introdujera el perfil de su secretaria y el suyo en la aplicación saldría un 0 patatero en compatibilidad.

Entonces, ¿por qué tenía esas ganas locas de besarla?

Y por si fuera poco, además acababa de conseguir que aceptara una entrevista en contra de todos sus principios y todos sus prejuicios.

Lo que no había logrado nadie, ni sus asesores, ni sus amigos, ni su familia que siempre le alentaban a que concediera esas malditas entrevistas, lo había logrado ella con algo tan simple como la verdad.

Ella le había hablado de su hermano, del ejemplo, de la inspiración, de la oportunidad de poder ser guía para alguien y al mismo tiempo de dar a conocer su trabajo.

Y todo planteado de una forma tan limpia y honesta, tan generosa y altruista, que no le había quedado más remedio que dar su brazo a torcer.

Y eso era algo que solo había sido capaz de lograr ella, con su autenticidad y sus agallas.

Pocos se atrevían a soltar la verdad así a bocajarro como lo acababa de hacer la señorita Klein.

La mayoría de la gente se dejaba intimidar por su carácter fuerte, pero ella

no. Ella se plantaba frente a él y decía lo que pensaba, sin temor a nada.

Y eso que además era su jefe, sin embargo a Amanda le daba todo lo mismo.

Ella iba a ser siempre ella, no iba a renunciar a su esencia y eso le encantaba...

Le encantaba y le desquiciaba a partes iguales.

Como le encantaba su boca, si bien le atormentaba la idea de que esa chica estuviera despertando un deseo que no tenía ningún sentido.

Y es que no había lógica ninguna en todo lo que le estaba pasando con Amanda, y eso para un amante de los patrones y los algoritmos era una auténtica pesadilla.

De hecho si por algo le gustaban las matemáticas desde niño era porque ponían orden y concierto en un mundo que era una auténtica mierda.

Los números fueron su tabla de salvación cuando todo su mundo se apagó de repente...

En apenas un año, tuvo que soportar el inmenso dolor de perder a las dos mujeres más importantes de su vida: su madre y su abuela.

Su abuela Grace murió de repente y su madre ocho meses después de luchar contra una enfermedad incurable.

Tenía diez años cuando todo eso ocurrió y de repente no encontró el sentido a nada.

Todo era caos, oscuridad, vértigo... hasta que la señora Finch, su profesora de matemáticas le descubrió que era posible encontrar patrones en el desorden y en lo impredecible, como se hace con el estudio de las mareas, con el movimiento de los planetas, o con las fluctuaciones de la Bolsa.

Y así fue como nació su interés por los números, así fue como logró mitigar su profundo dolor, y así fue cómo gracias a su pasión por las matemáticas consiguió hacerse rico con un patrón de algo tan intangible como el amor.

Y si había patrones para todo, la señorita Klein también tenía que tenerlo. Tenía que haber una explicación lógica para lo que le estaba pasando con ella y no pensaba rendirse.

Más pronto que tarde lo descubriría...

Capítulo 6

Una semana después, Amanda se encontró con Brenda a media mañana junto a la máquina del café, y esta le comentó con los ojos chispeantes:

—Estarás contenta con las palabritas que te ha dedicado la Bestia...

Amanda sin tener ni idea de lo que estaba hablando, cogió su café y preguntó tras dar un sorbo:

—¿Palabritas? ¿Dónde? ¿Qué es lo que he hecho mal ahora?

—Jajajajaja. ¿Mal? Al contrario, el señor Sinclair te está muy agradecido. ¿No me digas que no has leído la entrevista? Si la ha enviado a todos los empleados esta mañana por correo electrónico...

—Tengo tanto trabajo que primero me he puesto con lo urgente y como era un mensaje grupal pensaba que era una circular de esas de empresa repleta de palabrería barata.

—¿Qué va! Es el recorte de la entrevista que le han hecho en la revista Economía y Finanzas.

Amanda con los ojos como platos, se quedó rígida y luego preguntó:

—¿Les concedió la entrevista al final?

—Pues claro, y todo gracias a ti. Lo confiesa en la propia entrevista. Te lo voy a leer...

Amanda que estaba muy nerviosa, con el corazón acelerado y la respiración alterada, solo pudo farfullar:

—Dios mío, este hombre... ¡No hay quien lo entienda! Si se negó en rotundo cuando se lo sugerí...

Brenda sacó su teléfono móvil, buscó la entrevista y se la leyó a su amiga:

—Mira, aquí está... El entrevistador le pregunta que cómo es que concede una entrevista después de tanto tiempo y él responde: “Ha sido todo gracias a Amanda Klein, un miembro de mi equipo, ella me hizo comprender con su lucidez y su talento, que debía compartir mi experiencia como emprendedor

por si podía ser de utilidad para otros. Yo dudo que pueda ser inspiración para nadie, pero ella insistió en que sí. Y me habló de su hermano Anthony, un estudiante de Matemáticas, para el que mi trayectoria es una especie de faro. Y entonces, algo hizo clic dentro de mí. Cambió mi forma de ver las cosas y llegué a la conclusión de que Amanda estaba en lo cierto. Igual que ella había conseguido iluminarme con su sensatez y sentido común, quién sabe si mi experiencia también pueda ayudar a alguien. Y esa es una de las cosas más hermosas de la vida, la cooperación, ayudarnos unos a otros para ser mejores. Por eso, concedo esta entrevista y por eso desde aquí doy las gracias a Amanda Klein por todo lo que me aporta.

Amanda que estaba temblando entera se quedó mirando a su amiga y luego masculló:

—La madre que le parió...

Brenda se echó a reír y le dio su opinión sobre lo que acababa de leer:

—La Bestia se ha enamorado de ti, nena.

Amanda soltó una carcajada porque aquello ya sí que era el colmo del absurdo:

—¡Ay Brenda, por favor, no digas chorradas, que demasiado tengo con digerir esto!

—¡No me extraña! Pero hazme caso que es una declaración de amor en toda regla. Para que el señor Sinclair diga esas cosas en público con lo parco en palabras que es... Uf. Eso es que está muy pillado, pero hasta las trancas, vamos.

Amanda negó con la cabeza, se echó la mano al vientre de la ansiedad y cogió el teléfono de su amiga para leer el maldito párrafo unas cuantas veces más.

—¡Madre mía, es que lo leo y no me lo creo! Te lo juro —concluyó Amanda, sin dar crédito.

—Es normal, si la Bestia jamás hace un elogio a nadie. Es un hombre justo, eso sí... Que paga bien y que da su sitio a todo el mundo en la empresa. Pero ¿eso de dar las gracias y de reconocer un talento? En la vida lo hemos visto en la empresa... Y yo llevo aquí desde que la fundó... Esto es tan nuevo en él, que yo no soy la única que piensa que siente por ti algo muy especial. Es más, algunos hasta aseguran que ya os habéis liado. O sea, que hay tomate entre vosotros...

Amanda miró a su amiga con cara de pánico y exclamó agobiada:

—¡Ay Dios, soy la comidilla de la empresa! Y ahora no nos quitaran ojo de encima cada vez que nos vean interaccionar juntos. ¡Qué horror! Pero te juro que no hay nada entre nosotros. Él me detesta, si es que le saco de sus casillas, no paro de tocarle las narices, ya sabes cómo soy. Y él a mí tampoco me gusta. No soporto su carácter, ni su cabezonería, ni lo estirado que es. Es que no... No sé cómo la gente puede pensar esas cosas...

Amanda dio un buen trago a su café, y su amiga intentó calmarla de lo atacada que la vio:

—A la gente le gustan los romances y los líos, y no tiene nada de malo enamorarse en la empresa. Pasa todos los días...

—No tiene nada de malo, pero tú pones el grito en el cielo cada vez que te comento que Peter te mira con ojos golosos.

Peter era otro informático, un joven atractivo y surfero, rubio, de pelos revueltos, ojazos verdes y cuerpo de Adonis, porque el suspiraba todo el mundo menos Brenda...

—Es que para empezar es una fruta prohibida... Tiene cinco años menos que yo...

—¿Y qué pasa? El amor no tiene edad...

—Pasa que yo busco algo serio y estable, y Peter está en la edad de pasarlo bien y follárselo todo. Eso es lo que pasa. Reconozco que está como un tren, reconozco que me gusta su sentido del humor, reconozco que podría tener algo con él, pero no...

—Pues me parece fatal, qué quieres que te diga. Cerrarte en banda cuando podría ser el amor de tu vida...

—Sí, un surfero, cinco años menor que yo, que sueña con irse a vivir a California.

—Oye, pues California está genial... Y yo iría a veros que me encanta la playita.

—No enredes, por favor. Yo necesito un hombre tranquilo, sensato, serio, trabajador con el que formar una familia. Y no un surfero loco, que es un culo inquieto y que en el fondo es un crío.

—Perdona, pero es el cabeza de familia. El otro día me contó que mantiene a su madre y a su hermana desde que tenía dieciséis años. Resulta que el padre un buen día se fue de casa y no volvieron a saber de él.

Brenda conocía bien la historia y desde luego que admiraba a Peter por su entereza y determinación:

—Sé por todo lo que ha pasado, pero cuando digo que es un crío me refiero a que está en la edad de tener miles de aventuras. Yo soy la que sí que estoy en la edad de comprometerme, por eso me voy a dar un perfil.

—¡Qué pesada con lo del perfil! Teniendo a Peter que bebe los vientos por ti, no sé ni cómo se te pasa por la cabeza apuntarte a esa mierda.

Brenda cogió a su amiga del brazo y la llevó hasta un cuartito en el que había un ordenador...

—Esa mierda es la que nos da de comer. Y nos vamos a apuntar: no me dejes sola, tía, por favor, te lo suplico.

Amanda se quedó parada frente a la computadora y sin salir de su asombro replicó:

—¡Pero si yo estoy muy bien como estoy!

—Ya, pero tú sueñas con tu beso perfecto... Y mira que si está aquí tu príncipe y el algoritmo te lo trae de las orejas...

—No me líes. Yo no creo en los algoritmos, yo creo en los encuentros, en las miradas, esto de forzar las cosas con las aplicaciones me parece hasta deprimente.

—Hablas así porque aún no lo has probado, la gente está muy satisfecha con los resultados. Y miles y miles de personas han encontrado el amor de su vida gracias a la aplicación. Así que métete tus prejuicios en el bolsillo y prueba. Además algo me dice que vas a encontrar lo que buscas aquí... —aseguró Brenda señalando al ordenador.

—Ya te digo yo que no...

—Déjate de negatividades y siéntate que te voy a crear un perfil. Ya verás cómo no los vamos a pasar...

—Eso sí, seguro que nos vamos a reír un montón. Pero date prisa, que tengo mucho trabajo.

—Buah, tranquila, todavía nos quedan 11 minutos de descanso. Además, tienes a la Bestia enamorada de ti. No te va a decir nada.

—Ese hombre tiene el corazón tan congelado que dudo que pueda sentir amor por nadie —comentó Amanda.

—Le tienes loquito. Y yo creo que a ti algo de tilín también te hace...

Amanda miró a su amiga muerta de risa, porque no se podía estar más loca y luego le dijo:

—Deja de fliparlo, amiga. ¿Cómo te tengo que decir que nos detestamos mutuamente?

—Del amor al odio solo hay un paso. Eso lo sabe todo el mundo.

—Ya, pero no es el caso. Además, ¿no te da el palpito de que voy a encontrar al amor de mi vida con la aplicación?

—Sí, pero también me da que entre vosotros puede haber tomate. Lo de la Bestia contigo es muy fuerte...

Amanda se echó a reír con las ocurrencias de su amiga y luego le aclaró:

—Pues olvídate, porque bígama no soy. Y la Bestia está totalmente descartada, de verdad que yo jamás podría enamorarme de un hombre como él. Imposible.

—Jajajaja. Torres más altas han caído, compañera.

Capítulo 7

Después de perder el tiempo creándose un perfil en la aplicación de citas en línea TPP, pues Amanda estaba segura de que no valía para nada; decidió pasar al despacho de su jefe para agradecerle las palabras que le había dedicado en la entrevista.

Y es que una cosa era que no le soportara y otra la educación y las buenas maneras.

Así que se plantó en el despacho y David en cuanto la vio entrar sonrió como un idiota para su horror. Por lo que tuvo que recomponer el rostro y volver a su seriedad habitual, no fuera a pensarse su empleada alguna cosa rara.

—David, disculpa que te moleste...

David, con un brillo extraño en la mirada, negó con la cabeza y replicó:

—Tú nunca molestas.

Y acto seguido, se mordió los labios porque aquello ya era el acabose, no solo sonría como un pánfilo ante la presencia de esa chica sino que decía cosas como “que nunca molestas”.

Él.

El tío más borde del planeta estaba siendo gentil y cortés.

Dios mío, pensó, qué diablos le estaba pasando que ni se reconocía.

Aparte de que llevaba una semanita tremenda, sin poder dejar de pensar en Amanda, saliendo del despacho a todas horas con cualquier excusa para verla o pedirle cosas absurdas con el fin de intercambiar aunque fueran unas cuantas frases asépticas.

Y es que necesitaba verla, escucharla, sentirla, olerla... A todas horas...

Y luego estaban los malditos sueños húmedos que le asaltaban cada noche y que le tenían a doble masturbación diaria.

Es decir, lo que no le había pasado ni cuando era adolescente.

Y a todo esto, que todavía no había encontrado una explicación seria y rigurosa a lo que le estaba ocurriendo con esa chica que le miraba con una cara de lo más rara.

—Ah ¿no? ¿Nunca molesto? —preguntó extrañada—. Quién lo diría porque la mayoría de las veces siento que para ti soy como un grano en el culo —añadió Amanda con su sinceridad habitual.

Y ya puestos a ser sinceros, David decidió también responder con la verdad:

—Qué curioso, porque yo tengo la misma sensación contigo. Siento que no te gusto demasiado.

Amanda se encogió de hombros y le aclaró tras echarse un mechón de pelo a un lado:

—No me gustas nada. Tu carácter frío y distante me horroriza, pero reconozco que eres un jefe justo y he venido para agradecerte las palabras tan bonitas que me has dedicado en la entrevista.

—Te entiendo porque contigo me pasa lo mismo, tu carácter espontáneo y abierto me pone de los nervios, pero eres una profesional magnífica y te agradezco que me sugirieras que hiciera esa entrevista. No imaginas la de mensajes que llevo recibidos de gente que dice que les ha servido de mucho, que ha sido una inspiración y miles de cosas más que no merezco. Y todo te lo debo a ti. Así que gracias, Amanda.

Amanda batió las manos al aire y replicó negando con la cabeza:

—No tienes nada que agradecerme, va con el sueldo. Me pagas para que vele por tus intereses y eso es lo que intento hacer, con mayor o menor acierto.

—Con total acierto —precisó David.

—Madre mía. ¿Y a ti qué te pasa, si no es indiscreción? Es que pareces otro, normalmente eres tan parco con los elogios y estás que no paras...

David pensó que eso era lo que le gustaría saber a él, que qué coño le estaba pasando para que estuviera mutando de esa forma.

—No lo sé. No tengo ni idea —replicó él, echándose el pelo hacia atrás—, pero tenía que decírtelo. Y dicho está.

—Me alegro muchísimo de que al final concedieras esa entrevista. No eres tan borrico como pensaba.

David no pudo evitar esbozar una sonrisa porque esa palabra era demasiado familiar para él:

—Mi abuela siempre me decía que era un borrico. No me había vuelto

nadie a adjetivar de esa forma desde entonces.

Amanda se llevó la mano a la boca, por no cortarse la lengua que la verdad era que la tenía muy larga. Es que no podía callarse ni debajo del agua, por lo que al momento se justificó:

—Perdona por lo de borrico, es una palabra un tanto peyorativa...

—Está bien, es lo que soy. Soy un borrico. No pasa nada. Lo tengo muy asumido.

—Pero es que no lo eres, al conceder esa entrevista has demostrado que eres un tipo razonable.

Y tras decir esto, Amanda sonrió y se le marcaron dos hoyitos en las mejillas que David encontró encantadores.

—No tengo remedio, pero suelo escuchar a la gente que sabe.

—¿Otro halago, señor Sinclair? Para, que voy a pensar que te has dado un golpe en la cabeza o algo así...

David pensó que casi, porque desde que ella había llegado a su vida se sentía que estaba como grogui, que no daba pie con bola, que estaba perdiendo el norte, el control y las riendas de absolutamente todo.

Pero no se lo dijo y en su lugar replicó:

—Estoy diciendo la verdad. Me gusta rodearme de los mejores y tú sin duda lo eres.

—Sí, pero no me soportas —le recordó Amanda encogiéndose de hombros.

Eso era cierto, pensó David, como también lo era que:

—Y no puedo dejar de pensar en ti.

Y tras soltar esa pedazo de bomba, que no sabía ni cómo se había atrevido a reconocer, carraspeó y muy nervioso, y clavó la mirada en la pantalla del ordenador como si estuviera buscando un dato importante.

Amanda sin embargo se tomó aquella confesión como si fuera un chiste y repuso:

—Por lo pelma que soy y por lo harta que te tengo con mis cosas.

David levantó la vista de la pantalla y con unas ganas infinitas de abrirle el corazón, ese que ella pensaba que estaba congelado pero que él en ese justo instante sentía que ardía de puro fuego, le pidió:

—Vete.

Amanda se quedó patidifusa, porque para nada esperaba que fuera a cortar la conversación de esa forma tan abrupta. Por eso, preguntó:

—¿Cómo?

David estaba tan desbordado por la situación, que sentía que como esa chica no saliera en ese instante, iba a acabar contándole todo.

Que no podía dejar de pensar en ella, que le tenía completamente descolocado, que le irritaba como nadie; pero que al mismo tiempo deseaba besarla hasta quedarse sin aliento y hacérselo hasta caer rendidos.

Y eso que ella no era para nada su tipo...

A él jamás le habían gustado las mujeres normales, que calzaban deportivas y apenas llevaban un poco de brillo en los labios.

Y mucho menos las sinceras y parlanchinas como ella, que no podía ser más transparente.

Al contrario, a él siempre le habían atraído las mujeres intrigantes, misteriosas y reservadas.

Y sin embargo, ahora estaba pillado hasta las trancas por Amanda Klein.

Tanto que como no saliera en ese mismo instante del despacho, iba a levantarse, a desembucharlo todo y después iba a pegarle tal morreo que se iba a quedar muerta en el sitio.

Y no podía permitirlo...

De ninguna manera.

Él era un jefe serio, de esos que jamás tendría una aventura con una secretaria.

Además, Amanda era la persona menos indicada con la que tener algo así.

Ella ya le había contado que era una romántica que llevaba la vida entera esperando el beso perfecto. Y él...

Él solo podía darle el beso más inapropiado y absurdo del universo, así que prefirió poner su cara habitual de ogro cabrón y ordenarle:

—¡Sal de mi vista! ¡Ya!

Capítulo 8

En cuanto Amanda abandonó el despacho, David se sintió fatal...

De verdad que lamentaba tratarla así, pero es que no sabía gestionar esa situación de otra manera.

Le tenía tan desbordado todo lo que estaba sintiendo por ella, que lo mejor era alejarla de él hasta que supiera qué diablos le estaba pasando.

Así que aunque Amanda se lo tomara de la peor forma posible, y con razón, porque sus maneras eran de lo más desagradables, en el fondo la estaba protegiendo de él mismo.

Ella se merecía un hombre que le entregara todo lo que estaba buscando y no un tipo como él que solo ansiaba besarla por pura lujuria.

Porque eso era lo que sentía por ella, un deseo tremendo, voraz, abrasador y nada más...

Bueno, a veces también deseaba salir a cenar con ella o a tomar una copa, para hablar y conocerse más a fondo...

Pero solo a veces y como amigo.

Eso era.

Reconocía que a veces le entraban unas ganas inmensas de que esa mujer que le tocaba las narices como nadie fuera también su amiga.

Pero ya está...

Y eso para nada cuadraba con los planes de la romántica y conservadora de Amanda Klein que estaba esperando aún a su príncipe perfecto.

Así que lo mejor era alejarse de ella lo máximo posible y evitar caer en la tentación de la boca más hermosa que había visto en su vida.

Y es que la boca de esa mujer era un sueño, una perdición y una locura...

Pero no era para él.

A él tal vez le estaban esperando otros labios...

Y aun cuando estaba convencido de que la posibilidad era muy remota, con

tal de sacarse a Amanda Klein de la cabeza, de repente se le ocurrió algo.

Algo que siempre había temido pero que había llegado el momento de probar aun a riesgo de que le escupiera una certeza que no iba a gustarle nada aceptar.

No obstante, tenía que hacerlo...

Además él creía en los patrones y en los algoritmos por encima de todo. Y si en su día le sirvieron para poner orden su mundo cuando todo era caos, a lo mejor ahora que estaba totalmente perdido con lo que le estaba pasando con su secretaria, tal vez también acabaría viendo la luz.

Por eso ni se lo pensó, abrió la aplicación TPP y activó el perfil que se creó en su día.

El señor Sombra...

Ese era el apodo que se había puesto junto una foto en la que aparecía con un traje oscuro y la cabeza cortada.

Y ese era el perfil más bien siniestro que tenía tanto miedo a activar por si la aplicación le mostraba la verdad que más temía: que no había absolutamente nadie que fuera compatible con él.

Sin embargo, cuál no fue su sorpresa cuando al momento apareció una alerta que le avisaba que había una persona con la que tenía una compatibilidad del 99%.

Y eso era algo rarísimo...

Normalmente las compatibilidades eran a lo sumo alrededor del 87%, por lo que ese porcentaje tan alto era una rareza tal que a David se le aceleró el pulso y le faltó tiempo para pinchar en el perfil de esa persona.

Y cuál no fue su sorpresa cuando de repente apareció un nombre: Amanda y debajo la foto de su secretaria, con su coleta, su camiseta, sus Levi's y unas Vans negras.

No podía ser, pensó.

Aquello tenía que ser una broma de alguien...

Pero ¿de quién? Si tenía su ordenador tan blindado contra *hackers* y demás que era casi como una fortaleza inexpugnable.

De todas formas, como era el padre de la maldita aplicación, se puso a analizar los datos que arrojaba el algoritmo y la verdad era que Amanda tenía ese nivel de compatibilidad con él.

A todas luces, él cumplía con todos los requisitos de esa chica que pedía un hombre alto, atractivo, moreno, deportista, inteligente, sincero, culto,

trabajador, familiar, responsable, serio, cariñoso y con un sentido del humor muy peculiar.

Justo todo lo que él había puesto en su ficha...

Y ella se definía como una chica lista, atractiva, de bonita sonrisa, generosa, sincera, sensible, dulce, cariñosa, creativa, auténtica, familiar y divertida.

Justo las jodidas etiquetas que él había marcado para su pareja ideal...

Pero es que siguió analizando los datos que ambos habían introducido, todas esas variables que determinaban si la otra persona era la pareja perfecta y pareciera como si ambos llevaran buscándose toda la vida.

De hecho, él había indicado que su chica ideal era inteligente, sincera, generosa, amante de la literatura, misteriosa, inquietante, un poco loca y buena conversadora.

Las mismas palabras que Amanda había utilizado para definirse...

Incluso en su ficha, su secretaria había añadido que a ella le gustaba la ropa elegante y sofisticada...

Cosa que él también había marcado, si bien: ¿desde cuándo a Amanda le gustaba ese tipo de ropa si vestía de lo más casual? Por no hablar de que se reconociera como una mujer inquietante y misteriosa; si era el ser más transparente que había conocido en su vida.

¿O no?

Porque si ella se había definido de esa forma, tal vez era porque ocultaba algo que él desconocía...

Esa cara que él tampoco mostraba al mundo, pues no en vano se había descrito como un hombre inquieto, apasionado, generoso, cariñoso y divertido y nadie habría dicho que él encajara en tal perfil.

Sin embargo, él sí se tenía por alguien así... tal y como Amanda había marcado que deseaba que fuera el hombre que estaba buscando.

Y así, más confundido que nunca, porque lo que menos esperaba el señor Sinclair era que el algoritmo le señalara que la persona perfecta era Amanda Klein, siguió analizando todos los datos y llegó a la conclusión de que tal vez había una explicación para todo lo que le estaba pasando con Amanda.

Y es que podía ser ella...

La persona que estaba destinada para él, su amor verdadero, su pareja ideal...

Claro que cuando Amanda descubriera que quien estaba detrás del señor

Sombra era él, ella iba a poner pies en polvorosa.

Y a todo esto...

¿Qué hacía una chica romántica y soñadora, que creía en los encuentros especiales y en los besos perfectos con un perfil abierto en la aplicación que tanto detestaba?

¿Pero no decía que le parecía una soberana estupidez y que ella prefería encontrar el amor de una forma convencional?

No, sí después de todo, Amanda Klein iba a resultar mucho más intrigante y misteriosa de lo que parecía a primera vista.

Por lo que, excitado como nunca y tremendamente expectante, se lanzó a escribirle unas palabras de presentación:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

¡Hola Amanda!

Soy el señor Sombra, pero no te asustes que no soy Christian Grey de plexiglás. Ah, y aunque en la foto aparezca descabezado te informo de que poseo una, de buen ver y bien amueblada.

O eso creo.

Encantado de saludarte espero que estés muy bien, y te informo que según este chisme tenemos una altísima compatibilidad. Parece que somos tal para cual, que yo tengo lo que tú buscas y viceversa.

Yo creo en los algoritmos, pero antes de pedir hora en el juzgado para casarnos, creo que deberíamos conocernos un poco. Ya me cuentas... Saludos.

P.D.: Tienes una sonrisa preciosa.

Y con el corazón a mil y una ilusión en el cuerpo que no había sentido en la vida, pulsó en la opción de “Enviar” y deseó que fuera lo que tuviera que ser.

Él confiaba en la ciencia, él creía en los patrones y en los algoritmos, y le habían llevado hasta ella.

Así que ¿por qué no intentarlo?

Aunque fuera absurdo, ridículo, incomprendible...

Aunque Amanda Klein fuera la persona con la que menos hubiera imaginado que tendría una compatibilidad casi perfecta...

Capítulo 9

Dos semanas después de crearse el perfil, Amanda todavía ni se había molestado en entrar en la aplicación para ver su listado de candidatos y su porcentaje de compatibilidad.

Sin embargo, su amiga Brenda en esas dos semanas ya había tenido seis citas que habían sido un desastre.

—He quedado con los que tenía mayor compatibilidad, un 71% en el mejor de los casos, y la verdad es que los tíos no podían ser más aburridos —le comentó Brenda a su amiga, una mañana muy calurosa, frente a la máquina del café.

—¿Y qué esperabas, si es lo que has pedido?

Brenda miró a su amiga extrañada porque para nada ella había pedido conocer a semejantes muermos:

—Perdona, yo he pedido conocer a personas serias, sensatas, maduras, equilibradas, con vidas ordenas y...

—¿Te estás escuchando, nena? Si es que la sola descripción ya da sopor... Con esa petición tuya ¿qué van a aparecer? Pues almas grises y tristes...

—El oficinista de banca no estaba mal, de físico quiero decir, se parecía un poco a George Clooney, cuando tenía treinta años, pero por dentro... Uf. ¡Mi abuelo Paul tiene el espíritu más joven que él! ¡No te digo más!

—Jajajajajajajaja. Te lo advertí. Un algoritmo no puede medir esa chispa, esa magia, esa cosa que surge cuando dos miradas se cruzan...

—Yo lo achaco a que el porcentaje de compatibilidad no es del todo alto. Creo que en cuanto aparezca uno que supere el 80% la cita será exitosa. Así que voy a hacer una cosa: voy a esperar a que aparezca ese candidato perfecto y mientras seguiré saliendo con Peter....

Amanda puso los ojos como platos porque quién iba a decir que la buena de Brenda, tan convencional y formalita, había resultado ser una chica bien

abierta de miras:

—O sea que ahora ¿le das al poliamor? ¿Estás saliendo con Peter y al mismo tiempo sigues buscando a tu Don Muermo Perfecto?

Brenda negó horrorizada porque ella jamás haría tal cosa y le explicó a su amiga:

—¿Cómo se te ocurre? Y baja la voz que Peter está por ahí... Yo no estoy saliendo con él...

—Pues lo acabas de decir —comentó Amanda, dando un sorbito a su café bien cargado.

—Salgo pero como compañeros y amigos, como si salgo contigo, vamos al cine o a cenar o a tomar una copa. Y sabes perfectamente que siempre te pedimos que te vengas...

—No voy porque sé que sobro... No quiero poner impedimentos al amor —comentó risueña.

Brenda resopló y le aclaró a su amiga para que lo tuviera bien claro de una vez:

—Que no, Amanda, que lo que hay entre nosotros es solo amistad.

—Eso cuéntaselo a otra, porque yo no me lo creo. Cada vez que veo cómo te mira, es que no hay duda. Y viceversa, tú le miras hija mía con una carita...

—Porque me cae genial, le tengo mucho cariño, me lo paso genial con él... ¡Pero es como mi hermano pequeño!

—Buah. ¡No digas chorradas! Yo no miro a mi hermano pequeño como tú miras a Peter. Lo que pasa es que tienes la obsesión esa de la edad y de que lo que necesitas para ser feliz es poner un Don Muermo Perfecto en tu vida, y estás dejando pasar la oportunidad de vivir una gran historia de amor con Peter.

Brenda sintió como un pellizco en el estómago al escuchar a su amiga, pero tenía que ser realista y sensata:

—Peter tiene unos sueños que no tienen nada que ver con los míos, California, el surf, disfrutar de la vida... No se plantea tener hijos, una vida ordenada y demás...

—Puedes tener hijos con Peter, vivir en California y tener una vida normal. Yo le veo tan enamorado de ti, que sé que querría darte todo lo que le pidieras.

—No sé si estará enamorado de mí, pero lo cierto es que con él me lo paso genial. El sábado estuvimos en el cine viendo una película de superhéroes, un

rollo que yo jamás habría visto, pero ¿puedes creer que me lo pasé en grande? La película no estaba tan mal y luego los comentarios de Peter fueron la bomba, no podía parar de reír. Es más, creo que hacía tiempo que no me reía tanto. Y luego al día siguiente, como hacía mucho calor, me llevó a la piscina de un hotelazo en Manhattan donde trabaja un amigo de fisioterapeuta. El chico nos coló y me pasé el domingo en remojo.

—En remojo y disfrutando del cuerpazo del surfero...

Brenda sonrojada suplicó a su amiga de nuevo que bajara el tono y reconoció:

—Tiene un cuerpo para perder el sentido y cuando te abraza sientes que te transporta a otro planeta, pero...

Amanda al escuchar aquello no pudo evitar soltar una carcajada:

—Que cuando ¿qué?

—Estuvimos haciendo el tonto en el agua, cabriolas y ahogadillas, las típicas cosas que se hacen en la piscina. Y bueno, me caí unas cuantas veces cuando estaba sobre sus hombros y nos abrazamos... Y qué abrazos, como tiene esos brazacos, sentí que eran los mejores abrazos que me habían dado en la vida. Pero abrazo de amigo... Es que no puede ser otra cosa, Amanda. De verdad que no, es un chico divertido, listo, majo, simpático, si bien tiene cinco años menos que yo y está como una cabra. Así que seguiré buscando a mi candidato perfecto y ya está.

Amanda negó con la cabeza y le soltó lo que pensaba, muy propio de ella:

—No vas a encontrar a nadie mejor que Peter, te pongas como te pongas. Además, esa estúpida aplicación seguramente no va a arrojarte un resultado superior al 75% de compatibilidad. Quiero decir, que como sigas con tu empeño en salir con gente de esa plataforma solo vas a tener citas coñazo.

—He formado parte del equipo que creó esa aplicación y te digo yo que hay valores superiores incluso al 95%. De hecho, casi todas las parejas que acaban casadas superan ese porcentaje.

—No tengo ni idea, como me di el perfil y aún no me he molestado en abrirlo...

Brenda sin dar crédito a lo que estaba escuchando, cogió a su amiga del brazo y la llevó al cuartito donde estaba el ordenador en donde hacían siempre sus fechorías.

—Pero ¿cómo se te ocurre? Tienes que abrirlo, no puedes tener a tu pareja ideal dos semanas esperando...

Amanda muerta de la risa, se sentó frente al ordenador con el café a medio terminar en la mano y le pidió a su amiga:

—Entra tú por mí. La contraseña es: saldeaquí.

Brenda se echó a reír porque su amiga era un caso:

—Ya veo la confianza que tienes en la aplicación.

Amanda se encogió de hombros y reconoció divertida:

—Ninguna. Y tú lo que tienes que hacer es empezar a salir con Peter en serio. Como novios. Y dejarte de perder el tiempo con el batallón de pelmas y pesados de conoces a través de la aplicación.

—No insistas. Con Peter no tengo futuro y en la aplicación sí que confío. Sé que aparecerá alguien con un porcentaje maravilloso, uno como este que tienes tú aquí.... —Brenda entonces se calló, se quedó con la mirada asombrada y fija en la pantalla y luego tras revolverse el pelo nerviosa, exclamó—: ¡Madre mía! ¡Has hecho diana a la primera, amiga! ¡Esto es llegar y besar al santo! ¡Mira!

Amanda sin esperar absolutamente nada de esa maldita aplicación, comprobó cómo había un candidato que tenía con ella una compatibilidad del 99%.

—¿Un 99% de compatibilidad? —preguntó extrañada.

—Ya te dije que a veces se dan estos porcentajes altísimos y casi siempre terminan en boda. O sea, nena, que estás a punto de conocer a tu futuro marido. Y además, te ha enviado un mensaje...

Amanda se tronchó de risa, porque aquello era lo más gracioso que había escuchado en mucho tiempo:

—Jajajajajaja. ¡Ay, que me meo de la risa! Esta sí que es buena, mi marido... Jajajajaja. Espera que me voy a hacer bien la coleta... ¿Y cómo dices que se llama este buen señor?

—El señor Sombra....

Y tras escuchar ese nombre, Amanda ya sí que por poco no se hizo pis encima, pero de verdad...

Capítulo 10

Cuando regresó del cuarto de baño, Amanda leyó el mensaje de su supuesto candidato perfecto y ahí por poco no se murió de la risa.

Luego lo volvió a releer unas cuantas veces más, y llorando y doblada de puro reír, le dijo a su amiga:

—Me voy a imprimir este mensaje para leerlo los días que esté de bajón. Es que no he leído nada más gracioso en mi vida, te lo juro. Jajajajajajajajaja. ¡Este tío es un chalado! ¡Dios mío, qué candidato me ha encontrado la máquina! ¡El pirado de las sombras! Jajajajajajajajaja.

Brenda que tampoco podía parar de reír, le dijo a su amiga llorando también:

—El tío tienes que reconocer que es divertido, mira cómo nos ha hecho reír su mensaje. Y si tiene sentido del humor es inteligente, y luego dice que le gustan los algoritmos... Eso es otro punto a su favor.

—Sí, como a la Bestia y mira... Es el tío más cuadrículado y cabezota que he conocido jamás.

—¿No me decías ayer que ahora te llevas mejor con él?

—Sí, bueno, con lo de la entrevista me cambió un poco la imagen que tenía de él. Pero es un cabezota, y ya no tengo encontronazos con él porque no ha surgido ningún tema cadente y solo tratamos los asuntos de empresa de la forma más fría y profesional. Y te advierto que mejor así, ya me he cansado de que me he eche con malas maneras del despacho, como si fuera el señor del castillo y estuviéramos en la época medieval.

—Yo cada vez le pillo más mirándote con el rabillo del ojo. Ya sabes cuál es mi teoría, creo que le gustas... Pero este señor Sombra tiene una pinta genial...

—¡Menudos dos candidatos! ¡Un estirado y un loco de la vida!

—¿Loco de la vida? Oye que posa con su traje...

—¿Y por qué se corta la cabeza? Yo te lo voy a decir: para que no veamos la mirada de lunático que tiene —aseguró Amanda que no esperaba nada de su señor Sombra.

—Lo hace para proteger su intimidad, estoy segura. A lo mejor incluso es hasta famoso...

—¡Oh sí, alguien tan famoso que tiene que recurrir a una aplicación para encontrar pareja! ¡No digas bobadas, nena! —exclamó Amanda, convencida de que ese tío era un auténtico friki.

—Cualquiera puede utilizarla, ¿por qué no? Es una forma de conocer gente como otra cualquiera. Y esta además tiene una garantía científica, si la aplicación dice que hay una alta compatibilidad entre vosotros, yo lo tomaría muy en cuenta y trataría de conocer mejor a este hombre.

Amanda bufó, se encogió de hombros y negando con la cabeza aseguró:

—Ni de coña. Yo paso de quedar con ese tío.

—No te digo que tengas una cita mañana, pero yo que tú le escribiría y trataría de saber más de él.

—Es que no quiero saber nada más de él. No sé si lo pillas, amiga.

—Tía, que tienes un índice de compatibilidad del 99%, ¿tú sabes lo que es eso?

—Sí, ya lo dice él bien clarito, es como para ponerse a pedir día y hora para la boda. Pero ¿cómo puedes creer en estas patrañas, Brenda? ¡Tú eres una tía con cerebro!

—Precisamente porque tengo cerebro, porque soy programadora y sé todo lo que hay detrás de esa aplicación, te digo que si la máquina dice que tienes una compatibilidad casi total, es que has encontrado al hombre de tu vida.

—Jajajajajajaja. El señor Sombra. Jajajajaja. ¡Calla por Dios, calla, que como nos pille la Bestia riéndonos así, nos va a poner de patitas en la calle!

Brenda miró el reloj de la pantalla del ordenador y le ordenó a su amiga:

—Todavía nos quedan cinco minutos de nuestro tiempo de descanso. Así que venga, escribe unas palabritas a este señor tan simpático que ya verás cómo lo agradeces el día de la boda.

—Ya sé que me quieres mucho, pero yo no me voy a casar con un calvo, bizco, narigudo, de dientes verdes y chalado total.

Brenda se partió de risa otra vez y le preguntó a Amanda:

—¿Tú has pedido a un tío con ese perfil?

—No, yo pedí a un tío moreno, atractivo, alto, fuerte, deportista... Tonta no

soy, querida. Aunque lo parezca a veces...

—Pues sí la aplicación te da esa compatibilidad es porque él ha puesto que es así. Vamos que es clavadito a lo que tú pediste... Este tío te digo yo que no es feo. Al revés, es un buenorro, empotrador y con pasta. Pues el traje se ve bueno, parece un Armani de los gasta la Bestia. ¿Pediste también un millonario, amiga listilla?

—Puse que fuera trabajador, culto, que le apasionara su profesión... No pedí un millonete... Ya me gano yo solita bien la vida, hija mía. No necesito un marido rico para que me dé una vida de lujos. Soy una chica sencillita... Me conformo con un cine, un paseo por el parque y una copa en un local mono. No pido yates, ni joyas...

—Ya, chica, pero si te las dan... Este te va a cubrir de oro de arriba abajo, mientras te susurra guarrerías al oído y luego te hace reír a carcajadas.

Amanda se partió de risa porque su amiga no podía estar más para allá:

—Pedí que fuera apasionado, en todo... Pero vamos, mira el cuello que tiene este tío, está rígido como el del señor Sinclair... Este debe ser otro estirado...

Brenda miró a su amiga alucinada de que no supiera algo básico:

—¿Y tú no sabes que los tíos estresados follan de maravilla?

Amanda, apuró su café, lo dejó sobre la mesa y agarró después el teclado solo para que su amiga cerrara el pico de una vez:

—Hija mía, cualquiera diría que este tío te ha pagado para que me lo metas por los ojos. Pero tranquila que voy a responderle...

Brenda aplaudió divertida y luego gritó como si fuera una niña subida en su atracción favorita en un parque de entretenimiento:

—¡Bien, amiga! ¡Olé tus ovarios!

—No te confundas, no lo hago porque sea valiente ni nada parecido. Voy a escribirle para demostrarte que esta aplicación es una mierda. Estoy convencida de que este señor con el que se supone que tengo una compatibilidad casi total es Don Pufó Perfecto. Ya lo verás... Lo único que espero es que así te convenzas y le des una oportunidad al bueno de Peter. Un chico encantador, simpático y divertido con el que deberías estar saliendo ya, pero de verdad. Nada de cines ni de piscinitas, sino buenos polvos y buenas miradas de esas hacen temblar los cimientos de la tierra.

—A ti sí que te va remover los cimientos el señor Sombra ese... Jajajajajajajajaja. Me da el pálpito que sí... Y ¿qué le vas a poner? ¿Le vas

a pedir una cita? ¿O vas a hacerte la interesante un poquito dándole palique?

Amanda puso una expresión muy graciosa de espanto y luego le dijo a su amiga:

—No voy a quedar con este tío sin saber más cosas de él. Voy a entablar primero una relación epistolar...

—Como en el XIX, de ocho años, pues vas lista... Porque me temo, nena, que los tiempos han cambiado un poco desde la época de los libros de Jane Austen.

—No voy a pasarme ocho años escribiendo a este adefesio, que seguro que lo es... Porque en estos sitios la gente miente, pone que es guapa, puesto que un día se lo dijo su abuela, cuando eran bebés, y son feos de solemnidad. Créeme... Y con las características psicológicas igual... La gente considera que es una cosa, pero luego es otra... Eso está claro... Por eso, necesito un intercambio previo de correspondencia donde será inevitable que salga a relucir su verdadero yo... Ese que oculta tras esa sombra, y es que: ¿por qué se ha puesto ese nombre? —preguntó con un gesto de detective sagaz.

—Chica, pues muy fácil, está en la sombra a la espera de que tu amor le saque a la luz.

—Pues va a apañado... Pero no... No es eso, este está en la sombra porque oculta algo y yo lo voy a descubrir.

—Sabes que este es un momento histórico, ¿verdad, amiga?

Amanda miró a su amiga como si hubiera dicho la tontería del siglo y respondió:

—Pues no.

—Algún día le contarás a tus nietos, que todo empezó en el cuartito de unas oficinas en Manhattan, donde decidiste responder a un tal señor Sombra... Alguien misterioso y divertido, que resultó ser el abuelo...

—El abuelo Don Sombra Sinistra... Anda deja de decir chorradas y cállate un poquito que necesito concentración para escribir...

Capítulo 11

Cuando en la computadora de David saltó la señal de alarma de que tenía un mensaje de la aplicación TPP sintió que se le iba a salir el corazón del pecho.

Porque solo podía ser ella...

No había tenido ese porcentaje de compatibilidad tan alto con nadie más y, en consecuencia, ella había sido la única a la que había escrito.

Así que respiró hondo y se dispuso a abrir el mensaje que llevaba tantísimos días esperando...

Y es que dos semanas había tardado Amanda en abrir el mensaje, cosa que no entendía ya que si se había apuntado a la plataforma sería porque debía tener algún interés en encontrar pareja.

Pero bueno, Amanda era Amanda, y tenía sus tiempos y él por supuesto que los respetaba aunque lo hubiera pasado fatal durante esos días que había estado esperando a recibir una contestación.

Además, por si fuera poco, cada día que pasaba se sentía más y más atraído por ella, tanto que había decidido reducir al mínimo el trato para evitar decir alguna estupidez y estropearlo todo para siempre.

Por lo que estos días la relación había sido más fría y distante que nunca, aunque él por dentro ardiera de puro fuego y de puras ganas de conocer a esa mujer que le tenía completamente loco.

Si bien, cada vez faltaba menos para que llegara el momento de encontrarse frente a frente, no como secretaria y jefe, sino como dos personas que tienen un nivel de compatibilidad tremendo.

Y de momento, tenía un mensaje...

Un mensaje que era una puerta a ese misterio que estaba ansioso por descubrir.

Así que con una ilusión y una ansiedad enormes, abrió el mensaje y lo leyó

como si le fuera la vida en ello:

De: Amanda

Para: Sr. Sombra.

Estimado Sr. Sombra:

—¿Puedo llamarte así? ¿O Sombra a secas? Aunque vaya nombrecito que te has puesto, a mí más que a Grey, me has recordado a mi abuela que emplea mucho la frase cuando ve a un ser antipático y hosco: “ese tío tiene muy mala sombra”.

Solo espero que tú no la tengas, porque a mí los tíos bordes y estirados no me gustan para nada. Además, bastante tengo ya con el insostenible de mi jefe... Bueno, pues ya me contarás por qué te has puesto ese nombre, que tengo mucha curiosidad.

En cuanto a lo de nuestra compatibilidad, tengo que confesarte que yo no creo mucho en estas aplicaciones. Me he abierto el perfil porque la plasta de mi amiga Brenda ha insistido, pero la verdad es que no espero demasiado de este invento. Para mí el amor tiene mucho más que ver con la magia, la espontaneidad, la chispa... Por lo que entenderás que me parezca de lo más ridículo estar aquí escribiendo a un señor Sombra sin cabeza, con un traje italiano y un cuello de lo más rígido.

Como puedes comprobar, soy demasiado sincera... No sé si tanto como esperabas, pero soy así. De una sinceridad irritante... A mí jefe le tengo frito... Pero a lo que vamos, a pesar de que este método para conocer gente me parezca un despropósito, a pesar de que lo del porcentaje de compatibilidad me parezca una patochada y todo lo demás, con todo me gustaría conocerte un poco más.

Así que escíbeme, háblame de ti y oye, quién sabe... Lo mismo hasta acabo idolatrando a los algoritmos y los numeritos...

Saludos, Sombra. Hasta pronto.

El señor Sinclair leyó el mensaje unas cuantas veces más, mientras no podía dejar de pensar que era sin duda Amanda en estado puro. Era ella misma siempre, lista, sincera y honesta...

Era una mujer que no tenía dobleces, que le gustaba llamar a las cosas por su nombre, que era precavida, pero que a la vez tenía las agallas suficientes como para afrontar nuevos retos y aventuras.

Bien, Amanda. Más puntos para ti, pensó...

Y sin pensárselo mucho más, respondió con lo que tenía dentro, ni más ni

menos. Amanda no merecía otra cosa que la misma verdad y espontaneidad:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

¡Hola Amanda!

No imaginas la ilusión que me ha hecho leer tu mensaje. Sabía que ibas a responder, porque es difícil resistirse a la curiosidad de saber quién está detrás de un porcentaje de compatibilidad tan alto. Pero mira que tenerme dos semanas en ascuas... Tus razones tendrás para haber tardado tanto en responder, supongo que tu desconfianza hacia la aplicación tendrá demasiado que ver.

Yo, sin embargo, sí confío en las matemáticas... De hecho, ya me salvaron la vida una vez... Así que ¿por qué no iba a ayudarme ahora a encontrar pareja? Creo y confío. Y de momento, las primeras impresiones son estupendas. Me pareces una chica encantadora, inteligente, talentosa, divertida... y con una sonrisa preciosa. Eso ya sé que te lo he dicho, pero no puedo dejar de mirar tu foto de perfil. Espero que no te importe que te lo diga... Además esa forma de vestir tan desenfadada te sienta de maravilla... Y en cuanto a mi apodo, verás, se lo debo a mi abuela... Ella me puso ese nombre, Niño Sombra, porque de pequeño era largo y delgado como una sombra. Eran los tiempos en los que me pasaba el día con mi perro Tim... Espero que no te decepcione si esperabas una historia rara, truculenta y oscura. Pero no. Es solo el recuerdo de mi infancia feliz junto a mi abuela a la que adoraré siempre, aunque ya no esté. La familia es muy importante para mí, me encantaría tener la mía propia, pero no sé si encontraré alguien que me soporte. Me temo que soy igual de insufrible que tu jefe, ese del que tanto hablas...

Por cierto, ¿no te parece raro mencionarlo dos veces un mensaje tan corto? A ver si sientes algo por él y aún no lo sabes...

Yo debo tener un perfil similar al suyo, soy empresario, visto trajes italianos y tengo el cuello muy rígido. Eres muy observadora. Trabajo duro y soy muy exigente. Primero conmigo y luego con los demás... Y aunque a primera vista pueda parecer frío y borde, solo es una fachada... Supongo que es la coraza que me pongo cada mañana para evitar que me hagan daño. Madre mía, estoy hablando más de la cuenta y tengo pánico a aburrirte. Espero que no...

La verdad es que soy muy reservado, pero tú tienes algo que hace que me

apetezca abrir mi corazón y mostrarme tal cual soy. Y no, no soy el tipo duro que aparento.

O sí, soy un tipo duro, pero también soy muchas más cosas que me gustaría que descubrieras. Ojalá que sí... Te dejo ya, espero tener pronto noticias tuyas.

Saludos de parte de alguien que se muere por saber mucho más de ti.

Y David dio a “Enviar” sin siquiera sospechar que Amanda iba a responder mucho antes de lo que podía esperar.

Y es que ella dejó la aplicación abierta en su móvil y en cuanto recibió el mensaje le entró tal curiosidad que no pudo resistirse a leerlo...

Y lo cierto es que le encantó...

Le gustó la historia de su apodo, de la abuela y el perro Tim...

Le agradó que reconociera que era alguien vulnerable, que se escudaba detrás de una imagen dura para evitar que le hicieran daño.

Y sobre todo le fascinó su franqueza, su fuerza y su determinación... Esas cualidades que tanto admiraba... Tal vez por eso, ni se lo pensó y respondió al momento:

De: Amanda

Para: Sr. Sombra

¡Hola Sr. Sombra!

Qué historia tan bonita la del apodo, y cómo te entiendo porque yo sigo muy unida a mi abuela, la que gracias a Dios todavía vive con mis padres en Detroit. Yo soy de allí... Voy siempre que puedo, y te comprendo porque para mí la familia es muy importante... A mí también me gustaría formar la mía propia... Es uno de mis grandes sueños... Te agradezco las palabras tan bonitas que me dedicas, mi sonrisa no está mal y en cuanto a mi atuendo... Uf. Ahora visto fatal, voy cómoda, y además como en la empresa en que trabajo no exigen un código de vestir elegante y sofisticado, me puedo permitir ir a trabajar con jeans y zapatillas. Pero yo antes no vestía así... Yo era de usar vestidos ajustados, que marcaran mi figura y me gustaba maquillarme y demás... Pero dejé de hacerlo... Es una historia un poco triste... Tuve un jefe con el que cometí el error de tener una relación... Era un hombre frío, narcisista y dominante con el que viví un auténtico infierno. Yo era muy joven, no tenía experiencia, y tardé un poco descubrir el verdadero rostro de ese hombre. Era un tío celoso, posesivo y controlador con el que me vi inmersa en una relación de lo más tóxica. Me anuló como

persona, se pasaba el día criticándome, mi forma de ser, mi físico, mi ropa... Y acabé sintiéndome como un trapo, sin ganas de nada... Menos mal que con la ayuda de los míos pude salir de ahí y ya está todo superado... Madre mía, creo que yo también estoy hablando demasiado... No suelo hablar con nadie de esto que me pasó, ni siquiera con las amigas. Sin embargo, contigo, no sé... Tienes algo que también hace que me abra... Te dejo ya... Estoy en el trabajo...

Y en cuanto a mi jefe... No me gusta para nada. Pero es un buen tipo... Aunque no sea mi tipo... Bueno, tú me entiendes. Hasta pronto, chico Sombra...

P.D: A mí también me encantan los perros.

Capítulo 12

En cuanto David recibió el aviso de que tenía un mensaje, le faltó tiempo para abrirlo a pesar de que estaba en plena conversación telefónica con un informático, sobre un asunto técnico relacionado con la nueva aplicación.

Y se quedó pasmado al leer aquello, al conocer esa parte de la biografía de Amanda que desconocía y que le hacía entender demasiadas cosas.

Era una mujer herida, a la que un cabrón le había hecho demasiado daño. Y odió a ese hombre con todo su ser, aunque no le conociera de nada.

No entendía cómo alguien podía haber hecho algo semejante con un ángel tan dulce y tan bueno como Amanda.

Y por supuesto, también le gustó que dijera que él era un buen tipo.

Más que gustarle, le emocionó muchísimo que a pesar de lo borde y desagradable que había sido con ella en algunas ocasiones, todavía tuviera la generosidad de definirle de esa forma: como un buen tipo.

No se lo merecía... pero lo agradecía en el alma. Y además se sentía muy culpable por haber sido tan descortés con ella, por haberla gritado y haberla echado de malas maneras de su despacho.

Y más ahora que conocía su historia, su particular infierno, ese que había anulado a la Amanda que verdaderamente era.

Esa que debía maquillarse, que debía llevar vestidos entallados, esa que debía lucir zapatos bonitos y que seguro que no paraba de reír a todas horas.

Esa Amanda de la que ahora solo quedaba un pálido reflejo, si bien él iba a luchar con todas sus fuerzas para que volviera.

Por eso, en cuanto el informático colgó, sin tener ni idea de lo que habían hablado porque solo podía pensar en Amanda y el mensaje, decidió escribirla muy conmovido:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

Preciosa Amanda:

También estoy trabajando, pero necesito escribirte para decirte que me han estremecido muchísimo tus palabras. Siento en el alma que pasaras por esa experiencia terrible y me alegro de que hayas logrado salir de ese infierno. Tienes tanta luz, Amanda, que tienes que dejar que salga. Toda. Si te apetece vestir de la forma que lo haces ahora, perfecto. Pero si un día te apetece ponerte otras ropas más sugerentes, subirte a unos tacones o pintarte los labios de un rojo pasión, hazlo. Haz lo que te plazca y sé tú... Completamente tú... Porque eres una mujer maravillosa. Y no creas a nadie que diga lo contrario. También me agrada saber que tu jefe es una buena persona, después de la experiencia tan amarga que has padecido, mereces tener a un jefe que sepa valorar el tesoro que tiene. Me alegro de que así sea... Y gracias por abrirte conmigo, me encantaría ser tu amigo. Sé que nos acabamos de conocer y que a lo mejor suena un tanto precipitado, pero estoy aquí para lo que quieras.

Y el señor Sinclair dio a la opción de “Enviar” sintiendo algo muy extraño en el pecho, algo tan fuerte que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Lágrimas que también acudieron a los ojos de Amanda que no pudo evitar emocionarse en cuanto leyó el mensaje.

Y es que sintió las palabras de ese hombre tan sinceras y sentidas que se conmovió por completo.

Luego, imprimió un informe que su jefe le había pedido, se enjugó las lágrimas con los dedos y pasó al despacho de David que le miró con una cara muy rara:

—¿Te interrumpo?

David con unas ganas enormes de estrechar a esa chica en sus brazos y decirle que estaba todo bien, que era maravillosa y que solo deseaba hacerla feliz, negó con la cabeza y respondió:

—No, pasa.

Y aunque sonara ridículo era cierto... Quiera hacerla feliz, lo necesitaba con todas sus ganas, quería que se sintiera hermosa, deseada, querida, dichosa...

Joder, lo quería todo con ella pero de momento tenía que controlar sus ganas y seguir ejerciendo de jefe estirado y borde.

—Te traigo el informe que me has pedido.

Amanda le entregó el informe y al hacerlo él se percató de que había

llorado, de que tenía los ojos demasiado brillantes y la mirada apagada.

—¿Estás bien? —preguntó David, sin poder evitarlo.

Ella le miró, negó con la cabeza y explicó:

—No, pero ya pasará.

David tragó saliva, reprimiendo sus ganas de abrazarla y replicó:

—Si puedo hacer algo por ti...

Amanda sonrió agradecida y, corroborando una vez más que después de todo la Bestia no era un mal tipo, habló:

—No, pero te lo agradezco.

—A pesar de que tenga el corazón como el *iceberg* aquel, quiero que sepas que se me da bien escuchar. Si necesitas hablar o lo que sea...

Amanda le miró emocionada y vio algo extraño en la mirada de él:

—A ti también te pasa algo. Te noto algo raro en la mirada.

A él le pasaba de todo, pensó. Le pasaba que estaba sintiendo tanto por ella que creía que no iba a poder resistirlo. Pero respiró hondo y respondió:

—Lo mío también pasará.

Amanda sonrió, se encogió de hombros y habló:

—Pues estamos buenos... Y olvida lo que dije el día aquel sobre tu corazón... No creo que lo tengas como un *iceberg*...

—Pero sí como un helado de fresa —bromeó para hacerla reír.

Y ella se ríó, se ríó con la sonrisa más maravillosa que había visto en su vida y sintió que le daba un vuelco al corazón.

—Jajajajaja. Algo parecido...

David agarró el informe, lo estrechó contra su pecho, ya que no podía abrazarla, y le dijo de una manera tan sincera que Amanda se conmovió:

—Me gusta verte sonreír...

—Es que tienes un sentido del humor muy peculiar —confesó ella, retirándose un mechón de pelo que se había soltado de su coleta.

—Y te agradezco el informe, sé que estás trabajando muy duro y aunque sea un tipo parco en palabras, quiero que sepas que lo valoro.

Amanda sonrió, asintió con la cabeza y dijo agradecida:

—Para mí es un honor trabajar en esta empresa. Eres un jefe...

—¿Insoportable?

—Sí, bueno, insoportable, pero también justo y bueno.

David suspiró de una forma que encontró estúpida, pero es que no pudo reprimirla y consideró también necesario excusarse por sus actuaciones en los

días pasados:

—También me gustaría pedirte perdón por mis malas formas en ocasiones anteriores. No tienen justificación y no se van a volver a repetir.

Amanda le miró con los ojos muy brillantes y, con una sonrisa que David encontró perfecta, dijo:

—Disculpas aceptadas.

—Quiero que sepas que después de la señora Muir pensaba que jamás iba a encontrar una secretaria mejor que ella, pero tú has superado todas mis expectativas. Eres muy buena en lo que haces, Klein. La mejor. Soy un jefe muy afortunado.

Amanda se sonrojó porque esas palabras de su jefe le llegaron a lo más hondo, y más después de recordar el infierno vivido con Michael, su exjefe, que no perdía ocasión de recordarle lo poco que valía:

—Yo también me siento muy afortunada de estar aquí, David. Estoy muy a gusto en esta empresa. Y me encantaría pasarme el día entero escuchando elogios y más elogios, pero tengo muchísimo trabajo. Supongo que lo entenderás... —comentó risueña.

David que lo que deseaba era pasarse la vida entera con ella, sonrió como un pánfilo, o por lo menos él se sintió así, y luego le dijo:

—Claro que lo entiendo...

Y ella se marchó de su despacho, dejando un exquisito aroma a flores frescas y provocando en David unas ganas tremendas de abrazarla, de besarla y de confesarle que estaba sintiendo por ella tanto que le tenía desbordado.

Que comía mal, que dormía peor y que no podía dejar de pensar en ella...

Pero decidió que lo mejor era callar y dejar que el señor Sombra fuera el que tomara el testigo...

Que él dijera todo lo que David no se atrevía a contarle a la cara a esa preciosa mujer y que fuera lo que tuviera que ser...

Capítulo 13

A partir de ese día, ambos tomaron la costumbre de escribirse a diario sin parar...

Mensajes que a veces eran triviales, otras eran mucho más profundos, pero con los que fueron afianzando su relación poco a poco.

Amanda se sentía muy a gusto escribiendo a ese hombre que parecía entenderle mejor que nadie. Además tenía un sentido del humor muy particular que hacía que le alegrara los calurosos días de verano.

No en vano, era un subidón tremendo llegar al trabajo cada mañana y encontrarse con algún mensaje de su señor Sombra, ese hombre del que no esperaba absolutamente nada, pero que le estaba poniendo mucho a color a su vida.

Color en todos los sentidos, y no solo referido a la ilusión que le hacía leerle cada día, sino también a que ella había empezado a meter más notas de color en su vestuario.

Desde que hablaba con él, había empezado a ponerse colores más vivos e intensos, rojos, verdes, amarillos... Colores que tenía descartados de sus estilismos, pero que ahora le apetecía usarlos. Tanto fue así que con el paso de los días, incluso se atrevió a ir un poco más allá y a rescatar los vestidos entallados que hacía un tiempo que no se ponía...

Y las sandalias de tacón...

Esas que le encantaban y que le hacían unas piernas divinas, pero que dejó de lucir desde que le pasó lo de Michael.

Ese hombre le hizo tanto daño que llegó a creerse todo lo que decía y que no tenía más fin que destruirle la autoestima.

Que si le sobraban kilos, que si tenía una cara demasiado vulgar y lo peor: que no valía para nada.

Con él perdió las ganas de todo y acabó enfundada en ropas de lo más

anodinas para que la dejara en paz, dejó de sonreír y optó por hablar lo justo, hasta pasarse la mayor parte del tiempo callada.

Y es que a Michael todo le molestaba, todo le provocaba celos, todo lo que viniera de ella le parecía ridículo...

Y lo controlaba todo, lo que comía, lo que leía, su móvil, su correo electrónico, sus cuentas... Todo.

Poco a poco fue envolviéndola en su red tóxica y manipuladora y acabó atrapada en una relación que le asfixiaba.

Hasta que un día se hartó...

Una mañana en que se le ocurrió ponerse una falda por encima de la rodilla con un jersey un poco ajustado para ir a trabajar, él le gritó que así no salía de casa: que parecía un chorizo embutido y que estaba fondona... Luego le preguntó que qué era lo que buscaba vistiéndose así, que si le gustaba algún compañero, y ella le replicó llorando a lágrima viva que él estaba mal... Que lo de sus celos no era normal, que nada lo era en esa relación de mierda en la que se sentía enterrada en vida.

Y entonces Michael la amenazó con dejarla en la calle, con hacerle vida imposible, con destruirla completamente...

Y ella que ya estaba rota, que se sentía peor que nunca, con la autoestima por los suelos, desganada y sin fuerzas, tuvo el coraje de mandarle a la mierda, agarrar la puerta y salir para siempre de la vida de ese tío que no le había hecho más que daño.

Volvió a casa, se refugió en los suyos y cuando meses después se sintió de nuevo con fuerzas, empezó a buscar empleo hasta que al poco la llamaron de la empresa del señor Sinclair.

Y aceptó.

Y su vida empezó a cambiar...

Incluso hasta se descubrió a sí misma cantando por las mañanas, canturreando canciones de lo más tontas, pero con el corazón contento.

Y con la ilusión de un nuevo trabajo, y ahora también con la ilusión de un hombre que con su comprensión y su afecto había logrado que se hubiera puesto un vestido otra vez, unas sandalias con tacón y un rojo de labios subido.

Es más, ahora hasta se podía mirar al espejo, cosa que llevaba tiempo sin hacer, y no solo podía contemplarse sino que se sentía muy a gusto en su piel.

Después de sentir un rechazo horrible por su físico tras el machaque

constante de Michael, ahora podía mirarse y sonreír a la mujer que tenía enfrente.

Y se sentía bien...

Mejor que nunca.

Y para celebrarlo se hizo una foto de cuerpo entero frente al espejo y la subió como foto de perfil a la aplicación de TPP.

Y obviamente, al señor Sombra le faltó tiempo para escribirle y decirle lo preciosa que estaba...

Claro que lo que ella no sabía era que él llevaba días observando en la oficina la evolución de esa chica que estaba como floreciendo.

Poco a poco, había ido dejando atrás esas ropas que de alguna manera la invisibilizaban y estaba vistiendo colores más alegres y prendas que le favorecían muchísimo más.

Hasta que llegaron los vestidos...

Y él por poco no se murió de la impresión al verla más guapa que nunca, marcando su bonita figura, sus curvas infinitas y esa boca que le volvía loco pintada de un rojo fuego de lo más sensual.

Y luego estaban las sandalias...

Esos tacones que le hacían unas piernas preciosas y que le sentaban también de maravilla...

Parecía otra y él se sentía tan feliz de verla así, mucho más luminosa y segura de sí misma, que no se le quitaba la sonrisa de los labios.

A él...

El ogro, el borde, el estirado, el jefe cabrón...

Y no pudo evitar contárselo a Amanda, pero a través de su otro yo. Obviamente...

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

¡Hola otra vez!

Me paso el día mirando tu foto, espero que no pienses que soy un perverso, pero es que estás tan preciosa. Te brillan los ojos de una forma tan especial y te sienta tan bien ese vestido... Me tienes loco, Amanda, tanto que me paso el día con una sonrisa de lo más estúpida. La gente debe pensar que me estoy trastornando, pero me da lo mismo. Desde que estás en mi vida siento algo muy especial, algo que no sé qué es lo que es, pero que me encanta.

Un saludo, preciosa.

Amanda leyó como siempre con muchísima ilusión el mensaje que le mandaba su amigo virtual, porque ya le consideraba así, amigo, después de las muchas confianzas que llevaban hechas y respondió nada más recibir el mensaje:

De: Amanda

Para: Sr. Sombra

Te agradezco muchísimo tus palabras y quiero que sepas que desde que estás en mi vida tengo una ilusión nueva y totalmente inesperada que posiblemente sea la culpable de que tenga ganas de ponerme otra vez vestidos y zapatos bonitos...

Así que creo que tú eres el responsable de que tenga este brillo en los ojos y que me apetezca pintarme los labios.

Y ¿sabes qué?

Me siento muy bien en mi piel, ahora puedo mirarme otra vez al espejo y sonreír a la mujer que veo. Y eso te lo debo a ti, que con tus palabras, tu apoyo y tu cariño has logrado que por fin pueda decir que estoy curada, que estoy en paz, que soy la que quiero ser.

Así que por todo, gracias, amigo Sombra.

David se emocionó muchísimo cuando leyó el mensaje de Amanda, tanto que con el corazón encogido le escribió al instante:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

Me hace muy feliz saber que te sientes así, pero yo no he hecho nada... Tú eres la que con tu fuerza, tu coraje y tu determinación has trabajado muy duro para ser la mujer que eres. Esa a la que miras al espejo y a la que sonríes serena y confiada. Tú lo has logrado todo, Amanda, tú eres la que controlas tu vida y tu destino. Solo tú haces la magia. No le debes nada a nadie. Eres tú la que tienes las riendas y la que decides la vida que quieres para ti. Por eso te admiro, te admiro muchísimo, porque eres muy valiosa y muy grande...

Y lo envió sintiendo unas mariposas tremendas en el estómago, las mismas que sintió Amanda en cuanto lo leyó estremecida...

Capítulo 14

Los días siguieron pasando, los mensajes se fueron haciendo cada vez más profundos tanto que llegó un punto en que Amanda le pidió una mañana de finales de julio:

De: Amanda

Para: Sr. Sombra

¡Hola Sr. Sombra!

Por cierto, hablando de sombras... ¿No te parece raro que sepa cómo se llamaba tu osito de peluche, ese que todavía conservas en la casa de tu padre, y que aún no sepa tu nombre?

Me lo podrías decir, si no tienes inconveniente...

A mí gustaría poder llamarte por tu nombre...

¿O tienes un nombre tan feo que prefieres seguir llamándote Sombra?

Ah, y respecto a lo que me preguntabas antes de mi jefe el gruñón... Yo no sé. Algo le pasa. Está rarísimo, parece otro. ¿Te puedes creer que hasta sonrío? Yo he llegado a pensar que tenía los dientes pochos, que por eso no sonreía nunca. Pero resulta que tiene dientes, los tiene todos y además blanquísimos. En fin, es una buena noticia su cambio de actitud. Estamos en la empresa alucinados. Sea lo que sea, me alegro por él. Ya te digo que es un buen tipo.

Amanda envió el mensaje, expectante, porque se moría por saber el nombre que de ese chico que la tenía cada día más ilusionada.

Y se debía notar muchísimo, porque Brenda que en ese instante pasaba por su mesa, le preguntó:

—¿Y esa carita que tienes? ¿De nuevo de cháchara con tu hombre misterioso?

—Acabo de pedirle que me diga su nombre. Creo que después de todas las confidencias que nos hemos hecho debemos de dar este pasito. ¿No te parece?

—A mí me parece que tú estás pegando un cambio desde que está ese tío en tu vida, que yo creo que estás pillada... Y mucho.

Amanda se echó a reír, porque desde luego que no le parecía que lo estuviera...

—Es solo un amigo. No puedo pillarme de alguien que no he visto en mi vida. Solo sé que me cae genial, que es divertido, que escucha, que me entiende, que cada día somos más cómplices. Pero nada más...

Brenda se cruzó de brazos, negó con la cabeza y precisó:

—¿Nada más? Ese hombre ha logrado que te pongas vestidos con escote, que te subas a unos tacones, que te pintes los labios... Eso tiene un nombre, amiguita.

—No me lées. Reconozco que me hace ilusión ver que tengo un mensaje nuevo del señor Sombra, que me gusta muchísimo escribirme con él, que siento que somos afines en muchas cosas, que me da tanta confianza que hace que me abra de una forma alucinante, pero solo es eso. Así que no le pongas ningún nombre a esto, porque no lo tiene...

—Pues yo creo que sí. Es más, pienso que además de saber su nombre, tendrías ya que ponerle también cara. ¿Por qué no le pides una cita para conoceros en persona?

Amanda miró a su amiga alucinada, ya que ni por asomo se le había pasado por la cabeza tener una cita con el señor Sombra, no al menos de momento...

—Porque una cosa es saber su nombre y otra muy distinta es quedar con él. Eso es ir ya demasiado lejos y yo no estoy preparada. No, todavía...

Brenda negó rotunda con la cabeza y luego le comentó:

—Yo he tenido un montón de citas con tíos con los que solo había intercambiado unos mensajes. No hace falta estar escribiéndose tres siglos para concertar una cita... Al revés, te advierto que cuanto antes llegue el momento del cara a cara es mucho mejor. La comunicación no verbal es la menos engañosa de todas. Por chat todos damos nuestro mejor rostro, somos muy simpáticos y tal, pero en el cara a cara, cuando se mira a los ojos, cuando se escrutan los gestos, es cuando la verdad salta sin trampa ni cartón.

Amanda resopló aliviada, pues su amiga después de hablarlo muchísimo por fin llegaba a la misma conclusión que ella:

—Es lo que siempre te he dicho, donde esté una mirada que se quiten todos los algoritmos y todas las estadísticas. Por no hablar de un beso, el beso ya es que te lo dice todo...

—Sí, pero gracias a la aplicación has conocido a tu señor Sombra que mira cómo te tiene de contenta. Pareces otra, nena.

—Estoy ilusionada, me gusta que me escriba y todo eso... Pero la verdad es que tengo miedo a verle cara a cara y que de repente todo se esfume. Quiero decir que valoro mucho esto que tenemos ahora, es una amistad que está empezando y que es muy bonita: no me gustaría que un encuentro precipitado lo echara todo a perder —le confesó Amanda, mordiéndose los labios de la ansiedad.

Y cuando Brenda estaba a punto de replicarle algo a su amiga, sonó una campanita que alertaba de que acababa de recibir un mensaje de la aplicación TPP:

—Hablando de Roma...

Amanda abrió el mensaje y lo leyó en voz lo suficientemente baja para que solo su amiga que estaba a su lado lo escuchara:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

Tienes razón, Amanda. Tienes tanta razón que creo que no solo es hora de que sepas mi nombre, sino también de que me pongas cara. Por eso, estaba pensando en que si no tienes nada mejor que hacer el sábado, podíamos ir a cenar al sitio que tú quieras.

Ya me dices, y espero que mi propuesta no te incomode. Reconozco que a mí me ha costado mucho escribir este mensaje, porque no sé bien si estaré precipitando las cosas. Sin embargo, para qué te voy a engañar, me muero por estar frente a frente, cenando y charlando tranquilamente, como hacemos por mensaje, pero por fin mirándonos a los ojos.

Si también es tú deseo, dímelo y será genial... Y por supuesto si no te apetece o no puedes, también será genial. Todo es siempre genial contigo.

Amanda temblando de la emoción, se quedó mirando a su amiga que exclamó de repente:

—¡Te ha pedido una cita! ¡El señor Sombra quiere conocerte! ¡Ay madre! Venga dile que sí, que a las ocho y media... ¡Vamos!

Amanda se revolvió en el asiento, tragó saliva y muy nerviosa musitó:

—¿El sábado? ¡Ay Dios, es muy pronto! Yo no estoy preparada para esto... Yo solo quería saber su nombre, pero cenar con él... ¡Ay no! No. Lo siento pero no. Es demasiado.

Brenda, sin entender la negativa de su amiga, le recordó:

—Pero si es lo mejor que te puede pasar... Tienes que estar frente a ese tío que te está devolviendo la ilusión y averiguar qué es lo que está ocurriendo con él. Ya no puedes seguir estirando más el chicle de la relación epistolar... No eres una heroína de Jane Austen, estás en el siglo XXI y tienes que quedar ya con él.

Amanda se puso muy seria, incluso algo triste y mostró sus temores más profundos:

—¿Y si todo se va a la porra? Yo me siento muy a gusto hablando con él, me dan la vida sus mensajitos a todas horas... Pero ¿y si nos miramos a los ojos y resulta que toda la magia se esfuma?

Brenda sentía que eso no iba a pasar, por eso le aseguró a su amiga:

—Eso no va a suceder, nena. Al contrario, lo único que puede pasar cuando os veáis en persona es que os miréis a los ojos y sintáis muchas más cosas, que os percatéis del verdadero alcance de lo que estáis sintiendo.

Claro que la opinión de su amiga, a Amanda le puso más nerviosa todavía:

—No estoy preparada para esto. Quiero decir, que yo pensaba que algún día tendría un encuentro con alguien, surgiría la chispa y luego todo lo demás... Pero esto de tener una ilusión con una persona que no sé ni cómo se llama, que ni he oído, que ni sé cómo tiene las manos y quedar con él, así de sopetón... ¡Dios Santo! ¡Es muy fuerte para mí!

—Te pasas el día hablando con él, la cena sería igual, lo mismo... pero mirándoos, escuchándoos, oliéndoos... ¿Te imaginas?

Amanda solo de imaginárselo le entró tal ansiedad que insistió:

—No puedo, Brenda. Me veo incapaz...

—Sí que lo eres. Y además, debes hacerlo cuanto antes... Te lo digo por experiencia propia. Al tenerlo enfrente vas a darte cuenta de todo, de quién es realmente ese hombre y qué es lo que te está pasando con él. No lo demores más. Tienes que conocerlo...

Capítulo 15

Amanda sabía que su amiga tenía razón, si bien sentía que aún no había llegado el momento y decidió declinar la invitación. Cosa que el señor Sombra entendió perfectamente.

Y es que ella prefirió ser sincera con él y contarle lo que le estaba pasando:

De: Amanda

Para: Sr. Sombra

Amigo Sombra:

Siento decirte que no me siento preparada todavía para aceptar tu invitación. Jamás pensé que tendría una relación virtual con nadie, y lo que es mejor que me iba a sentir tan a gusto y tan especial. No esperaba que esto fuera así y tengo que confesarte que me da miedo a que perdamos esto tan especial que tenemos. Ya sé que también podría suceder al contrario, que nos miremos y las cosas sean aún mejor, pero de momento prefiero que sigamos hablando por aquí. Espero que no te importe y una vez más gracias por tu paciencia.

Cuando David recibió ese mensaje lo entendió perfectamente, es más lo había enviado convencido de que ella no iba a aceptar la invitación. Pero sentía que tenía que hacerlo...

Amanda tenía que saber de sus ganas y aunque estaba seguro de que el mensaje iba a perturbarle un poco, era necesario para que empezara a considerar la opción del encuentro.

Dado su reparo hacia ese tipo de aplicaciones y sobre todo dada su historia personal y todo lo que había sufrido con su última relación, entendía perfectamente que se negara a una primera cita.

No obstante, David decidió que iba a poner todo de su parte para que Amanda se fuera sintiendo más y más cómoda con él y al final acabara ella

misma proponiendo el encuentro como algo natural, como una fase más en la relación que estaba surgiendo entre ellos.

Como así fue...

Y es que después de un par de semanas en las que siguieron abriéndose y sincerándose de una forma tranquila y también divertida, porque la verdad era que los dos se lo pasaban en grande; David le contó como el que no quiere la cosa... pues la verdad que no tenía ninguna intención de nada:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

Este sábado me han invitado a que conozca la terraza de un hotel nuevo en Hudson Yards, tiene unas vistas espléndidas y una piscina increíble. Pero no pienso ir, me voy a quedar tranquilito en casa, cogiendo fuerzas para el domingo que iré a ver a mis sobrinas. Tú descansa también, que tu jefe te hace trabajar demasiado...

Amanda leyó el mensaje, miró por la ventana y hacía tanto calor que de repente le apeteció muchísimo ir a la piscina...

Y eso que llevaba un montón sin ir, ya ni lo recordaba...

A Michael no le gustaba para nada y luego a ella le entró tal complejo con su cuerpo que no se atrevía ni a ponerse el bañador.

Sin embargo, ese día con ese sol, ese calor y esa luz de repente le pareció un plan perfecto para un sábado por la tarde. Una copa refrescante, un bañito en la piscina... Y se vio de repente escribiendo...

De: Amanda

Para: Sr. Sombra

¿Sabes que me apetecería muchísimo ir a esa piscina con vistas? Hace un muchísimo que no piso una, pero hace tanto calor que... No sé... Ha sido leerte y entrarme unas ganas tremendas de ir a conocer esa terraza.

Y lo dejó ahí, no escribió más y lo envió... Dejándose llevar y expresando sus ganas libremente, sin cortapisas de ningún tipo. Siendo ella, más ella que nunca. Y sonrió feliz.

Tanto como David en cuanto abrió el mensaje y leyó lo que más ansiaba. No podía creerlo... Pero ahí estaba... Amanda por fin estaba preparada... Por lo que se revolvió en el asiento y, con el corazón rugiéndole, escribió:

De: Sr. Sombra

Para: Amanda

Para mí sería un sueño ir a ese lugar contigo, creo que el sueño más

dulce que he tenido nunca. Si te apetece, podemos quedar a las seis...

Y sin más, dio a “Enviar”, porque sentía que los dos ya habían dicho demasiado.

Y ella respondió al instante con un escueto: “Perfecto” que a David le dejó levitando.

Estaba que flotaba, en una nube, es que no podía creerlo... Por fin había llegado el momento: tenía una cita con Amanda y todo su mundo estaba a punto de cambiar.

Porque estaba seguro de que ese encuentro iba a cambiarlo todo, solo esperaba que fuera para bien.

De momento, que Amanda hubiera decidido quedar en un lugar con piscina le parecía toda una declaración de intenciones.

Después de la relación que le había contado que había tenido con su cuerpo, después de que hubiera estado un tiempo sin poder siquiera mirarse al espejo por culpa de ese hombre que la llenó de inseguridades, que tuviera el coraje de quedar con él en una piscina le pareció un gesto de confianza que le conmovió.

No le importaba mostrarse tal y como era, igual que lo había hecho a lo largo de sus mensajes, ahora también lo iba a hacer con su cuerpo. Y eso le encantó, le gustó muchísimo...

Y si ya esa mujer le volvía loco, ahora es que ya estaba...

Estaba enamorado.

Sí, aunque sonara un poco fuerte, esa era la palabra exacta, es que no había otra para expresar lo que estaba sintiendo por esa chica que cada día le removía más cosas.

Y es que además de desearla como jamás lo había hecho con nadie y de pensar en ella a todas horas, quería darle todo, cuidarla, protegerla, compartir con ella...

A medida que la conocía más y más, ese deseo, esa inquietud y esas ganas crecían por momentos hasta hacerse insoportables.

Así que la cita llegaba en el mejor momento, porque David estaba que no podía más...

Necesitaba tenerla de una vez enfrente y que viera en sus ojos todo lo que estaba ardiendo en su pecho.

Y ella...

Amanda después de pensarlo mucho, de no parar de darle vueltas y más

vueltas a la cabeza, sintió que había llegado el momento de dar un paso más.

Era algo irremisible. Su amiga Brenda tenía razón. Esa amistad epistolar estaba yendo cada día a más, ese hombre cada día le estaba despertando más y más cosas y, en consecuencia, ya era hora de averiguar qué había detrás de tantas palabras.

Y sí, tenía vértigo... pero el señor Sombra le daba tanta confianza y tanta seguridad que de una forma totalmente espontánea había surgido plantearle lo de la cita.

Y en una piscina...

Con lo mal que lo había pasado ella con su físico, con lo acoirazada que había llegado a sentirse, pero ahí estaba...

Iba a tener una primera cita con un hombre del que no sabía ni su nombre, en una piscina de un gran hotel y seguramente rodeada de cuerpos esculturales.

Pero le daba lo mismo...

Ella se sentía muy a gusto en su piel y quería que el primer encuentro fuera de esa forma.

Sin artificios, natural, mostrándose tal cual era...

Y aunque en la vida se le habría pasado por la cabeza tener una cita semejante, sintió más que nunca que había llegado el momento de poner cara al hombre que le hacía sonreír cada mañana y que le dibujaba una sonrisa cada noche.

El hombre que le había devuelto las ganas y la ilusión...

El hombre en el que pensaba a todas horas...

El hombre que había hecho que volviera a usar barras de labios de color rojo subido.

El hombre con el que según una maldita aplicación tenía una compatibilidad casi perfecta con él...

Ese hombre.

Con el que todo podía suceder...

Incluso, un beso perfecto...

Capítulo 16

Cuando Amanda le contó a su amiga que tenía una cita el sábado con el señor Sombra por poco no le dio algo:

—¡Y en una piscina! Tía, eres una kamikaze...

Amanda sonrió frente a la máquina del café y luego le explicó:

—Esto solo podría hacerlo con él. Me da muchísima confianza y no supone ningún problema para mí plantarme con el traje de baño y un pareo.

—No, si yo me alegro muchísimo de verte tan lanzada y cada día más *sexy*, porque el vestido que traes hoy tiene un escotazo que lo flipas. He pillado más de una vez al señor Sinclair mirándote con cara de bobo...

—¡Qué pesadita estás con eso! Pero que no, que yo no le gusto para nada...

—Dices eso porque no te has fijado en la cara con la que te mira; sin embargo, créeme que yo estas cosas las pillo al vuelo. Y sé que le gustas, y mucho. Cada día te mira con más cara de pánfilo...

Amanda dio un sorbo a su café y luego replicó risueña:

—El que te mira con cara de pánfilo es Peter... Le tienes loquito total...

—Calla que lo último es que me ha pedido que me vaya con él de vacaciones a las Bahamas. Le ha prestado un apartamento un amigo y como nos hemos cogido los dos las mismas fechas de vacaciones...

—Imagino que le habrás dicho que sí.

Brenda miró a su amiga alucinada, porque desde luego que no podía aceptar semejante invitación:

—Pues no. *Quien evita la ocasión, evita el peligro*. Solo me faltaba pasar unos días de vacaciones con él. ¡Ni loca!

Y Amanda haciendo un poco de abogada del diablo preguntó con cierta retranca:

—¿Pero no dices que no es más que un amigo?

—Es un amigo, pero reconozco que es un chico muy guapo y con el

calorcito, la playa, el relax... se me puede ir la pinza y no. Porque lo nuestro es imposible. Lo mires por dónde lo mires. ¡No puede ser!

Amanda apuró su café y le dijo a su amiga convencida:

—Por mucho que te resistas, lo que está condenado a ser: será. Da igual si te escondes, huyes o pones mil obstáculos. Será...

—Sí, como lo tuyo con la Bestia...

—¿Cómo que con la Bestia? Con el señor Sinclair no tengo nada, en todo caso con el señor Sombra... —confesó y luego suspiró con una sonrisita de lo más graciosa.

—Y yo que te veo con los dos... —opinó Brenda, risueña. Y tocando ella ahora un poquito las narices a su amiga.

—Pues te equivocas... Con el señor Sinclair no tendría nunca nada y con el señor Sombra te lo diré en cuanto le mire a los ojos...

—¡Va a ser de emocionante...! Me lo tienes que contar todo. Oye, ¿y cómo te lo imaginas?

Amanda tenía la respuesta más que preparada porque desde el principio solo se lo podía imaginar de una forma:

—Como el señor Sinclair.

Brenda puso los ojos como platos y luego replicó:

—¿Qué?

—Los rasgos físicos que puse en la ficha que rellené eran muy parecidos a los suyos. Moreno, alto, atractivo, deportista... Así que supongo que se parecerá mucho a él. El cuello desde luego es muy parecido, hasta tienen los dos una marca parecida...

—Anda que si fuera el mismo... Jajajajajaja. ¡Sería la bomba!

A Amanda no le hizo ninguna gracia la bromita de su amiga, ya que sería lo peor que le podía pasar en la vida: haberse abierto así con su jefe...

—¡Sería horrible! ¡Es que ni en broma me lo digas porque para mí sería lo peor que me podría pasar!

—Chica, tampoco sería tan grave si así fuera...

Amanda se puso seria y decidió contarle a su amiga algo que no había compartido aún con ella:

—Verás, en mi anterior trabajo cometí el error de liarme con mi jefe que resultó ser un tío retorcido, manipulador, celoso y narciso perverso que me hizo la vida imposible. Me destruyó la autoestima y me hizo mucho daño... Ya está todo superado, pero jamás volvería a tener una relación con un jefe. No

podría, sería algo superior a mí.

—Pero el señor Sinclair no es así, el hombre es un estirado pero es buena persona. Jamás te haría daño.

—Lo sé, pero de verdad que no podría tener nada con un jefe. Y menos con el señor Sinclair que no es mi tipo.

—No es tu tipo; sin embargo; has descrito en la aplicación a tu hombre ideal con sus características físicas.

A Amanda no le quedó otra que reconocer:

—Sí, físicamente es mi tipo pero su carácter no me va nada.

—Ya, bueno yo solo sé que te mereces más que nadie que te ocurran cosas buenas y estoy convencida de que estás a punto de vivir algo muy especial. Además, ahora que conozco tu historia, alucino con lo valiente que has sido aceptando la invitación de ese hombre misterioso.

—Lo que viví fue muy duro. Michael, mi ex, se pasaba el día criticándome. Me decía que estaba gorda, que era fea, que era tonta, que era torpe, que no tenía estilo, que vestía fatal. Me atacaba por todos los flancos y yo acabé tan desgastada que dejé de creer en mí. Y me rompí... hasta que un día reaccioné y le mandé a la mierda. Pero me quedé muy tocada... Pasaron unos meses hasta que pude recomponer mis pedazos y empezar una nueva vida otra vez en Nueva York. Y ya me conociste al principio, vestía bastante informal, no me sentía a gusto en mi piel, estaba insegura, todavía seguía el fantasma de mi ex atormentándome de alguna manera, hasta que el señor Sombra ha despertado algo en mí y cada día me siento con muchísimas más fuerzas y ganas...

Brenda mirando a su amiga con orgullo y admiración confesó emocionada:

—No sabes lo que me alegro de lo que te está pasando y desde luego que eres muy fuerte para tener el coraje de plantarte en esa cita en una piscina, además. Y más sabiendo el daño que te hizo ese cabrón...

—Ya pasó. Ya he recuperado del todo la confianza y la fe en mí. Me siento mejor que nunca y por eso supongo que he aceptado esa invitación. Bueno, como te he dicho también influye muchísimo que el señor Sombra sea tan especial. Me hace sentir muy bien y me apetece quedar en esa terraza. Hace mucho que no voy a una piscina... Y a la playa ni te cuento...

Brenda entornó los ojos, ya que de repente se le ocurrió algo que no era tan descabellado:

—¿Playa, dices, y por qué no vamos a las Bahamas con Peter?

—Yo acabo de entrar en la empresa, no tengo vacaciones...

—Nos vamos juntos el sábado y luego te tomas un vuelo de regreso a primera hora del lunes.

Amanda negó con la cabeza y le aconsejó a su amiga:

—La que tiene que ir eres tú. Déjate de buscar carabinas y vuela con él que lo estás deseando.

—¿A quién no le apetece ir a las Bahamas? Pero es que lo nuestro no puede ser... Y encima tengo la mala suerte de que solo me aparezcan en la aplicación tíos con porcentajes de compatibilidad bajísimos.

—Claro, porque tu destino es Peter. Si es que lo estás haciendo larguísimo y es obvio que él es tu hombre. No le des más vueltas.

—Desde luego que no se las doy, sé que no es para mí y punto. Lo único que espero es tener la fortuna que tú has tenido y que me aparezca uno con el que sea compatible a esos niveles.

—Eso dice la aplicación, pero veremos lo que pasa cuando nos encontremos frente a frente. La mirada lo dice todo y ahí sabré si el algoritmo funciona o no...

—Sé que va a funcionar y luego vendrá el beso perfecto ese del que hablas, ya verás ya... Si es que con esa compatibilidad que tenéis es imposible que suceda otra cosa.

Amanda prefería ser cauta y no lanzar las campanas al vuelo hasta que tuviera a ese hombre frente a ella:

—No lo sé hasta que no le tenga enfrente y nos miremos...

—¿Qué emoción! ¿No estás nerviosa?

Amanda suspiró y luego respondió con la verdad:

—Estoy expectante, pero no estoy nerviosa. Siento como si fuera a encontrarme con alguien que ya conozco. Y es que bueno, después de todo lo que hemos hablado siento que es un amigo. Así que no, solo deseo ya poder mirarle a los ojos y ver qué pasa. Nada más que eso...

Capítulo 17

Amanda acudió a la cita un bañador negro de escote profundo, que podía pasar perfectamente por un *body*, y una falda de raso roja a juego con unas sandalias de tacón.

Se había recogido el pelo en un moño sofisticado y se había aplicado un maquillaje sutil, pero contundente en los labios.

Y a pesar de que le había asegurado a Brenda que no estaba nerviosa, cuando se vio subiendo en el ascensor hasta la última planta donde estaba la terraza y la piscina del hotel, sintió un pánico tremendo.

Porque pánico era la palabra exacta para definir las ganas que tenía de huir, el sin sentido que le parecía estar en ese lugar que jamás habría pisado en la vida, porque ella no era de frecuentar esos sitios pijos y elitistas, y encima para quedar con alguien que ni había visto en su vida ni sabía realmente quién era.

A ver, que sabía cosas de él tan íntimas como que desde que la conocía le había dado por bailar solo y descalzo en el salón. O que hablaba todas las noches con su abuela y su madre fallecidas, que era su forma de rezar porque después de lo que le había pasado había dejado de creer en Dios.

En fin, y como esas, muchísimas otras cosas que se habían confesado en los cientos de mensajes que se habían intercambiado.

Pero realmente si lo pensaba fríamente, no sabía ni quién era, ni dónde vivía, ni qué a se dedicaba ni nada de nada....

Y podía ser cualquiera...

Hasta se podía haber inventado todo y resultar otra persona totalmente distinta...

Incluso hasta podía ser Michael haciéndose pasar por otro para cumplir con su amenaza de que iba a destrozarle la vida.

Y desde luego que burlarse de ella en una terraza elegante rodeados de

gente con cuerpos de impresión le pareció una venganza de lo más perfecta y retorcida.

Muy de Michael...

Llegados a ese punto, y con una angustia y una ansiedad tremendas, Amanda se miró al espejo y se asustó.

De repente, de solo recordar a Michael le invadieron un montón de inseguridades y miedos que creía haber espantado para siempre.

Y sintió tal garra en la boca del estómago y unas ganas tan grandes de llorar que estuvo a punto de parar el ascensor y volver a la planta baja.

Pero entonces recordó algo que le dijo el señor Sombra un día en que le contó por qué vestía con ropas anodinas y tristes... “Si te ocultas, si te escondes, si te invisibilizas: él gana. No dejes que lo haga. No lo permitas”.

Y se miró otra vez en el espejo, respiró hondo para calmarse y controlar todo ese torrente de pensamientos tóxicos que estaba a punto de provocarle un ataque de pánico, sonrió a su reflejo y dijo alto y claro: “Está todo bien, todo va a salir bien”.

Y de repente tuvo la sensación de que volvía a tener las riendas, de que pasara lo que pasase, ella era lo suficientemente fuerte como para hacerlo frente y salir airosa.

Aunque se presentara el mismísimo diablo, ella no iba a permitir que nadie volviera a hacerla daño en la vida.

Y con esa convicción, salió con paso firme a la terraza en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

Y la verdad que el señor Sombra tenía razón cuando aseguraba que era un sitio espectacular, porque no solo las vistas eran impresionantes sino que la piscina y la decoración de diseño vanguardistas eran una auténtica maravilla.

No en vano, había un equipo de una revista de moda muy importante, fotografiando a unas modelos bellísimas para un reportaje de moda.

Y es que el marco no podía ser más sofisticado y ni más apropiado para un especial de baño, pues las modelos lucían unos bañadores de grandísimos diseñadores que eran de ensueño.

Pero ella ni se acomplexó porque esas mujeres estupendísimas estuvieran allí, con sus bañadores que costaban uno ojo de la cara.

Ella iba con uno de 29 dólares, llevaba una falda que había comprado en Zara y las sandalias eran de un *outlet* y le habían costado casi nada.

No obstante, todo le quedaba muy bien, y aunque no tuviera unas piernas

larguísimas, ni estuviera tan flaca como esas mujeres, se sentía muy a gusto en su cuerpo.

Que no era perfecto, por supuesto que no, pero se miró en el reflejo de un ventanal, sonrió y se dijo a sí misma: “que ni falta que hacía”.

Y se sintió mucho mejor, porque a pesar de que había asomado un poco la patita el fantasma de Michael, había logrado mantenerlo a raya y ahí estaba, rodeada de gente guapa y sintiéndose tranquila y confiada.

Bueno, tranquila del todo no, porque empezó a buscar al señor Sombra entre toda esa gente que estaba tomando una copa, o tostándose al sol, o bañándose en la piscina y no tenía ni idea de quién podía ser él.

Y es que casi todos eran guapos, morenos, con cuerpos trabajados y sonrisas perfectas...

No había ni uno feo, así que al menos sabía que en lo del físico no le había mentido...

Aunque lo cierto era que como persona le gustaba tanto y tenían tal afinidad que le daba lo mismo que tuviera un físico corriente.

Para ella lo importante era que fuera una buena persona y a todas luces eso parecía el señor Sombra por lo todo lo que le había contado...

Ahora bien, podía estar mintiendo, podía ser un impostor, podía ser cualquier cosa que iba a descubrir mirando a los ojos de ese hombre que se moría ya por conocer.

Por eso sacó su teléfono móvil y cuando se disponía a enviar un mensaje al señor Sombra para decirle que acababa de llegar, para su más absoluto asombro, apareció de repente la persona del mundo que menos esperaba:

—¡Buenas tardes, Amanda!

Amanda levantó la cabeza del móvil sin dar crédito, porque esa voz profunda y rasposa era inconfundible y con una cara de pasmo tremenda replicó:

—Dios Santo, señor Sinclair, ¿qué haces tú por aquí?

David que estaba terriblemente ansioso porque no sabía cómo Amanda se iba a tomar aquello, solo se le ocurrió responder:

—¿Tan raro te parece?

—Como llevas esa vida tan aburrida, no te esperaba en este lugar... Y vestido así, tan de blanco...

Amanda estaba acostumbrada a verle con trajes oscuros italianos, por eso para ella fue un *shock* encontrárselo vestido de blanco impoluto, con un traje

precioso de lino, sin corbata y la camisa desabrochada unos cuantos botones...

Traje que por cierto le sentaba tan bien, que estaba acaparando casi todas las miradas...

—Hoy es un día muy especial para mí —reconoció con un nudo en la garganta y los ojos muy brillantes.

Amanda entonces sonrió de oreja a oreja y creyó entender que era lo que estaba pasando:

—Ya comprendo. Tienes una cita, por eso se te ve nervioso, pero no tienes la cara esa tensa y la actitud estirada que sueles lucir en la empresa. Se te ve ilusionado y guapo, muy guapo...

David se echó a reír y, con unas ganas infinitas de estrechar a esa mujer en sus brazos, replicó:

—Y tú también lo estás. ¿También tienes otra cita?

Amanda sonrió feliz y reconoció ya que estaban de confianzas:

—No te lo vas a creer, pero he conocido alguien gracias a tu aplicación.

David puso una cara muy graciosa, tanto que provocó que Amanda soltara una carcajada y luego preguntó:

—¿Tú no eras la que pensaba que era una patochada? ¿Que donde estuvieran los encuentros fortuitos, las miradas y todo lo demás que se quitaran los algoritmos?

—Y lo sigo pensando. He conocido a una persona fantástica, pero hasta que no le mire a los ojos, no sabré si realmente existe esa compatibilidad de la que presume tu dichoso algoritmo.

David entonces sonrió, le clavó bien la mirada, respiró hondo y habló con el corazón que estaba a punto de salirse del pecho:

—Ya lo estás haciendo, Amanda. Ya me estás mirando a los ojos...

Capítulo 18

Amanda solo pudo echarse a reír en cuanto escuchó aquello porque era más que obvio que solo podía ser una broma.

Es que era imposible que el señor Sombra fuera su jefe que ni tenía su sentido del humor, ni era tan divertido, ni tan cariñoso, ni tan apasionado ni tan nada...

Vamos es que de ninguna de las maneras podía ser él.

—Jajajajaja. Reconozco que me has hecho reír, pero si me permites voy a escribirle para decirle que estoy aquí. Debe estar metido en alguna parte... —dijo Amanda, mientras escribía el mensaje a toda prisa.

Luego, lo envió y al momento sonó una señal de alerta en el teléfono móvil de David, que lo sacó, abrió el mensaje y escribió: “Estoy aquí, mirando lo preciosa que estás”.

Y tras dar a “Enviar”, Amanda para su más absoluto alucine escuchó cómo sonaba la alerta de que tenía un mensaje.

Y lo abrió, aún convencida de que aquello era una casualidad, de que era imposible que el señor Sombra fuera su jefe.

Y lo leyó, sin apenas poder respirar de la ansiedad que tenía, mientras David decía:

—Mi abuela me llamaba el Niño Sombra, porque era largo y delgado como una sombra, mi perro se llamaba Tim, en casa de mi padre aún conservo a Arthur, mi osito de peluche, y también yo soy el tío que gracias a ti baila descalzo cada noche en el salón.

Amanda a punto de que se le cayera el teléfono de la mano de los nervios que tenía se quedó mirando a los ojos de su jefe, y vio tantas cosas que no pudo evitar que dos lágrimas enormes recorrieran su rostro.

—¡Maldita sea, señor Sinclair, sabes cosas de mí que no sabe nadie!

—Como tú de mí.

Amanda no dejaba de mirar a los ojos de su jefe y sabía que no estaba mintiendo, que todo lo que le había contado era cierto, pero había algo que la tenía destrozada:

—Me he abierto a ti como jamás en la vida. En canal... Así que podías haber tenido la decencia de decirme que eras tú. ¿No te parece?

—Lo pensé, pero descarté hacerlo porque si llego a decirte que era yo, no habrías querido seguir conociéndome.

—Eso no puedes saberlo...

David asintió, lamentando muchísimo que Amanda estuviera tan dolida, incluso que estuviera llorando:

—Tú tienes una imagen estereotipada de mí, estás convencida de que soy un hombre frío y distante, así que estoy seguro de que te habrías negado en rotundo a seguir abriéndote conmigo. Y quién sabe si yo tampoco lo habría hecho. No lo sé. Pero empecé a hablar contigo siendo el señor Sombra y todo fluyó. A mí me cuesta muchísimo abrirme, Amanda... Es lo que te dije a través de la voz del señor Sombra, cada mañana me pongo una coraza con la que evito que me hagan daño. Aprendí hace muchísimo a ponérmela, desde que perdí a mi abuela y a mi madre en apenas un año, y sufrí lo que no está escrito.

Amanda vio cómo los ojos de David se humedecían y solo pudo sentir compasión por él. El señor Sombra le había contado que había padecido esas pérdidas tan importantes, pero escucharlo así contado de los labios de ese hombre le conmovió por completo:

—Lo siento mucho, David. Lamento mucho tus pérdidas familiares, pero no puedes ir por la vida con una coraza. Porque así no vas a sufrir, pero tampoco vas a vivir nada que merezca la pena.

—Y me la he quitado contigo, gracias al señor Sombra he podido ser más yo que nunca. Me he mostrado contigo tal cual soy, Amanda, con todo. No soy para nada el hombre estirado y duro que conoces en el trabajo, o mejor dicho, sí, soy ese hombre en los negocios, pero también soy un tipo que sabe escuchar y que tiene una necesidad enorme de dar, de entregarse y de amar. Y a ratos, hasta puedo resultar divertido y ocurrente, aunque esté mal que yo lo diga.

Amanda sonrió porque la verdad era que se había muerto de risa con las ocurrencias del señor Sombra:

—Haces bien en decirlo, eres muy divertido. Y muy cariñoso, y muy dulce, y muy tierno, y muy... Uf. Parece mentira que le esté diciendo esto a mi

jefe —confesó Amanda muy cortada.

Y a David le preocupó muchísimo que eso pudiera ser una cortapisa para que todo fluyera como debía, por eso le rogó:

—Olvídate que soy tu jefe, por favor. Piensa que solo somos una chica y un chico que se han encontrado en una aplicación que les ha asegurado que tienen un 99% de compatibilidad, que se han pasado unas cuantas semanas intercambiándose mensajes donde se han sincerado y se lo han pasado teta, y que ahora están el uno frente al otro, mirándose a los ojos, tal y como tú deseabas.

Amanda sin dejar de mirarle a los ojos, sintió tal vuelco al corazón que solo pudo farfullar:

—Esto es demasiado para mí...

—Te pido disculpas por no haberte dicho quién era antes, pero de verdad que sentí que si lo hacía iba a cargarme la posibilidad de que nos conociéramos de verdad. Yo por mi maldita coraza y tú por tus prejuicios hacia mí, que además tengo la desgracia de ser tu jefe.

—Para mí no es una desgracia que lo seas, eres un buen jefe. Eres justo, bueno y leal. Pero que seas el señor Sombra es lo que me mata... Jamás habría pensado que eras tú.

—Pues lo soy. Y le estoy muy agradecido. El señor Sombra me ha permitido abrirme, desnudarme por dentro por completo, como jamás lo he hecho con nadie. Pero antes debes saber otra cosa...

David se puso muy serio y Amanda pensó que si había algo más es que no iba a poder resistirlo:

—¿Qué? ¡No me asustes!

—Cuando creé la aplicación me di un perfil para probarlo, que desactivé al momento; pero que activé por tu culpa.

Amanda frunció el ceño y sin tener ni idea de lo que estaba hablando preguntó:

—¿Por mí culpa?

David se quedó mirándola temiendo su reacción, pero sabía que había llegado el momento de sincerarse:

—Sí, porque al poco de que llegaras a la empresa empecé a sentirme atraído por ti.

Amanda que no daba crédito, entornó los ojos y preguntó perpleja:

—¿Qué? Pero si yo no soy tu tipo para nada...

—Eso creía al principio, yo solía sentirme atraído por mujeres como esas —reconoció señalando a las modelos—, pero no te lo tomes a mal, por favor. Me encantas en todos los sentidos...

Amanda sonrió ya que sabía que no había ninguna acritud en las palabras de David, y replicó:

—Lo entiendo perfectamente, me gustan hasta mí.

David también agradeció que encajara tan bien sus palabras y siguió hablando:

—Yo no entendía lo que me estaba pasando contigo, cada día me atraías más, hasta el punto de que empezaron a entrarme unas ganas locas de besarte.

Amanda se quedó alucinada y sin dar crédito solo pudo farfullar:

—Madre mía, y yo pensando que te sacaba de tus casillas.

—Y me sacabas, como nadie... No soportaba esa obsesión que tienes por decir siempre la verdad, eso de que no tuvieras filtros me desquiciaba hasta extremos salvajes. Pero al mismo tiempo, tu boca... ¡Dios mío, tu boca era una auténtica tentación para mí! Tu boca y todo... Porque eres preciosa y al mismo tiempo poco a poco fui descubriendo la gran mujer que eres, Amanda. Nadie ha tenido las agallas de hablarme como tú lo haces, con una sinceridad que no sabes cómo te agradezco porque me pone en mi sitio. Y luego eres tan talentosa, tan brillante, tan dulce, tan fuerte, tan todo... Porque a medida que te he ido conociendo gracias al señor Sombra, cada día me gusta más lo que descubro. Me gusta tanto que... Uf. Ahora viene lo fuerte, no sé si pedirte que te sientes...

Amanda que además de perpleja estaba muerta de calor y de sed, le propuso:

—Pues si nos sentáramos y nos pidiéramos algo fresquito, no estaría nada mal.

A David le pareció estupendo y se dirigieron a una mesa donde se pidieron dos martinis...

—Bien, pues ahora que estás sentada y con tu martini seco en la mano, creo que ha llegado el momento de que suelte la bomba...

Amanda, alucinada, dio un sorbo a su bebida sin apenas sospechar lo que ese hombre tenía que decirle...

Capítulo 19

David estaba tan nervioso que se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa blanca.

Amanda se quedó impresionada, pues aunque le había visto en mangas de camisa en otras ocasiones, en esta por culpa de los botones que llevaba desabrochados se podía atisbar sus potentes pectorales, de esos que dejaban sin aliento.

¡Caray con el señor Sinclair!, pensó, mientras daba otro sorbo a su bebida.

Ese hombre estaba como un queso y encima era el señor Sombra, el tío con el que había estado sincerándose como si fuera un gran amigo.

Aquello era una locura, y encima todavía tenía algo más que decirle...

¡Qué intriga, qué curiosidad y qué ansiedad!

Así que loca por saber lo que tenía que contarle, le pidió para que soltara aquello de una vez:

—Cuéntame por favor, soy toda oídos...

David, nervioso, agitó su bebida al aire y luego le clavó la mirada diciendo sin más:

—Me he enamorado de ti.

Amanda al escuchar aquello por poco no se cayó de la silla para atrás, le miró como si estuviera diciendo la estupidez más grande del mundo y luego replicó:

—¿Pero qué estás diciendo, señor Sinclair? A ti te ha debido dar demasiado el sol.

David no pudo evitar reírse y luego volvió a repetir:

—Que me he enamorado de ti y ya te dije que te sentaras. Imagino el *shock* que debe ser para ti escuchar semejante confesión, pero es lo que hay. Y no puedo callármelo ni un segundo más... Es mi verdad, es lo que siento...

Amanda parpadeó muy deprisa, dio un sorbo a su bebida pues tenía la

garganta seca y replicó con un gesto muy gracioso:

—Ahora entiendo lo que siente la gente con mi obstinada sinceridad... Dios mío, ¿por qué esa obsesión con soltar todo lo que se tiene dentro? Con lo bien que estamos calladitos...

David que ya iba sin frenos, decidió seguir abriendo su corazón:

—A mí me encanta que digas lo que piensas, que no te calles ni debajo del agua. Eso es lo que hace que seas tú, y desde luego que jamás permitas que nadie te silencie.

—Pero si eso te volvía loco... —le recordó Amanda.

—Es justo eso, Amanda. Me vuelves completamente loco.

Amanda, que no podía parar de alucinar al escuchar a su jefe declararse de esa forma, musitó:

—Esto es increíble... Yo venía a encontrarme con alguien que cada vez estaba sintiendo más cercano, con el que estaba teniendo una complicidad brutal y apareces tú: uf, es que todavía me cuesta asumirlo...

—Y encima te confieso que estoy enamorado de ti. De verdad que lo lamento... —dijo David, medio en serio y medio en broma.

—Qué le vamos a hacer, como te he dicho mil veces, no eres mal tipo. Vamos, se lo he dicho al señor de Sombra...

David se rió y luego le confesó risueño:

—No podía evitar preguntarte por tu jefe, a veces incluso me ponía tan pesado que temía que descubrieras el pastel.

Amanda se encogió de hombros y sintiéndose una ingenua, ya que lo cierto era que no había sospechado lo más mínimo replicó:

—Es que hasta me parecía normal que me preguntaras por mi jefe... En ningún momento pensé que podías ser tú... El señor Sombra es a veces tan dulce, tan cariñoso y tan apasionado... Y tú como muestras ese lado más sombrío y aburrido, no te enfades, pero es que me cuesta aún creer que seáis la misma persona.

—Lo entiendo, porque es la imagen que proyecto como el señor Sinclair. Pero soy mucho más que eso, y con el señor Sombra me he permitido sacar esa parte de mí que muy pocos conocen. Soy un hombre apasionado, Amanda, me gusta el riesgo y la aventura. Y soy puro fuego en la cama... Espero que no te moleste que te lo diga, y sobre todo por favor te ruego que no pienses que soy un arrogante.

Amanda tragó saliva porque dijo eso de que era puro fuego con tal

vehemencia que era difícil no creerle.

Y le entró tal calor por el cuerpo, que decidió mascullar:

—Tranquilo que no te voy a juzgar...

—Tú pediste un hombre con unas características y yo las tengo... Y viceversa... Aunque a los dos nos sorprenda... Verás, quiero que sepas que yo volví a activar mi perfil porque no entendía qué me estaba pasando contigo. No lo entendía. No eras mi tipo, no te soportaba, pero no podía dejar de desearte, de pensarte, de querer estar contigo a todas horas. Y lo que era peor: no había una explicación lógica a lo que me estaba pasando. Así que como soy tan racional y todo lo que no comprendo me desborda, decidí probar con la aplicación a ver si aparecía una persona con la que poder sacarte de mi cabeza. Porque era tal la obsesión que pensé que haciendo eso lograría librarme de tu hechizo...

—¡Madre mía y yo sin darme cuenta de nada! Es más, pensando que me detestabas tanto que a ratos hasta estaba convencida de que me ibas a poner de patitas en la calle.

David dio un sorbo a su bebida, negó con la cabeza y luego replicó:

—En la vida habría hecho eso, Amanda. Eres una profesional tan buena que jamás cometería el error de perderte. Pero déjame que te siga contando... Después de que tomé la decisión de activar mi perfil para olvidarte, imagina mi asombro cuando el algoritmo lo que me arroja es que tú eres la persona con la que tengo la más alta compatibilidad. Es que no daba crédito. Huyendo de ti, me encuentro contigo... Era el colmo... Además, yo había pedido muchas cosas que podían coincidir contigo, pero para nada te veía como una mujer apasionada, sofisticada y muy sexual... Y espero que tampoco te molestes...

Amanda sonrió y negó con la cabeza porque sentía algo parecido:

—No te preocupes, porque lo mismo puedo pensar yo de ti... Pedí un hombre que en algunas cosas se parece a ti, pero en otras... En la vida habría pensado que tienes un lado cariñoso, tierno y fogoso...

—Ya, no imaginas lo que me dolió lo que me dijiste de mi corazón gélido como el *iceberg* del Titanic.

—Ya no lo pienso, y más ahora que sé que eres el señor Sombra. Ese tío mola muchísimo...

—Pues lo tienes delante, soy el mismo que viste y calza. Y fíjate que pensé que me iba a costar mucho más dejar que saliera estando tú delante, porque en el fondo soy un gran tímido, pero estoy abriéndome sin problemas. Tal y como

lo hago cada vez que te escribo.

Amanda sonrió porque ella también se estaba sintiendo muy a gusto y confesó:

—También soy tímida, pero si te digo la verdad no venía excesivamente nerviosa. Bueno, miento, en el ascensor cuando subía me ha entrado una especie de ataque de pánico, de repente todos mis temores me han asaltado y por poco no me he dado la vuelta si no llega a ser porque me ha acordado de algo que me dijiste. Mejor dicho, de algo que me dijo el señor Sombra, he vencido mis miedos y aquí estoy... Me has hecho mucho bien estas semanas que hemos estado hablando, de hecho me encantaría que siguiéramos con la amistad, porque te tengo por un amigo...

A David no le gustó para nada que dijera esa palabra, a ver que para él era un honor contar con la amistad de esa mujer, pero él quería mucho más. Y se lo dijo:

—Entonces, ¿solo quieres que seamos amigos?

Amanda no podía ofrecerle otra cosa de momento porque, aunque se había ilusionado con el señor Sombra y sentía una atracción física muy grande por el señor Sinclair, no podía decir que estuviera enamorada de él, ni mucho menos.

Así que tal y como ella era, le respondió con el corazón en la mano:

—Te admiro en lo profesional, me pareces un hombre muy atractivo, me he sentido muy cómplice escribiéndote, señor Sinclair, aunque no supiera que eras tú, pero...

David se revolvió en el asiento y le exigió un poco enojado:

—Por lo que más quieras, deja de llamarme señor Sinclair, si te he contado cosas que no sabe ni mi padre. Y tú lo mismo... ¿Quieres llamarme David de una vez?

Amanda no pudo evitar echarse a reír y respondió divertida:

—A la orden, David. Pero lo que quiero decirte es que yo no puedo decir que esté enamorada de ti...

David le miró muy serio y replicó, con un tono de voz de lo más *sexy*:

—A lo mejor si te beso, te darías al fin cuenta de que sí...

Capítulo 20

A Amanda le encantó el descaro y el desparpajo de David, le gustó porque en sus palabras había riesgo, aventura y fuego...

Todo lo que pensaba que jamás encontraría en el corazón de su jefe y que ahí estaba saliendo a borbotones en esa simple sugerencia que por supuesto no pensaba aceptar.

—Ya sabes que creo ciegamente en el poder de los besos, un beso lo dice todo y más el primero, pero tiene que surgir... —le dijo, si bien no pudo evitar clavar la mirada en la boca de su jefe.

Y era una boca divina, de labios gruesos y firmes, en la que debería ser un sueño perderse, pensó Amanda.

Y no era la primera vez que lo pensaba, siempre le había llamado la atención la boca de su jefe, incluso hasta se había planteado cómo besaría...

Pero no lo le había dado importancia, hasta ese instante en que lo tenía delante y tal vez por el calor, el martini y la situación le estaban entrando unas ganas locas de probar esos labios.

David que estaba sintiendo esas mismas ganas, replicó ansioso por tener a esa mujer entre sus brazos:

—Lo sé. Solo era una sugerencia... Pero también crees en las miradas, y la mía espero que te esté diciendo cosas.

David le clavó la mirada con una intensidad que era como para correrse ahí mismo, porque sus ojos eran pura pasión y puro fuego, y Amanda sosteniéndosela, repuso:

—Por supuesto que tu mirada me dice cosas, sobre todo veo verdad. Uno de mis temores era que el señor Sombra fuera un farsante, que sus palabras fueran papel mojado, que me estuviera embaucando vilmente... Pero te miro y sé que todo lo que me has dicho es cierto...

David se pasó el dedo índice por el labio de un modo que no pudo resultar

más sensual y luego replicó alzando una ceja:

—Es que lo es. Todo lo que te he dicho es cierto.

Amanda se sentía tan bien hablando con David que decidió abrirse aún más todavía:

—Y no sabes lo que me alegro, otro de los temores que me asaltó mientras subía en el ascensor, es que pudieras ser Michael, mi ex.

David sintió la angustia de Amanda hasta en su tono voz y para que se tranquilizara le dijo:

—Jamás te haré daño, Amanda. Y créeme que si pudiera hacer algo para evitar el dolor que te infligió ese canalla, lo haría. Lo que fuera...

—Ya lo has hecho, no hay más que verme. He vuelto a ponerme ropa de colores, he vuelto a lucir vestidos, a sentirme a gusto en mi piel... Aunque bueno, en el maldito ascensor también me ha entrado cierto agobio con eso... De repente me he mirado y no sabía muy bien qué hacía vestida así y en un sitio de tanto postín... Pero tus palabras me han dado la fuerza y estoy aquí, rodeada de tanta belleza y sintiéndome bien, aunque sea una chica del montón.

David se inclinó hacia ella, no pudo evitarlo, y le aseguró mirándola con una cara que él pensó que debía ser de idiota, pero le dio lo mismo:

—Tú no eres una chica del montón, Amanda. Tienes una cara preciosa, una mirada llena de vida, una boca que me tiene loco, un cuerpo bonito y sobre todo desprendes tanta luz... que eres muy especial. La mujer más especial que conozco...

Amanda se quedó mirándole callada porque no sabía ni qué decir. Tener enfrente a la Bestia, a su jefe borde y estirado, diciéndole tales cosas era para quedarse sin habla.

Pero con todo respiró hondo, se abanicó con la mano y musitó:

—¡Qué calor hace! Uf...

David entonces ni corto ni perezoso, empezó a desabrocharse la camisa para pasmo de Amanda que le miraba perpleja:

—Es verdad, hace un calor insufrible. Vayamos a remojarnos un poco...

Amanda aferrada a su martini y mirando boquiabierta a David solo pudo farfullar:

—¿Vas a bañarte?

David se terminó de desabrochar la camisa, se la quitó, la dejó sobre una silla y con una sonrisa enorme, respondió:

—Vamos... ¿No decías que hace un montón que no pisas una piscina? Pues

ya es hora de que lo hagas...

Y tras decir esto, se despojó de los pantalones que dejó sobre la camisa y se quedó con un bañador de lo más sugerente que marcaba un bulto que a Amanda le hizo tragar saliva.

—¡Ay Dios! —exclamó al verle, porque ese hombre era un monumento. Un cuerpazo. La tentación hecha carne.

David la miró divertido y preguntó con una sonrisa de lo más socarrona:

—¿Qué pasa, Klein? ¿Por qué tienes esa cara de susto? Ni que hubieras visto al mismísimo diablo...

Amanda que no podía ni cerrar la boca, ante semejante portento de la naturaleza, repuso:

—Pues casi...

Luego David sin decir nada más, se descalzó, le dio la espalda y con un estilo impecable y elegante se tiró de cabeza al agua.

Después, salió sonriente, se apartó el pelo mojado a un lado con la mano, en un gesto de lo más *sexy*, y con un movimiento de la cabeza le pidió que fuera al agua con él.

Amanda lo miró y entre el calor que hacía y lo mal que le había puesto la estampa de ese hombre que no podía estar más bueno, ni se lo pensó. Se desabrochó la falda, la dejó sobre la silla como había hecho David, se despojó de las sandalias y se dirigió a las escaleras porque ella no era de tirarse de cabeza a la piscina.

Siempre le había dado un vértigo tremendo además...

Así que entró en el agua bajando por las escaleras, bien aferrada a la barandilla si bien con los nervios, porque estaba nerviosa de tener a ese pedazo de hombre mirándola sin parar, trastabilló y cayó de espaldas al agua de una forma que ella encontró de lo más ridícula.

Muerta de la vergüenza, en cuanto salió del agua con los pelos revueltos y un tirante caído se encontró con que David estaba frente a ella muy preocupado:

—¿Estás bien?

Amanda se echó el pelo hacia atrás, se colocó el tirante, haciendo todo el acopio de dignidad que pudo y respondió:

—Me siento una pánfila, pero estoy bien.

David se aproximó más a ella, tanto que hasta podía sentir su respiración cálida en el rostro y replicó:

—Solo has tropezado, le puede pasar a cualquiera. Tú no eres ninguna pánfila...

Amanda tragó saliva, ya que tener a ese hombre frente a ella la estaba poniendo cardíaca, tanto que reconoció:

—Sí, sí que lo soy, porque me he tropezado de los nervios que tengo... Y ahora que estás tan cerca, mejor ni te cuento...

David no pudo evitar clavar la mirada en los labios jugosos de esa chica a la que se moría por besar y preguntó:

—¿Y por qué estás nerviosa? No tienes por qué estarlo, Amanda. Estás entre amigos, no va a pasar nada que no quieras que suceda.

Amanda con la mirada puesta también en la boca de ese hombre que no podía estar más bueno y al que se moría por besar, solo pudo reconocer:

—David no sé si ha sido una buena idea lo de la piscina.

David la miró extrañado y preguntó temiendo que sus miedos de repente la hubieran asaltado otra vez:

—¿Te sientes mal? ¿Quieres que nos salgamos? Si estás agobiada, dímelo y nos vamos a otra parte.

Amanda negó con la cabeza y agradeciendo que ese hombre se preocupara tanto por ella, reconoció:

—Lo único que me pasa es que me están entrando unas ganas locas de besarte. Ese es mi agobio, David...

David, con el corazón a mil y unas ganas infinitas de probar los labios de esa mujer que le tenía fascinado, le pidió:

—Hazlo, preciosa. Y así también acabarás por saberlo todo...

Amanda le miró muerta de deseo y de miedo a la vez y musitó mordiéndose los labios:

—Es que eso me da más miedo todavía...

David negó con la cabeza y le recordó:

—Tú no tienes miedo a la verdad, Amanda. Y en lo más profundo estás deseando saber si soy yo, así que hazlo... Somos adultos y estamos más que preparados para asumir todas consecuencias...

Capítulo 21

Amanda se quedó mirando a los maravillosos ojazos castaños de ese hombre, con unas motitas verdes, a sus pestañas largas y rizadas y sobre todo al misterio, a la pasión y al fuego que encerraban y sintió que estaba perdida.

Tenía tales ganas de besarlo, su boca era tal tentación, que conteniendo la respiración se acercó a él y, con los labios casi pegados a los suyos, susurró:

—Me parece que esto ya no tiene remedio.

Y lo besó suave en los labios una vez, y después lo miró y sintió tal vértigo que lo cogió fuerte por el cuello y lo besó de nuevo con más fuerza.

Los labios quedaron pegados unos instantes y luego ella abrió un poco la boca, lo justo para que la lengua de él entrara y la hiciera temblar entera.

Estremecida como no recordaba, las lenguas se encontraron, se lamieron, se saborearon, mientras que los labios encajaban a la perfección.

Era un beso pero era mucho más, era algo tan mágico, tan especial, tan auténtico, que los dos desearon que no acabara nunca.

Era una unión perfecta, equilibrio, furia, pasión, fuego, paz, todo lo que podían ansiar satisfecho en esas dos bocas que no paraban de devorarse, ávidas, locas, voraces...

Y así siguieron besándose, mordiéndose y explorándose, hasta que se quedaron sin aliento fundidos el uno frente a otro, con la sensación de que se lo habían dicho todo, aunque ninguno hubiera dicho nada.

El beso había hablado y había dicho tantas cosas que Amanda sintió que le iba a estallar el corazón en el pecho.

Como David, que no le quedó más remedio que reconocer:

—Tenías razón, Amanda. No hay indicador más potente que un beso. No hay algoritmo que pueda ser más revelador ni más preciso que un beso...

Amanda que aún estaba bajo los efectos del mejor beso que le habían dado en la vida, solo pudo susurrar:

—¡Dios mío!

—Cuando me contaste tu teoría del beso perfecto, pensé que eras una romántica que sobredimensionaba el poder de un simple beso. No pude ser más idiota...

—Idiota no sé, pero que besas con locura: tenlo por seguro.

Amanda que seguía pegada a él, con el corazón revolucionado, le miró y escuchó como él decía:

—Pues anda que tú... Es el mejor beso que me han dado en la vida.

Amanda convencida de que le estaba tomando el pelo, se apartó un poco de él y exclamó:

—¡No puede ser!

David la tomó por la cintura, la pegó a él otra vez y replicó molesto porque dudara de sus palabras:

—Entre mis defectos no está el de ser un mentiroso, Klein. Te digo que es cierto, que no me han besado así en la vida.

Amanda respiró hondo pensando que eso no podía estar pasándole a ella... ¡Madre mía! ¡Había besado a la Bestia! Y encima estaba encantado con el beso... Bestia que por otro lado era el tío con el que había tenido más complicidad en su vida a través de un avatar y por si fuera poco, ese tío además era su jefe... Y con el trauma que tenía ella con los jefes...

Por lo que sintiendo un nudo en el estómago terrible, pero al mismo tiempo excitadísima puesto que tener a ese pedazo de tío pegado a su cuerpo era como para perder el sentido, le dijo:

—Perdona por dudar de tu palabra, es que me parece tan raro que un tío como tú se ponga así por un beso mío...

—¿Qué quieres decir con lo de un tío como yo? ¿Lo dices por lo de que soy frío y estirado?

Y al decirlo, Amanda sintió más fuerte que nunca la erección de ese tío pujando contra su cuerpo y tuvo que tragar saliva porque aquello era una cosa sin igual.

—Frío ya noto que no eres, no. ¿Pero tú qué tienes ahí abajo?

David se echó a reír, porque Amanda habló de una forma tan graciosa que era imposible no partirse de risa y respondió apartándose de ella un poco:

—Perdona es que te deseo demasiado... Y soy puro fuego, todo lo que puse en la aplicación es cierto. Si buscas un hombre apasionado y fogoso ese soy yo, y me encanta el sexo...

Amanda se quedó mirándole alucinada porque ni en sus más ardientes fantasías se imaginó que iba a tener a un tío tan bueno como ese diciéndole semejante cosa.

—Pues sí que estamos bien... —canturreó en un tono que David volvió a partirse de risa.

—Te juro que en la vida me lo he pasado tan bien con alguien en un momento de seducción. Las mujeres que suelo frecuentar se ponen muy intensas y muy pesadas, confieso que alguna hasta me ha arrancado un bostezo que he reprimido por educación. Pero contigo, es que es todo tan distinto...

—Vamos, que soy una payasa. ¿Es eso lo que quieres decir?

David le miró a los labios jugosos que se moría por besar otra vez y confesó sintiendo de todo por el cuerpo:

—Eres la chica más especial que he conocido en la vida y, joder, cómo besas... Podrías matar con esos besos que das...

Y acto seguido la cogió por la barbilla y la volvió a besar, esta vez mucho más profundo, más duro y más ávido...

Tanto que Amanda casi mareada y sin aliento, se apartó un poco de él tras ese megabeso y susurró:

—Tú tampoco lo haces nada mal... ¡Y qué pasión le echas, quién lo diría con lo sieso que parecías!

David con unas ganas infinitas de ir más allá, de que eso solo fuera el principio de una larguísima noche, le musitó al oído:

—Vayamos a una habitación y déjame que te lo muestre todo...

Amanda se quedó rígida, porque para nada esperaba que David fuera a ser tan directo.

Lo de los besos estaba bien, pero eso de encerrarse en una habitación, así sin más era un poco precipitado al menos para ella, que entre que era bastante convencional y sus traumas, no le pareció una buena idea.

—Hoy no... —confesó mirándole entre agobiada y ansiosa.

David que la tenía cogida por la cintura y pegada a él, la soltó, se apartó un poco y se disculpó:

—La he pifiado como un cretino. Perdóname, Amanda. Solo me estaba dejando llevar... Ya te he dicho que soy apasionado y bueno...

Amanda al verle tan afectado creyó necesario decirle:

—Me parece genial que seas tan espontáneo. Es más, lo celebro... ¡Quién iba a pensar que el estirado del señor Sinclair iba a resultar tan... ardiente!

Pero yo soy una chica romántica y chapada a la antigua... Tuve un novio a los dieciocho con el que solo me tomaba refrescos y luego Michael...

David sintiéndose fatal porque había metido la pata hasta el fondo, le pidió:

—No tienes que justificarte ni nada, Amanda. La he cagado y ya está... Lo siento.

—No, si me parece genial que sientas tanto deseo por mí que me quieras llevar a una habitación de este hotel, que además seguro que vale un ojo de la cara. Es todo un honor... que estando con todas estas bellezas de piernas largas, quieras pasar la noche con la chica del montón.

David resopló porque para nada le parecía que fuera así, al revés para él las otras eran las chicas del montón y Amanda la más especial de todas:

—Esas mujeres parecen fotocopias, unas de otras, tú eres única... Eres la chica más especial que he conocido en la vida. Y te deseo que ni imaginas, pero no solo quiero tener sexo contigo. Ya te lo he dicho: estoy enamorado de ti.

—Y encima eres mi jefe...

—Ya sé que vienes de una historia muy complicada, que ese cerdo te hizo mucho daño y que tener una relación conmigo puede removerte todo lo que viviste con él.

Amanda le miró con los ojos llenos de lágrimas, porque David estaba diciendo justo lo que estaba pensando en esos momentos.

Ella que se había jurado que jamás tendría nada con un jefe... De repente estaba sintiéndolo todo por él...

Capítulo 22

Amanda desbordada por la situación, se sentó en el bordillo de la piscina porque no quería que David la viera así:

—Discúlpame, David.

David que tampoco se sentía nada bien al verla tan abatida, solo pudo replicar:

—No, si la culpa es mía. Tenía que haber hecho todo de otra forma, pero aquí donde me ves el señor *Iceberg* del Titanic es un impulsivo y un cretino integral.

Amanda se retiró las lágrimas que no pudo reprimir que cayeran por su rostro y respondió convencida:

—No tienes culpa de nada. Es verdad que tengo el lastre de mi pasado, lo que viví fue muy duro y me juré a mí misma que no volvería a tener nada en el trabajo y mucho menos con un jefe. Porque al final si sale mal, te quedas sin nada... Y no puedo permitirme que eso me pase otra vez. Independientemente de que tú no tengas nada que ver con él...

David se acercó a ella, con unas ganas infinitas de abrazarla y reconfortarla, para que supiera que estaba segura, que con él no iba a pasarle nada y habló:

—Te agradezco la confianza, Amanda. Y de verdad que yo nunca te haría daño...

Amanda le notó tan afectado, que le pidió señalando el espacio que estaba libre a su lado:

—Ven aquí, siéntate a mi lado.

David se sentó y le dio un beso en la mejilla de lo más tierno y cariñoso. Y Amanda sonrió...

—Anda que si supieran en el trabajo que la Bestia es un osito de peluche...
—comentó divertida.

David que sabía perfectamente que le llamaban así replicó mirándola ahora con un deseo infinito:

—Puedo ser todo...

Amanda sintió que le ardía la sangre por lo que acababa de escuchar y luego se mordió los labios por haber cometido el desliz de pronunciar su apodo:

—Perdona por lo de la Bestia...

—Sé que me llaman así, tengo el oído muy fino... Y me encanta... Y más ahora que he encontrado a la Bella.

Amanda se ruborizó como una mema y, negando con la cabeza, replicó:

—Soy muy normalita...

—¡Qué pesada estás con eso! Para mí eres perfecta. ¿Estamos? Y no pienso admitir ninguna réplica.

Amanda se echo a reír y luego le confesó dando pataditas al agua con los pies, de puro nerviosismo:

—Yo nunca me he tenido por un bellezón, porque tengo espejos... Pero me encontraba mona, con un cuerpo bonito, una mirada chispeante, mis curvas... Pero estar con Michael hizo que cambiara la percepción de mi autoimagen. Creo que solo un par de veces me dijo alguna cosa bonita referente a mi físico, pero muy parca y solo al principio. Porque al poco de salir con él, empezó a meterse con mi pelo que le parecía un desastre, con mis cejas que le parecían demasiado gruesas, con mis ojos que le parecían demasiado grandes, con mi boca que le parecía demasiado gruesa, con mi cuerpo al que le sobraban kilos... Siempre estaba marcándome las zonas que debía hasta operarme... Me sobraba vientre y muslos, me faltaba culo y pechos... En fin... Llegué a sentirme tan horrible que perdí la ilusión por vestirme, por maquillarme, por todo...

—Ese tío solo quería que te sintieras insegura para tenerte controlada. Para que perdieras la confianza en ti y estuvieras a su merced.

—Ya, pero no lo vi. Le admiraba, era un hombre que había creado una empresa de la nada, era guapo, carismático, inteligente, ocurrente... y supo enredarme bien en su red.

—Es que ese tipo de personalidades narcisistas y perversas son así. No se les ve venir, te encandilan, te embaucan y luego cuando menos lo esperas, empiezan a tenderte su red.

—Caí en sus garras y me sentí una tonta por haberlo hecho.

—Son grandes manipuladores, Amanda. Cualquiera podía haber caído en su red... Además, este tipo de gente se siente atraído por personas como tú, que eres luminosa y especial... Como en el fondo son muy inseguros solo se sienten cómodos apagando la estrella de los demás.

Amanda que se negaba a hablar de lo que le había sucedido, porque cuando lo había intentado con su familia o con amigas se sentía siempre incomprendida, sonrió a David y le dijo:

—No me gusta hablar de esto, porque nadie me entiende. La única persona con la que me he abierto ha sido con el señor Sombra y ahora que te tengo enfrente y me hablas y me escuchas con tanta empatía, de verdad, David que me siento muy reconfortada. La mayoría de la gente no entiende que una chica como yo, se supone que con cerebro y formada, madura y sensata, pudo caer en la red de un tío como Michael. Cómo llegó a hacerme sentir como una mierda, cómo pudo anularme así. Pero te prometo que fue todo de un modo tan sutil y perverso que ni me di cuenta hasta que me vi machada, sin autoestima y con miedo a decir cualquier cosa. Y es que todo le ofendía, dijera lo que dijese acababa en bronca... Por no hablar de sus malditos celos... No podía ni quedarme mirando fijo a un sitio, porque ya estaba buscando a un posible hombre al que según él estaba mirando con deseo... Y luego, me cogió las contraseñas de todo... Mi teléfono, mi correo electrónico, todo...

Amanda se echó a llorar otra vez y David la estrechó entre sus brazos, con una dulzura y dándole una seguridad a la vez que ella se aferró a él y luego musitó entre hipidos:

—¡Menuda cita de mierda te estoy dando! Soy una estrecha, lloriqueo, hablo de mi ex... No sé ni cómo no sales corriendo...

David la cogió por la barbilla, le limpió con los dedos las lágrimas y luego le dijo:

—Es la mejor cita de mi vida.

Amanda sonrió y negando con la cabeza masculló:

—No mientas, señor Sinclair.

—Tú sabes que me gusta la sinceridad tanto como a ti. Es la verdad, Klein. Estoy feliz de estar a tu lado, haz lo que hazas... Aunque te prefiero así, sonriente y mirándome con esa cara preciosa...

A Amanda le pareció que ese hombre no podía ser más adorable y le dio un beso en los labios que le salió del alma.

Porque le besó con todo, gratitud, afecto, cariño y pasión...

Con todo lo que estaba sintiendo por él y que era demasiado fuerte como para reprimirlo.

Por eso, a ese beso le siguió otro y otro y otro más que hicieron que les entraran las ganas de ir muchísimo más allá.

Amanda entonces decidió dejarse llevar, porque ya no podía hacer cosa, se levantó con los pezones durísimos marcándose a través de la tela del traje de baño y él hizo lo mismo con el bulto de la entrepierna que era un escándalo.

—Creo que estoy a punto de arder en llamas, Klein.

Amanda que estaba igual de encendida sonrió y dejándose llevar le cogió de la mano y le propuso:

—He visto que hay unos vestuarios a la entrada...

A Amanda le brillaban los ojos tanto que no había duda de lo que le estaba proponiendo pero con todo, David le aseguró:

—No hace falta que hagamos nada... Quiero decir, yo tengo ganas de hacértelo todo, pero que si quieres que sigamos teniendo citas y más citas, hasta que te sientas segura de dar un paso más allá. Por mí, perfecto...

Amanda puso una cara muy graciosa, y aun a riesgo de que su jefe pensara que era una chiflada, replicó:

—¿Citas y más citas? Uf. No creo que pueda resistirlo... Mira, soy una chica convencional y tengo mis traumas y tal... Pero es que te miro, te beso, te acaricio, te siento, te huelo... y qué quieres que te diga... Me vuelves loca... Yo no creo que pueda resistirme ni un segundo más... ¿Estoy muy mal de la cabeza o qué?

David se partió de risa, le pegó un morreo espectacular en la boca y luego repuso:

—Me encantas, Amanda Klein... Y me fascina que te dejes llevar, que te expreses y que hagas en todo momento lo que te dé la gana.

Amanda entonces tiró de la mano de David, este agarró al vuelo su chaqueta que tenía encima de una hamaca, ella el bolso, y sintiéndose muerta de deseo y feliz, por qué no decirlo, le llevó hasta la entrada donde estaban los vestuarios...

Capítulo 23

Una vez dentro, cerraron con pestillo y se quedaron frente a frente en esa habitación de paredes blancas, en la que solo había un banco donde dejaron sus cosas, un armario azul sobre el que había apiladas unas toallas blancas y al fondo un ventanal con unas vistas impresionantes a la ciudad.

—Creo que esto es más intimidante que una habitación de hotel... — confesó Amanda mientras miraba alrededor.

—Si quieres nos vamos... Si no te sientes cómoda, volvemos al agua...

Amanda le miró y le dijo lo que estaba sintiendo:

—Es que nunca lo he hecho en sitios raros, ya te digo que soy muy conservadora. Pero no quiero marcharme... Este lugar intimida, pero es... No sé... Morboso... Y estoy muy excitada...

David respiró hondo y la abrazó estrechándola contra su cuerpo:

—Y yo, Amanda, estoy excitado, feliz y pensando todavía si esto es un sueño.

—Un sueño te digo yo que no... —comentó Amanda risueña.

—Deseaba tanto tenerte así...

Amanda le miró con los ojos más brillantes que nunca y le preguntó:

—¿Te confieso algo?

—Amo tu franqueza.

—Cuando fantaseaba con cómo sería el señor Sombra, siempre me lo imaginaba como tú... Y me encanta que seas tú...

—¡Menos mal! —repuso David resoplando aliviado.

—Siempre me has parecido un hombre muy atractivo, pero como eras tan estirado... No sé, jamás despertaste en mí ningún deseo sexual... Pero ahora que te tengo enfrente, que te conozco a través del señor Sombra y que me miras así...

David entornó los ojos y preguntó con una cara de diablo tremenda:

—¿Así cómo?

—Pues como si quisieras devorarme entera...

—Es que quiero hacerlo, nena.

Amanda se echó a reír, porque lo dijo de una forma muy simpática y ella reconoció:

—Tú me parecías atractivo, el señor Sombra me parecía adorable, un alma afín, un confidente, un cómplice, porque el que empecé a sentir muchas cosas... Pero claro, sin la mirada ni el beso no podía lanzar las campanas al vuelo... Sin embargo, ahora que lo tengo todo delante de mí, a ti, al señor Sombra y después de conocer tus besos...

—¿Qué, Amanda? Dime...

—Caray, ¡esto es la bomba!

David la estrechó más contra su cuerpo, la besó en el cuello de la forma más *sexy* que se puede imaginar y le susurró al oído:

—No, Amanda, no... La bomba no ha estallado todavía...

Y tras decir esto, la agarró fuerte por el cuello, la besó con pasión y ganas en la boca, mientras con la otra mano recorría la espalda hasta terminar en las nalgas que presionó y apretó contra la dura erección.

—Esto es toda una declaración de intenciones, señor Sinclair —susurró Amanda con los labios pegados a los de él.

—Pues espera a probar todo lo que queda por delante...

Y volvió a besarla en el cuello haciéndole estremecer de placer, a la vez que le bajaba los tirantes del bañador muy despacio.

Después, cuando los pechos quedaron al aire, redondos, pequeños, perfectos, descendió a besos hasta ellos, que acarició, amasó y luego se los llevó a la boca, mordisqueando sutilmente los pezones.

Amanda que estaba derretida de placer, le revolvió el pelo con las manos mientras no para de soltar gemiditos porque aquello era demasiado.

No tenía sexo desde la última vez que lo hizo con su ex y la verdad que él jamás se demoraba en prolegómenos, ni se detenía en caricias tan exquisitas como esas que la estaban volviendo loca.

Caricias que continuaron por su vientre, pues él cayó de rodillas frente a ella y le bajó el bañador de un fuerte tirón que hizo que se desplomara enrollado a sus tobillos.

David entonces se agachó, cogió el bañador, lo dejó sobre el banco, y después volvió junto a ella que desnuda lo miraba muy excitada.

—Te juro que jamás pensé que acabaría desnuda en esta cita...

David se quedó contemplando lo bella que era, es que no podía dejar de hacerlo y luego musitó:

—Pues yo lo celebro, porque eres tan bonita...

Amanda agradeció el cumplido con una sonrisa:

—Tengo el pecho pequeño, las caderas demasiado anchas, mis muslos tal vez sean demasiado gruesos, mi...

David le puso el dedo índice en los labios y le interrumpió mirándola fascinado:

—Eres perfecta. Déjate de rollos...

Amanda levantó una ceja de perplejidad y replicó:

—Ojalá fueran rollos, pero tengo espejos en casa y es lo que veo. Vamos, que no tengo cuerpo para anunciar bañadores.

David descendió con la mano desde los labios hasta los pechos y le recordó:

—Ni falta que te hace. Tienes el cuerpo perfecto para que yo te ame.

Amanda se quedó mirándole porque jamás le habían dicho nada semejante, al contrario y exclamó:

—No doy crédito, con lo soso y paradito que parecías y vas lanzando y sin frenos.

—Soy un tío enamorado nada más... —confesó cogiendo los pechos, juntándolos y apretándolos.

Amanda tragó saliva excitadísima y musitó:

—Pues eso, lanzado y sin frenos...

David volvió a llevarse los pechos a la boca y luego bajó a besos hasta el ombligo, cayendo de rodillas...

Desde ahí, siguió bajando hasta terminar en la entrepierna que lamió a lengüetazos arrancándole gemidos increíbles.

Y es que Amanda que jamás había recibido placer en esa parte de su cuerpo con la lengua, creyó que iba a desmayarse ahí mismo de tanto como estaba sintiendo.

Y es que David con la lengua entre sus pliegues, lamiendo, chupando, golpeteando el clítoris, que cada vez estaba más duro, estaba a punto de llevarla hasta el orgasmo...

—Como sigas así, voy a correrme... Jamás me han hecho parecido y entre la novedad, la abstinencia, y lo jodidamente bien que lo haces: no creo que

aguante mucho más.

David levantó la cabeza y con la voz más varonil y sensual del mundo, le pidió:

—Córrete, déjate llevar y siente... Las veces que quieras, estoy aquí para darte placer... Tú solo disfruta...

Y volvió a lamerla, con ese fuego, esa voracidad y esa contundencia, hasta que la lengua se posó sobre el clítoris y tras golpetearlo duro unas cuantas veces, pero con la presión justa para que no le molestara, le arrancó tal orgasmo que ella tuvo que clavar las uñas en los hombros fuertes de David para soportarlo.

Después, casi sin aliento y a punto de desfallecer, David se incorporó la tomó fuerte por cuello y la besó con pasión en la boca.

El beso fue tan lascivo y tan procaz, tan rematadamente *sexy* que ella tras tomar aire solo pudo musitar:

—Es la primera vez que alguien me besa en esa parte y madre mía lo que me estaba perdiendo... ¿Pero cómo puede ser algo tan bueno?

David sonrió feliz de haberle podido dar ese placer y respondió:

—El sexo es bueno si se hace bien... Muy bueno. Lo que no entiendo es cómo no habías disfrutado de esas caricias todavía...

—A Michael no le gustaba...

—Pero me temo que él sí que te pedía que se lo hicieras a él...

—Sí, pero nunca estaba conforme con nada. Me decía que era muy sosa en la cama, que no me esmeraba lo suficiente y que mi cuerpo no le ponía... Me llamaba “gusanita”, con eso te lo digo todo...

Los ojos de Amanda se humedecieron al recordar aquello, si bien David le aseguró:

—Él sí que era un gusano. Y todavía debe estar lamentando haberte perdido, Amanda... Porque eres divina... Un sueño de mujer...

Capítulo 24

Amanda se emocionó al escuchar esas palabras y besó a David agradecida y muerta de deseo, pues ese hombre había despertado un fuego en ella que no cesaba.

Y de nuevo abrazados y pegados, ella sintió la erección dura y grande presionando fuerte y él le susurró al oído con una voz jodidamente *sexy*:

—Me muero por hacerlo, pero si quieres dejarlo para otro momento: tú mandas, princesa.

Amanda movió un poco la cadera para frotarse contra esa erección y mirándole derretida, solo pudo musitar:

—Me muero por hacerlo, David.

Amanda solo tuvo que decir eso, para que David se quitara el bañador y desnudo fuera a coger un condón que tenía en la cartera.

—Yo tampoco esperaba que esta cita acabara así —le confesó de nuevo frente a ella—. Y siempre llevo un condón en la cartera por lo que pueda pasar... Suelo tener sexo casual con amigas, siempre sexo seguro, puedes estar tranquila. Como también te digo que desde que te conozco no he podido estar con nadie. Y mira que lo intenté para ver si así lograba sacarte de mi cabeza. Pero no pude hacerlo... Dejé a mi amiga colgada y me fui de allí, porque no me pareció honesto estar haciéndolo con ella cuando te tenía a ti muy dentro.

Amanda le miró abrumada porque jamás habría pensado que los sentimientos de David pudieran ser tan fuertes:

—O sea que me has sido fiel, incluso antes de que hubiera nada entre nosotros.

David asintió y reconoció sin ningún pudor:

—Sé que puede sonar increíble, pero así es. Ni yo mismo lo entendía, es que te juro que lo intenté todo para encontrarle una lógica y al no hallarla

luché por sacarte de mi cabeza y no pude. Mi última esperanza era la aplicación y me suelta que tú eres mi persona ideal. ¿Qué podía hacer ya? Llegados a ese punto caí rendido ante la evidencia... Caí rendido ante ti, como lo acabo de hacer ahora...

—Y de qué manera, te juro que no he gozado tanto jamás...

David sonrió con una cara de sátiro tremenda y dijo con su voz letal:

—Pues verás ahora...

Y sin decir más, porque estaba muerto de deseo, rasgó el condón, se lo enfundó, la cogió en brazos, ella rodeó ese cuerpazo con las piernas, mientras flipada total le preguntó:

—¿No estarás pensando en empotrarme?

David sonrió mientras la llevaba contra la pared de enfrente, junto al ventanal y luego asintió:

—Quiero hacerlo así, pero si prefieres otra postura. Ya sabes, tú mandas...

Amanda tragó saliva porque en la vida había practicado nada parecido:

—Esto solo lo he visto en las películas o lo he leído en los libros... Yo no sé si...

David que acababa de llevarla contra la pared que ella sintió fría en su espalda, colocó la punta de su miembro en la entrada mojada y masculló:

—Dime solo si quieres hacerlo o no. Eso es todo... Por lo demás, no te preocupes...

Amanda, con los ojos cargados de deseo, musitó:

—Quiero hacerlo, pero no sé si podré aceptarte entero. He visto que tu miembro es grande y la verdad es que...

—No me jodas que además de cerdo la tenía pequeña el cabrón de tu ex...
—dedujo David.

—Sí, era pequeña.

—O sea que el gusanito era lo que él tenía entre las piernas. Pues hoy vas a saber lo que es que te llenen bien, Amanda. Te voy a llenar por completo y si en cualquier momento sientes incomodidad o lo que sea, solo tienes que decírmelo.

Amanda asintió y movió las caderas de tal forma que se clavó la mitad del miembro duro y grueso.

—Dios mío... —susurró sintiéndose más abierta que nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó David, conteniendo todo su deseo.

Amanda estaba más que bien, aquello era tan excitante y morboso que

quería sentirlo en plenitud y total intensidad. Por eso, le pidió:

—Sigue, quiero sentirte más...

David la miró y de una fuerte embestida se clavó hasta el fondo haciéndola gemir muy fuerte.

Amanda se arqueó por una mezcla brutal de sensaciones, dolor, fuego, placer, pasión, locura y le volvió a pedir:

—Házmelo, por favor.

David la penetró unas cuantas veces, con cuidado, porque la sintió muy estrecha...

—Tiene que ser así, Amanda. No quiero hacerte daño.

Amanda le besó con dureza en la boca, como exigiéndole que le diera mucho más, pues se sentía perfectamente capacitada para resistirlo.

—No soy una virgen. No quiero que me trates como tal... —musitó lamiéndole la boca a lengüetazos.

David se excitó mucho más todavía con las ganas de esa mujer que se entregaba como nadie y que sabía exigir lo que necesitaba...

—Te lo voy a hacer todas las maneras posibles... Y cuando las agote, inventaré otras nuevas para ti... —aseguró David, devolviéndole los besos y penetrándola ahora de una forma más contundente.

Poco a poco, fue yendo a más, abriéndola mientras gemía y pedía que no parara, que fuera más duro, que necesitaba ir más allá de cualquier límite.

Y a David eso le volvió loco, porque esa mujer era puro fuego y pura locura, pasión en estado puro y como tal la amó...

Las penetraciones fueron ganando en dureza y contundencia, hasta que llegó un momento en que Amanda pensó que no iba a soportarlo.

Era electrizante, era dolor, era un fuego que ardía en su interior y que no iba a cesar hasta que David llegara al final.

Porque no pensaba parar, quería que él siguiera así hasta el clímax, penetrándola duro y fuerte, clavándose en lo más profundo y haciéndola sentir tan llena como jamás en su vida.

Y así entre jadeos y lágrimas de puro placer, de entrega absoluta, y abierta al máximo, David la mordió en el cuello y ella al frotarse una vez más contra el pubis empapado de él, sintió cómo un orgasmo voraz la convulsionaba por completo haciéndole gritar desesperada.

David al sentir la potencia de ese orgasmo brutal, ya no pudo más y al notar su miembro apretado por las contracciones implacables del orgasmo de

esa chica que se había entregado como nadie, se dejó llevar y se corrió entre gemidos roncós y agónicos.

Amanda al ver cómo David la miraba derretido de placer, exhausto y jadeante, no pudo evitar que dos lágrimas recorrieran su rostro de pura felicidad y gratitud.

—Gracias, David, gracias de todo corazón.

David la besó suave en los labios, la dejó en el suelo y abrazándola fuerte le preguntó:

—¿Gracias por qué, preciosa?

Amanda le devolvió el beso y, retirándole las lágrimas, confesó:

—Porque me has dado tanto placer, me has hecho sentir tan mujer, tan deseada, tan jodidamente *sexy* que no tengo palabras...

—Es lo que eres, Amanda. Eres una mujer jodidamente *sexy*, independientemente de que yo te haya amado con todas mis ganas. No lo olvides nunca.

—Vas a subirme tanto la autoestima que no voy a caber en mí de gozo...

—Solo te digo la verdad... Y eres pura pasión y puro fuego... Jamás he tenido una amante tan entregada y tan fogosa.

—Michael decía que poco menos que era frígida... No sé... Me dejas...

David negó con la cabeza y le dijo para que lo asumiera de una vez:

—Tú sabes bien que lo eres. De hecho, yo pedí una mujer fogosa, apasionada y muy sexual y si apareciste tú como altamente compatible, es porque te definiste como tal.

—Sí, me encanta el sexo pero Michael acabó convenciéndome de que era una amante pésima...

—Olvídate de él, que solo quería que te sintieras una mierda para que dependieras de él para todo. Era un hombre trastornado que afortunadamente salió de tu vida para siempre. Y cree en ti, eres un volcán... Y estoy loco por volver a perderme en tu lava...

Capítulo 25

Y tras decir esto, David le dio la vuelta, la empujó para que pegara la espalda contra su torso musculado y durísimo, la pellizcó duro los pezones hasta hacerla gemir otra vez y le susurró al oído:

—Voy a regalarte otro orgasmo...

Amanda le miró con una cara de pasmo tremenda porque en la vida se había corrido tantas veces seguidas.

—Ya llevo dos, David... No creo que sea capaz... Esto es demasiado... No creo que mi cuerpo pueda darme más placer...

David descendió con una mano hasta el pubis empapado, lo presionó con fuerza y le aseguró:

—Olvídate también de los límites, Amanda. Porque no hay...

Luego David enterró dos dedos en su interior y ella cerró los ojos entregada al placer:

—Madre mía, David...

—Te has entregado a fondo, estás muy abierta, pero quiero llegar justo a este punto...

Y entonces, acarició la rugosidad del punto G, ese que jamás había tocado nadie y Amanda se estremeció por completo:

—¿Pero esto qué es? —preguntó Amanda, desbordada por las sensaciones.

—Imagino que ese patán tampoco se tomó la molestia de darte placer en este punto que tienes muy marcado, tanto que creo que puede darte un placer infinito, un placer como el que jamás has conocido en la vida.

Amanda apoyó la cabeza en el pecho fornido y se dejó llevar porque aquello era demasiado:

—Quién iba a decirme que tenías estas habilidades secretas...

—¿Buscabas a alguien fogoso, no?

—Sí, pero que seas tú. Me lo dicen y te juro que no me lo habría creído.

Con lo borde y antipático que pareces...

—A los bordes nos gusta también el sexo... —comentó risueño, David, demorándose en esas caricias tan exquisitas.

—Ya veo ya...

Luego, David le dio un mordisquito en la oreja y le susurró al oído:

—No dejas de hablar ni en estos momentos, lo tuyo es increíble Klein. ¿Te quieres concentrar y sentir?

—Tranquilo, que estoy sintiendo... Y de qué manera, créeme... Si me llega a ver mi terapeuta la señora Madison... Bueno, mejor que no me vea, la verdad...

David no pudo evitar partirse de risa, porque sin duda que Amanda Klein era un caso:

—Solo me faltaba que la terapeuta estuviera mirando por un agujerito. Me gusta el sexo pero esas cosas no me van. Soy solo de sexo en pareja... y sin límites...

Amanda levantó la cabeza, le miró con cara de alucine y preguntó:

—¿Cómo que sin límites? ¿Te mola el rollo sadomaso y todo eso?

—Me refiero a disfrutar del sexo del bueno, pero no... No me gusta ese rollo, ni el intercambio de parejas, ni nada extraño. Que lo respeto todo, pero a mí no me va...

—No, ni a mí... Y la señora Madison me decía que después de lo que me había pasado con Michael a lo mejor me iba a costar disfrutar del sexo... Pero para nada... ¡Si estoy sintiendo como en mi vida! Es como sí...

—Gózalo y luego me lo cuentas... Hazme caso, céntrate y disfruta...

Amanda cerró al fin el pico y se entregó a esas caricias tan novedosas, tan electrizantes, tan diferentes a todas... Y cerró los ojos de nuevo...

Y además de sentir un placer infinito, sintió una felicidad inmensa de poder confiar en alguien después de lo que había sufrido.

Era una delicia poder estar así, desnuda, pegada a él, sintiendo, disfrutando, gozando, sin importarle una mierda si le sobraban kilos, la celulitis de los muslos o sus caderas demasiado anchas...

Se sentía deseada como nunca y además aunque sonara ridículo se sentía poderosa...

Después de estar con un tío con el que llegó a creerse que era una calamidad en la cama, con David se sentía una diosa del sexo capaz de todo.

Hasta de gozar con esas caricias tan especiales que poco a poco la estaban

llevando al éxtasis.

Y es que David empezó a penetrarla con más contundencia, estimulando a la vez ese punto de una manera tan exquisita que solo tuvo que darle unos golpecitos con la otra mano sobre el clítoris para que se corriera gritando desesperada.

Temblando entera, sin dar crédito a que su cuerpo pudiera ofrecerle un nuevo orgasmo y esta vez mucho más intenso, se giró, miró a David y le besó con todas sus ganas.

Luego, con dos lágrimas corriendo por el rostro de pura emoción y agradecimiento, confesó:

—Esto solo puedes lograrlo tú...

Porque era verdad, no se imaginaba entregándose de esa forma, sintiendo tanto y confiando de ese modo tan extremo con nadie más que con él.

Él hombre que mensaje a mensaje, había logrado que abriera su corazón, espantara sus miedos y recuperara la confianza y la fe perdida.

—Eres tú, Amanda. Eres maravillosa...

Y tras decir esto, empezó otra vez a acariciar esa rugosidad lentamente, mientras Amanda aún jadeante se estremecía otra vez.

Y de nuevo se dejó llevar...

Aquello le parecía una locura, pero con David todo era posible, así que cerró los ojos y de nuevo esas caricias la llevaron al séptimo cielo.

Con cuidado, poco a poco, David fue estimulándole ese punto, incansable, hasta que ella sintió tal oleada de placer que creyó que no iba a poder resistirlo.

Y más cuando David colocó el pulgar sobre su clítoris y solo tuvo que presionarlo ligerísimamente para arrancarle otro orgasmo que fue brutal.

Porque no solo la convulsionó entera, sino que cuando David sacó los dedos de su interior, después de sentir las potentes contracciones del orgasmo, notó cómo se derramaba entera como nunca en su vida.

Y ahí ya sí que el placer se hizo tan extremo, como jamás había podido siquiera atreverse a imaginar, que tuvo que llevarse la mano a la boca y morderla para evitar gritar como una loca.

Porque aquello era lo máximo... El placer máximo... El goce más bestial...

Y ya saciada como jamás lo había estado, con todo lo que le había dado David con su entrega, su generosidad y su afán de ir siempre más allá de los

límites, se giró y se abrazó con fuerza a él...

—Ahora entiendo lo de los límites... Y me encanta... —reconoció mirando a los ojos oscuros de ese hombre que le había hecho gozar como nadie.

—¿Estás llorando? —preguntó él, a la vez que retiraba unas pequeñas lágrimas del rostro de esa mujer que le tenía fascinado.

—Es que esto ha sido muy fuerte... Jamás imaginé que se podía sentir tanto, incluso a veces temía que mi mala experiencia me incapacitara para entregarme y gozar... Mi terapeuta me decía que debía tener paciencia, que aparecería un hombre bueno, con el que aprendería otra vez a confiar, pero que necesitaría mi tiempo... Y que si me costaba gozar a lo mejor iba a tener que hacer más terapia... Pero qué terapia ni qué narices, tú has hecho el milagro... Es como si me hubieras despertado de un letargo... Mejor dicho, me has descubierto un mundo nuevo, porque lo que acaba de pasar es que ha sido increíble. Por no hablar de lo de antes... Y supongo que por eso lloro, porque estoy gozando, porque disfruto del sexo y porque es contigo...

—Eres una mujer muy apasionada y generosa, te entregas por completo, cómo no ibas a gozar... Y he sentido que confiabas en mí de tal forma que me has hecho muy feliz... —confesó David tras besarla con mucha dulzura en los labios.

—Es que te miro y siento que te conozco desde siempre.

—¿Y el beso te ha dicho que puedo ser yo esa persona que llevas toda la vida esperando?

Amanda se mordió los labios y sintiendo algo en el estómago tan fuerte que era ridículo negarlo, respondió:

—Me ha dicho muchísimas cosas... Demasiadas...

Capítulo 26

Después de asearse y vestirse, abandonaron los vestuarios de la mano, volvieron a la terraza, pidieron sendas copas de champán y brindaron sentados en una hamaca cama maravillosa por lo que acababa de suceder frente a la espectacular vista de la ciudad:

—El mundo a tus pies, Amanda, tal y como lo estoy yo... —dijo David que la agarraba de la mano.

Amanda miró a ese hombre que tenía la sonrisa más preciosa del mundo y confesó:

—Deberías sonreír mucho más... Estás mucho más guapo...

—Es que te estaba esperando, solo tú puedes pintar esta sonrisa en mi cara...

—Yo debo tener una cara de idiota tremenda, estoy que floto, es que todavía no puedo creerme que esté aquí, contigo, y encima después de lo que acaba de pasar...

David dio un sorbo a su copa y le confesó su principal temor:

—Y sé que lo que más te preocupa es que sea tu jefe. Y más cuando te juraste que jamás tendrías una relación en el trabajo y menos con un superior.

Amanda le miró, dio otro sorbo a su copa y replicó:

—No quiero pensar en eso ahora... Quiero disfrutar del momento, de esta copa de champán helada, de estas vistas maravillosas y de tu mano en la mía. Nada más...

David miró al frente, negó con la cabeza y volvió a insistir:

—Aparcando los problemas, no desaparecen. Y esa es una nube muy negra que planea sobre nuestras cabezas que me inquieta bastante. Me ha costado mucho encontrarte, Amanda...

Amanda le miró, le acarició el dorso de la mano con el pulgar y musitó:

—Y aquí estoy... A tu lado.

David se giró, la miró con los ojos muy brillantes pero con un punto de preocupación muy marcado, y confesó:

—Ahora, pero yo lo que quiero es que estés siempre.

Amanda tragó saliva porque David hablaba con tal determinación que hasta conmovía:

—¿Siempre?

—Sí, Amanda, siempre. Lo tengo clarísimo... Tú tenías razón, no me atrevía a utilizar la aplicación porque tenía miedo a confirmar mi más terrible sospecha: que no iba a existir nadie en el planeta que fuera compatible conmigo. Pero qué cosas, apareciste tú, me volviste loco y recurrí a la aplicación para sacarte de mi cabeza... Y la aplicación me hizo percatarme de que no se puede escapar del destino... Que eres tú. Que aunque en principio me desquiciaras, que aun cuando no fueras mi tipo, te has ido metiendo cada día más y más en mi corazón y ahora estás tan dentro que solo puedo decir una cosa, aprovechando que estamos en esta cama hamaca por si te desmayas al escucharlo.

Amanda le miró entre expectante, curiosa y divertida, y preguntó:

—¿El qué?

David la miró a los ojos con una cara de enamorado que no podía con ella y respondió:

—Te quiero.

Amanda con los ojos como platos y llevándose la mano a la tripa de lo que le estaban revoloteando las malditas mariposas, musitó:

—Sí, menos mal que me lo has dicho aquí, porque me lo dices de pie y me voy al suelo. Además, es la primera vez que me dicen algo así... Michael jamás lo decía, para él era una estupidez... Decía que solo eran palabras...

David frunció el ceño y odiando más que nunca a ese tío que le había hecho tanto daño replicó:

—Son palabras muy importantes, que jamás hay que pronunciar en vano, eso sí... Pero cuando se sienten, hay que decirlas porque entre otras cosas es imposible guardarlas dentro... Yo siento la necesidad de decírtelo y de gritarlo a los cuatro vientos... De hecho, espera...

—¿Adónde vas? —preguntó Amanda, perpleja.

David se levantó, se plantó junto al borde de la barandilla de la terraza y gritó a Nueva York entero que yacía a sus pies:

—¡Amo a Amanda Klein. La amo con todas mis fuerzas!

Y tras decir esto, con los ojos llenos de lágrimas, volvió a recostarse junto a ella que le besó con todas sus ganas.

Luego Amanda se echó a reír y exclamó sintiendo de todo por ese hombre que era mucho más de lo que pensaba:

—¡Estás loco, señor Sinclair! ¡Y me encanta!

David la agarró por el cuello, la besó con esa misma locura que latía en su pecho y que le había llevado a gritar su verdad a la ciudad entera y confesó:

—¡Y a mí me encanta que seas capaz de sacar todo esto de mí! Cuando perdí a mi abuela y a mi madre, me puse la coraza y encontré refugio en las matemáticas para poner orden al caos que de repente asoló mi vida. Dejé atrás las risas, la espontaneidad, las bromas, los juegos... Me volví un niño triste y después un adulto estirado y antipático... Hasta que has aparecido y mira las locuras que estoy haciendo... Otra vez...

—Y yo me alegro tanto de que las hagas... Te mereces ser feliz... Y lamento mucho todo el dolor...

—Siento que ellas están conmigo, es más creo que ellas son las culpables de que estés aquí... De alguna manera, siento que ellas me pusieron a la señora Finch en mi camino para que amara a las matemáticas, y que luego fueran esas mismas matemáticas las que me llevaran hasta ti... Las matemáticas y el beso, claro... Porque el beso me lo ha dicho todo. Y esto es un milagro, Amanda, que solo han podido obrar ellas. Cuando estaba casi convencido de que nadie iba a soportarme, de que jamás iba a encontrar una compañera, apareces y lo revolucionas todo... Por eso es tan importante para mí algo...

—¿El qué? —preguntó Amanda, que le escuchaba con suma atención.

—Yo sé lo que siento, no hay lugar a dudas en mi corazón. Tengo todas las certezas contigo, pero sé que tú no...

Amanda contrarió el gesto porque no le gustó para nada escuchar aquello, bien era verdad que tenía reticencias por la cosa de que fuera su jefe, pero lo que estaba sintiendo por él, era demasiado fuerte. Y el beso también había hablado para ella...

—No es exactamente así, David. Para mí lo que ha pasado ha sido mágico y especial, lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Y si ha sucedido lo del vestuario es porque es algo importante. Ya sabes lo romántica que soy y jamás podría besar y mucho menos hacer lo que he hecho sin sentir nada. Lo siento... Y muy fuerte. Te deseo, te admiro, me has hecho renacer, me has

devuelto completamente la seguridad y la confianza, gracias a ti creo de nuevo, siento como nunca y eso solo puede ser por una cosa...

—Pero aún no te atreves a verbalizarlo, Amanda. Todavía hay escollos en tu corazón que te impiden hablarlo abiertamente, sin reparos ni con la franqueza que en ti es habitual.

Amanda sabía que tenía razón; no obstante, tenía motivos más que suficientes:

—Supongo que influyen demasiadas cosas, no esperaba que tú fueras el señor Sombra, vengo de una relación complicada, me juré que no tendría relaciones en el trabajo...

—Lo entiendo perfectamente. Como tampoco esperabas que fuéramos a amarnos esta tarde de la forma que lo hemos hecho... —susurró David, acariciándole muy suave los labios con el dedo índice.

Luego, la besó y ella reconoció mirándole emocionada:

—Pues no, es la primera vez que hago algo así... Y no me arrepiento. Ha sido una de las cosas más hermosas que he hecho en mi vida.

David asintió, si bien luego añadió porque entendía que tenía que ser así:

—Pero necesitas tiempo para digerir todo esto que nos está pasando. A diferencia de mí que me he sentido atraído por ti desde el principio y que desde el primer momento sabía perfectamente que eras tú con la persona con la que estaba intercambiándome mensajes, tu proceso ha sido distinto y para que todo fluya como debe, he pensado que lo mejor es que dejes de venir al trabajo...

Amanda sin entender nada y con una angustia terrible, preguntó muy nerviosa:

—¿Me estás echando del trabajo para que pueda saltarme mi juramento?

David sonrió, negó con la cabeza y luego respondió después de haberlo sopesado muy bien:

—Simplemente creo que lo mejor es que te tomes unas vacaciones... Y luego, cuando todo se ponga en tu sitio en tu cabeza y en tu corazón, hablemos... Si quieres, por supuesto...

Capítulo 27

Después de pensárselo mucho, porque estaba hecha un lío, decidió que lo mejor era aceptar la propuesta de David de tomarse unos días apartada de él y a ver si así lograba poner un poco de orden en su cabeza y en su corazón.

Porque lo cierto era que los dos los tenía bastante trastornados...

Así se lo contó a Brenda el domingo, que la llamó cuando ya la cabeza le echaba humo:

—¿Te molesto, amiga? Es que necesito hablar con alguien porque estoy que no sé qué hacer...

Brenda notó a su amiga tan angustiada que le dijo:

—Tranquila, estoy vagueando en el sofá... Cuéntame qué te pasa...

—Uf. No sé por dónde empezar...

—Estoy muerta de la curiosidad por saber qué pasó con tu cita, pero no quería llamarte no fuera a ser que interrumpiera un momento íntimo...

—Calla, que demasiado tuve con el momento íntimo en un vestuario donde pasó lo más grande y luego tuvimos nuestros momentos románticos en una hamaca cama, donde me confesó su amor...

Brenda por poco no se cayó del sofá al escuchar ese relato que sonaba a cuento de hadas:

—Espera un poco, que estoy que ni parpadeo. ¿Qué, qué, qué?

—Que sí, amiga, que hubo tal química entre nosotros, que nos liamos y así a lo loco... En un vestuario... Y después, se puso a gritar desde lo más alto a la ciudad entera que me quería...

—¡Madre mía, amiga! Eso es lo más romántico que he escuchado en mi vida. ¿Ves cómo la aplicación no fallaba? Si arroja una compatibilidad tan alta es por algo. ¿Y físicamente cómo es? Un cañón de impresión, imagino. ¿Se parece a la Bestia como tú decías?

—¡Y tanto!

—¿Tan parecido es? —preguntó Brenda, feliz de que su amiga hubiera encontrado a alguien tan increíble.

—Clavado —respondió contenta, pero a la vez sin poder disimular su ansiedad.

—Jajajajaja. Qué bueno. Pero no entiendo por qué tienes la voz así como rara...

—Es que menuda papeleta tengo, amiga. Porque resulta que el señor Sombra es tan clavado a la Bestia, que es él. El mismito que viste y calza, ¿cómo te quedas?

Brenda se quedó tan perpleja que por poco no se le cayó el teléfono al suelo, luego se revolvió en el sofá y contestó con un hilillo de voz:

—Muerta, pero al mismo tiempo estoy pensando que debo ser un poco bruja. Porque mira que yo tenía el palpito con los dos...

—Claro, eran el mismo... Y sí, algo de bruja tienes que tener porque tenías una intuición muy fuerte con los dos. Yo imagina cómo me quedé cuando me percaté de que era él. No podía dar crédito... Pero es que fue mirarnos y la cosa fue como la seda. Y como conocía ese lado que David no muestra en el trabajo gracias al señor Sombra, fue todo muy fácil. Ya teníamos un gran terreno avanzado y nos ayudó a sincerarnos, abrirnos y a tener el mejor sexo de mi vida. Y encima, no te lo pierdas, rodeados de modelos de impresión que estaban con una sesión. Pero no tuve complejos ni nada, me planté con mi bañador y fui más yo que nunca. Fue maravilloso la verdad, pero...

Brenda se sentó en el sofá deseando no escuchar ningún pero, pues no podía haberlo en ese relato tan perfecto:

—No me hables de ese pero, cuéntame cómo fue el beso... Tú crees en eso, en el beso perfecto que lo cambia todo.

—Fue el mejor beso que me han dado en la vida, fue dulce, tierno, apasionado y puro fuego... Todo a la vez, ¿lo puedes creer? Sentí que el suelo se abría bajo mis pies y luego que flotaba... No sé... Vas a pensar que soy una cursi, pero te juro que fue más mágico y más especial que lo que siempre soñé... Solo faltaba de fondo una banda sonora de Disney, así de bonito y de ideal fue la cosa...

—Caray, Amanda, entonces no puede haber ningún pero que valga...

Amanda respiró hondo y le recordó a su amiga algo que ella desde luego que no podía olvidar:

—Es mi jefe. ¿Te parece poco? Después de lo que me pasó con mi ex me

juré a mi misma que jamás tendría nada con alguien del trabajo.

—¿No me digas que le has dado calabazas por ese juramento? Él no tiene la culpa del daño que te hizo el cabrón de tu ex.

—Ya sé que no tiene culpa de nada. Al contrario... Si me ha dado la vida. Fíjate que mi terapeuta me aseguró que a lo mejor tendría problemas para volver a tener relaciones y con él ha sido todo mejor que nunca en mi vida. Me he sentido muy a gusto, ha sido todo perfecto...

—Si te ha dicho que te quiere, nena...

—Sí, le salió del alma, sin embargo a mí... Él se dio cuenta de que hay algo que me frena y me ha pedido que me tome el tiempo que necesite para recapacitar. Al principio, me asusté porque me dijo que no volviera al trabajo y yo te juro que pensé que me echaba para que no fuera un obstáculo para la promesa que me hice. Pero no, resulta que me aconseja que me tome unos días libres para que me aclare...

Brenda, a la que de repente le sobrevino una idea estupenda, replicó:

—¿Te da vacaciones?

—Acabo de hablar con él y he aceptado la propuesta de que me dé unos días libres. No son exactamente vacaciones y por supuesto le he dicho que no me pague. Pero quiere hacerlo... También insistí en atender los asuntos urgentes y me ha dicho que no. Que desconecte totalmente y que me dedique escuchar a mi corazón y que el suyo, por cierto, me quiere. Que no lo olvide. ¡Ay amiga! Esto es...

Brenda se mordió los labios de pura ansiedad y terminó la frase de su amiga:

—Esto es un historión de amor que te mueres... Y se me está ocurriendo algo para que reflexiones tan ricamente. ¿Qué te parecería aclararte en las Bahamas debajo de una palmera?

Amanda no pudo evitar partirse de risa porque aquello no podía ser más delirante:

—Brendita, estás como una cabra...

—Peter acaba precisamente de llamarme para decirme que todavía estaba a tiempo de largarme con él. Le he dicho que no por lo que ya sabes, pero si tú vienes sería diferente. Evitaría la tentación y estaríamos como reinas. Nos sale gratis la estancia y seguro que pillamos un vuelo barato de última hora. Anda, no seas perra, y vámonos...

A Amanda la idea le pareció de lo más atractiva, porque además estaba

haciendo un calor tremendo y pasarse el día entero en casa con el ventilador no era un plan muy atractivo.

—Mi idea era pasarme estos días de reflexión en casa, frente al ventilador...

—Mi mismo planazo.

—Tú es que eres tonta, perdona que te lo diga. Y con lo que te gusta Peter y lo loquito que está por ti.

—Pues tú eres igual, porque mira que elegir quedarte en el apartamentucho cuando puedes pasarte unos días estupendos y gratis en las Bahamas...

Amanda se rió, ya que su amiga tenía toda la razón del mundo:

—Vale, somos idiotas las dos. ¿Y ahora qué hacemos?

Brenda saltó del sofá y se sentó frente al ordenador a buscar ofertas de última hora en vuelos:

—De momento yo voy a buscar dos billetes baratitos... Y tú vete sacando la maleta y después metiendo los bikinis y las chancas.

—Jajajajajaja. ¡Ay me siento muy culpable! Yo reflexionando en las Bahamas y el pobre David en la oficina currando como un cabrón y en ascuas mientras me decido.

—Bueno, yo creo que sabes perfectamente que ese hombre es especial. Ha logrado en estas semanas sacar lo mejor de ti, te has ilusionado de nuevo, tienes una gran complicidad y afinidad y te gusta muchísimo. Lo que pasa es que tienes miedo, Amanda. Y eso es lo que debes trabajar... Y qué mejor sitio que en las Bahamas... ¿No te parece?

Amanda se echó a reír, porque su amiga no podía ser más graciosa, pero sabía que estaba en lo cierto. Su problema era el miedo. Ese que ojalá con todas sus fuerzas pudiera llegar a vencer...

Capítulo 28

Después de un par de días en las Bahamas a Amanda le pareció que la idea de viajar para allá había sido un desastre. Porque entre esas aguas cristalinas, la arena blanca y las palmeras maravillosas no podía dejar de pensar en David a todas horas...

Es que era imposible no fantasear con la delicia que tenía que ser bañarse en esas playas maravillosas junto a él y luego hacer el amor bajo los fascinantes cielos estrellados que no había visto jamás en la vida.

En lo estupendo que sería pasear de la mano junto a ese mar infinito mientras se hacían todo tipo de confianzas, como cuando conversaba con el señor Sombra.

En lo divertido que sería hacer surf o montar en bici...

En las risas que se iban a pegar bailando hasta las tantas en los clubes de la playa...

Y así con todo...

Porque todo le recordaba a él, todo le habría encantado compartirlo con él y le echaba de menos en todas y cada una de las cosas que hacía.

Y luego, para más tormento, tenía que soportar cómo los pelmas de sus amigos no paraban de tontear a todas horas.

Porque aunque Brenda se negara a reconocerlo, no hacía otra cosa más que coquetear con Peter sin parar, y tenían tal complicidad juntos que daban mucha envidia...

Así se lo confesó una tarde Amanda a su amiga, sentadas en la orilla del mar, mientras Peter aprovechaba unas olas buenísimas para disfrutar del surf, su gran pasión.

La otra pasión obviamente era Brenda...

—Vosotros no podéis dar más asco... Es que sois como la parejita perfecta.

Brenda se partió de risa puesto que su amiga dijo aquello con tal rabia que hasta podía parecer que los detestaba:

—Porque eres mi amiga, que si no pensaría que nos odias...

—Es que me dais una envidia... Todo el día con abracitos, carantoñas, risitas... Y yo a pan y agua... Me mata esto de no poder hablar con David... Le echo tanto de menos...

Amanda le recordó a su amiga por si lo había olvidado:

—Es que de eso se trata esta tregua, de que te percares de lo que significa para ti y mandes tu promesa a paseo.

—Pero tenía que dejar que le hablara aunque fuera un poquito. Echo de menos al señor Sombra, al borde de mi jefe y al amante maravilloso que conocí en Hudson Yards. Y cada día me duele más su ausencia. Si pudiera decirle aunque fuera un triste: “Hola, ¿cómo estás?” Pero el muy obstinado no me deja... Sabes que hasta me bloqueó para evitar tentaciones... Dice que es lo mejor... Que quiere que cuando volvamos a vernos tenga clarísimo mis sentimientos, que a él le duele la ausencia igual, pero que es lo más conveniente para los dos.

Brenda sin quitar ojo a Peter que se lo estaba pasando en grande con las olas comentó:

—Es que tiene razón. Tienes que mandar a la porra todos esos miedos y plantarte frente a él segura y convencida.

Amanda suspiró, miró a su amiga muy seria y luego dijo:

—Perfecto. Yo tengo claro cuáles son mis tareas, pero ¿tú cuándo vas a hacer de una vez las tuyas?

Brenda arrugó el ceño y preguntó sin saber de qué estaba hablando:

—¿Cómo que las mías? ¿A qué te refieres Amandita?

—Me refiero a que dejes de hacer sufrir al bueno de Peter y te líes con él de una vez. Yo creo que se mete tanto en el agua para quitarse la calentura que debe tener con tanto abracito y tanta tontería...

Brenda se echó a reír, se recogió el pelo en una coleta y así dejó a la vista la huella de la pasión de la noche anterior.

Amanda al ver aquello se quedó con los ojos como platos y preguntó alucinada:

—Pero ¿y ese chupón que tienes ahí, perraca?

Brenda se mordió los labios, puso una cara muy graciosa y luego le confesó:

—Anoche nos liamos en la playa...

—Cuando me fui a la cama, os quedasteis jugando al Trivial... Yo lo flipo con vosotros de verdad... Jajajajajaja. ¿Me quieres contar cómo acabasteis haciéndolo en la playa? Cosa que no veas cuánto me alegro porque Peter estaba a punto de la autocombustión.

—Estuvimos jugando, le gané y como no parábamos de reírnos, ya sabes que estamos siempre de cachondeo, para no molestarte decidimos ir a la playa a seguir payaseando un poco. Pero sucedió que no se veía nada, pero nada de nada. Y me cogió de la mano...

—Ay Dios...

—Sí, ya nos la habíamos cogido otras veces, pero esta vez bajo el cielo estrellado y el mar de fondo fue tan especial que nos quedamos en silencio y nuestras bocas se encontraron.

Amanda se llevó las manos a la cara y observó divertida:

—Si es que de ir tanto al cántaro a la fuente al final... Jajajajaja.

—Fue increíble. Y desde luego que si tu teoría del beso perfecto es cierta, Peter sería el hombre de mi vida, porque cómo besa... ¡Dios mío! ¡Jamás me han besado así! Pero claro solo es un beso... Tu teoría está muy bien como teoría, pero la práctica es otra cosa. Soy una mujer tremendamente realista.

Amanda miró a su amiga como si acabara de decir una barbaridad y repuso:

—¿Cómo que solo es un beso? Es el beso... El único, el perfecto, el más importante, el que solo puede darte esa persona ideal que tiene que estar harta de ti. Porque mira que te estás poniendo pesadita, amiga. Peter es una monada de chico, es bueno, es listo, es trabajador, está como un queso, besa de muerte y ¿todavía no te percatas de que es el hombre de tu vida?

Brenda sin dejar de mirar cómo surfeaba, resopló y luego confesó:

—Es un chico maravilloso y si vieras cómo es de dulce y apasionado a la vez haciendo el amor. Fue la experiencia más bonita de mi vida, pero mírale... Es un crío.

Amanda miró a Peter que estaba surfeando con arrojo y valentía y objetó:

—Yo veo a un hombre fuerte y decidido, bravo y luchador, que sabe lo que quiere y que va a por ello.

Brenda miró a su amiga pues sabía perfectamente lo que le estaba queriendo decir, si bien había un problema:

—Sí, pero yo sé también lo que quiero. Y no es Peter. No puedo

destrozarle la vida con mis deseos de estabilidad y de formar una familia.

Amanda pensó que su amiga no podía ser más obcecada y trató una vez más de hacerle entrar en razón:

—Ese chico está enamorado de ti. Y como le mandes a la mierda, será cuando definitivamente le amargues la vida.

—Y eso que no sabes que anoche después de hacerlo se le escapó un te quiero...

Al escuchar esa confesión, Amanda se llevó la mano al pecho y susurró:

—Si es que no puede ser más dulce ni más tierno. Es puro amor.

—Sí que lo es, pero le dije que precisamente por esto quería evitar venir a las Bahamas. No quería que llegáramos a este punto... Pero bueno, ha sucedido y ya poco podemos hacer, más que disfrutar de la aventura y después que cada uno siga con sus planes.

Amanda se puso triste, ya que imaginó lo que le habrían dolido a Peter esas palabras:

—Pobre Peter, le partirías el corazón...

Brenda, sin embargo, negó con la cabeza y le contó:

—Tú acabas de definirlo muy bien hace un momento: es bravo y luchador. Muchísimo... Y lo digo porque ¿sabes qué me aseguró?

Amanda negó con la cabeza expectante y orgullosa del valor y del coraje de Peter:

—Que le bastan estos días para convencerme de que es el hombre de mi vida. Que me va a amar con tanta pasión, tanta locura y tanta ternura, que cuando acaben las vacaciones voy a percatarme de que es con él con quien debo pasar el resto de mis días.

Amanda lanzó un puño al aire y exclamó divertida:

—¡Olé, así se habla! Eso es un tío. ¡Con un par!

Brenda se partió de risa con la reacción de su amiga y luego le regañó:

—¡Estás igual de loca que él! No sé cómo no podéis ver que esto no puede ser, si es que no... Para un rato, pues sí, pero ¿dónde voy con ese loco? Dime...

Amanda tenía la respuesta, porque era obvio que no había otra:

—Pues derechita a la felicidad, amiga. Justo a esa jodida estación.

Capítulo 29

Los días siguieron pasando, días de sol, de playa, de baños, de surf, de juegos, de risas, de bailes bajo la luz de la luna...

Y para Amanda de extrañar a cada instante a David tanto que estaba empezando a dolerle hasta el cuerpo.

La ausencia se le estaba haciendo tan dura que se metía en Internet para buscar todo lo que hubiera relacionado con él, y aunque era poco por su reticencia a salir en los medios, se aferraba a ello como el náufrago a la tabla...

Y así se pasaba las horas muertas, mirando las poquitas fotos que había suyas en las redes, acariciándolas con el dedo a través de la pantalla y besándolo a escondidas, para que sus amigos no pensarán que estaba chiflada.

Pero es que echaba tanto de menos sus caricias y sus besos que se masturbaba a diario pensando que era él el que la tocaba, el que la devoraba con esa avidez suya, con esas ganas, con esa locura...

Se moría por estar otra vez entre sus brazos, por hacer el amor de esa forma tan salvaje pero dulce a la vez, por entregarse sin límites, tal y como él le había enseñado.

Y por supuesto, que se moría por escucharlo, por conversar, por reír, por compartir secretos muy íntimos...

Incluso por volver a escuchar los bufidos de la Bestia, esos que él profería cuando algo se torcía o no resultaba tal y como él deseaba.

Los mismos que a ella le sacaban de quicio, pero que ahora extrañaba tanto que le dolía el alma...

Y es que no podía llevar peor la ausencia...

Y sí, todo eso que estaba sintiendo le estaba sirviendo para percatarse de demasiadas cosas, unas que ya sabía como que ese hombre era muy especial y otras nuevas como que ya no podía vivir sin él.

Porque no podía...

A ver, que sí, que su vida podía seguir adelante, pero ella sin duda que prefería hacerlo con él a su lado.

Le necesitaba tanto que a veces prefería no bajar a la playa y quedarse sola en el apartamento para hablar como una loca con las fotografías, como si pudiera escucharla. Y le contaba cómo estaban siendo sus días en las Bahamas, lo precioso que era todo y las ganas que tenía de volver a ese lugar junto a él...

Amanda reconocía que era algo patético y más cuando Peter una tarde regresó al apartamento a buscar unas gafas de bucear que se había dejado olvidadas, y la pilló hablando con la foto...

—¿Con quién hablas, Amanda? —le preguntó Peter, convencido de que estaba hablando con el manos libres con alguien de su familia, como hacía a diario.

Sin embargo, cuando ella le contó la verdad se quedó atónito:

—Estoy hablando con la foto de David, no se lo digas a Brenda por favor que seguro que se descojona de mí.

Peter hizo el gesto de que se cosía los labios y luego le aseguró para que se quedara tranquila:

—Será nuestro secreto. Y lamento que lo estés pasando tan mal. Yo también sé lo que es hablar con una foto...

Amanda miró apenada a su amigo solidarizándose con él completamente:

—Es que mira que es terca, Brendita.

—Tengo que decirle a la foto todo lo que siento porque me duele ya la garganta de no poder soltar todo lo que tengo en el pecho. Pero es que como se lo dijera seguro que salía despavorida de vuelta a casa. Así que tengo que contenerme porque estoy viviendo los mejores días de mi vida y quiero aprovecharlos. Claro que por otro lado, también siento una ansiedad tremenda, ya que cada día que pasa es un día menos que me queda para convencerla de que se quede conmigo.

Amanda suspiró porque ese pobre chico lo tenía bastante difícil, pero con todo le animó:

—Vas a tener que trabajártelo mucho, porque es dura de pelar. Pero cosas más raras se han visto...

Peter cogió las gafas de bucear que estaban dentro de un armarito en el salón y después le confesó triste:

—Yo ya no sé qué hacer, Amanda. Está obsesionada con que soy muy joven para ella, que tenemos proyectos de vida diferentes, que va a lastrar mi existencia. ¡Y maldita sea, yo no lo veo así! Quiero mudarme a California pero ella se puede venir conmigo perfectamente. Puede trabajar incluso en la misma empresa en la que tengo pensado incorporarme. Y yo también quiero formar una familia... Si es que deseamos lo mismo...

Amanda se encogió de hombros, impotente, puesto que comprendía la desesperación de su amigo:

—Estoy harta de decirle lo mismo, pero ella insiste en que tiene que encontrar alguien de su edad o mayor, serio, responsable, aburrido...

—Tiene miedo, Amanda, y ese perfil le hace sentir segura. Aunque para nada le vaya a hacer feliz. ¿Por qué crees que la aplicación le arroja una compatibilidad no muy alta con las personas que supuestamente ella cree que le convienen? Pues porque ella pide otra cosa y probablemente ni fue consciente cuando rellenó la ficha de cuáles son sus verdaderas demandas.

A Amanda se le encendió de repente una bombilla al tiempo que reflexionaba en voz alta:

—Rellenamos la ficha a toda prisa y tal vez al hacerlo así, sin que nos diera tiempo a racionalizarlo mucho, respondimos más con el corazón que con la cabeza. Y claro, por eso me salió a mí una compatibilidad casi total con David... Es que hasta me describí a mí misma como la mujer que todavía no era del todo... Qué cosas... Es tan increíble que se me está ocurriendo algo que podría ayudarte con Brenda.

Peter, que estaba tan desesperado que estaba abierto a cualquier sugerencia que pudiera lograr que Amanda diera de una vez su brazo a torcer, le rogó:

—Cuéntamelo, por favor... Yo ya tengo el cerebro seco y no se me ocurre absolutamente nada.

—Tú mismo me has dado la clave. Como bien has dicho es probable que al rellenar la ficha haya solicitado un perfil que para nada se parezca al de los tíos esos muermos que cree que necesita, sino a ti.

Peter arqueó una ceja y con una punzada de nervios tremenda en la tripa replicó:

—¿Tú crees?

Amanda estaba tan convencida que sacó su teléfono móvil, abrió la aplicación y le comentó a su amigo:

—Cómo no se nos habrá ocurrido antes... Tienes que darte un perfil...

—Ya, pero es que yo solo tengo a Brenda dentro, no me apetece que me estén dando el coñazo las cuatro locas que puedan estar interesadas en conocerme.

—¿Cuatro locas? No, amigo. La que se va a poner en contacto contigo es Brenda. Bueno, y puede que alguna loca también... Pero me da que si tú rellenas este perfil con el corazón, como ella debió rellenar el suyo, el algoritmo os va a unir sí o sí. Y ella cree a pies juntillas en la aplicación...

Amanda le tendió el teléfono, Peter lo cogió reticente y le recordó:

—Ya pero hay un problema, Amanda, soy programador, conozco muy bien el jodido algoritmo y cómo funciona. Y puedo asegurarte que hay tanta gente en la base de datos, que la probabilidad de que nos empareje el algoritmo es mínima.

—¿Más que la que teníamos David y yo?

—Lo vuestro es que es casi milagroso...

—Como lo es el amor. ¿Ahora te enteras, querido Peter?

Peter resopló desesperado, pero con todo le dijo a Amanda:

—Por probar no pierdo nada. Voy a pedir una chica de su barrio, con el pelo rubio como el sol de California y los ojos azul ibicenco... Siempre la describo así, y ella se parte de risa. Eso puede hacer una criba importante, y quién sabe si con un poco de suerte le ha dado por definir sus características físicas de esa forma. Luego, también voy a pedir que sea adicta a los helados de pistacho... Eso es algo raro también... Y qué más... Voy a poner que practique el canto gutural tibetano, que adore madrugar y que le guste el cine iraní.

—Jajajajaja. Mira que es peculiar nuestra amiga, dudo mucho que haya dos como ella. Vamos, Peter, que lo vas a tener chupado para que la máquina os junte. Jajajajaja.

—Yo voy a poner todo lo que sé de ella, que es muchísimo... Y luego me voy a describir con el corazón. A ver si la puñetera aplicación nos junta y le hace más caso que a mí, que ya no sé qué hacer para que me deje ser su maldito novio.

Capítulo 30

Tras aplicarse bien en rellenar los datos, Peter puso a la aplicación a trabajar y solo tuvo que esperar cinco minutos para que apareciera la candidata perfecta, con un 99% de compatibilidad.

Y obviamente era Brenda.

Los dos se partieron de risa en cuanto vieron el resultado y sin parar de reír, Peter comentó:

—Si es que soy su hombre ideal. Hasta la jodida aplicación lo dice...

—Algo de trampita has hecho, porque solo te ha faltado poner su número del carné de identidad. Jajajajajaja.

Los dos volvieron a doblarse de la risa y finalizada la travesura Peter le confesó:

—Me he reído un montón con esto, que me hacía mucha falta. Porque lo que llevo sufrido por culpa de esta mujer, no lo sabe nadie. En fin, me voy que ya debe estar mosqueada por mi tardanza. Ahora solo toca desear que abra la aplicación y quiera verse con Mr. Potato Supersexy...

Amanda por poco no se lo hizo encima, en cuanto volvió a escuchar el apodo que se había puesto:

—Madre mía, en cuanto vea que su pareja ideal es el Señor Potato es que le va a dar algo. Jajajajaja.

—Soy un adicto a las patatas gajo, pero no sé si pillaré el guiño. Y sexy soy un rato... —bromeó Peter, muerto de risa.

—Y vacilón, anda vete ya que tiene que estar intranquila...

—Ahora solo nos queda que abra la aplicación, se decida a tener una cita con el señor Potato y seamos felices de una puta vez y para siempre. Porque, joder, esto me está matando...

—Ella confía en la aplicación y me dijo que tenía pensado citarse con quien tuviera una altísima compatibilidad. Así que seguro que queda contigo,

digo con el señor Potato, y recemos para que por fin se dé cuenta que tú eres lo que ella necesita. Ojalá que sí...

Al menos esos fueron los deseos de ambos, pero siguieron pasando los días maravillosos de vacaciones y Brenda no abrió la aplicación en ningún momento.

Es más, se lo estaba pasando tan bien que ni se acordó de ella...

Los días con sus amigos estaban resultando de lo más divertidos y mágicos, entre excursiones, fiestas, risas y aventuras. Y luego las noches eran tan escandalosamente buenas haciéndolo bajo las estrellas con Peter, el mejor amante que había tenido en la vida, que para qué narices iba a abrir la aplicación si estaba en el paraíso.

Pero con todo, Amanda insistió para que lo hiciera y a petición de Peter, por supuesto, que ya no podía más y estaba deseando que Brenda al fin se percatara de que no iba a encontrar a nadie como él.

Vale, que sí, que seguramente había muchos que eran mejor que él en todo, pero de lo que sí estaba seguro era de que nadie iba a querer a Brenda tanto como él.

Y es que aunque sonara presuntuoso era tanto lo que sentía por ella, lo que le importaba y lo que la amaba que estaba convencido que iba a ser difícil que alguien lo superara.

Y como ya estaba que se moría de la impaciencia, Amanda decidió darle un empujoncito y una tarde que él estaba surfeando y ellas le observaban desde la orilla, le comentó como quien no quiere la cosa:

—Oye ¿y qué tal con la aplicación? ¿No tienes ningún candidato nuevo?

Brenda que no quitaba ojo a Peter, que se lo estaba pasando bomba con las olas, contestó:

—Paso...

Amanda frunció el ceño y para tirarle de la lengua preguntó:

—¿Cómo que pasas? ¿Ya no quieres conocer a Don Sieso Perfecto?

Brenda resopló, se quedó mirando muy seria a su amiga y luego confesó:

—Peter me tiene loca...

Amanda soltó una carcajada porque aquello era estupendo y luego le regañó:

—Chica, ¿pero por qué lo dices con esa cara de funeral?

—Pues por lo que me negaba a venir, me estoy pillando cada día más y me importa una mierda hasta don Sieso Perfecto. Solo quiero estar con Peter, no quiero que las vacaciones acaben, joder, Amanda, están siendo los días más felices de mi vida...

Amanda que no podía dejar de ser ella misma en ningún momento, le dijo:

—Nena, pues blanco y en botella...

—Ya sé por dónde vas, pero no es tan sencillo. A ver, estar a su lado es muy fácil, me parto de risa con él, es un amor y mejor no te cuento cómo es como amante.

Amanda se llevó las manos a la cara y la suplicó luego con una cara muy simpática:

—No, mejor que no. Porque estoy a dos velas y echando cada día que pasa más de menos a David. Si llego a saber que esto iba a ser tal calvario, te juro que me habría negado...

—Siento que le estés echando tanto de menos. O no. Quizá es eso lo que te tenía que pasar para que se te quiten todas esas tonterías que tienes en la cabeza...

—Le dijo la sartén al cazo...

—Sí, pero lo mío tiene más fundamento. Quiero decir que a priori Peter podría ser mi hermano pequeño, que es un espíritu libre y que yo no pinto nada en su vida.

Amanda miró a su amiga sin dar crédito porque no entendía cómo podía ser tan cerril:

—Chica, ¿aún estás con eso? Ya no sé lo que va a tener que hacer el pobre para que te percares de que es él. Joder, ¡no vas a encontrar a nadie como él, en ninguna parte!

—Pues seguramente, y en la cama menos... Uf. Es un dios del sexo y luego es tan dulce y tan divertido. Lo tiene todo. Y si bien, en la teoría es completamente inadecuado para mí, en la práctica... ¡Joder, me está matando por momentos! Tanto que me he olvidado de todo y estoy empezando a plantearme cosas...

A Amanda le gustó tanto escuchar aquello que, con los ojos chispeantes, preguntó emocionada:

—¿Cosas como una boda en la playa en la que yo sea tu dama de honor?

Brenda se partió de risa porque eso sí que era demasiado, pero le explicó a su amiga:

—A lo que me refiero es que estos días me estoy dando cuenta de que aunque en principio parezca que Peter no es la persona más adecuada para mí, lo que te decía antes... somos perfectamente compatibles.

Amanda de repente se acordó de la cifra arrojada por la aplicación, aun cuando fuera con ciertas trampitas y precisó:

—Al 99%.

Brenda la miró con el ceño fruncido y preguntó porque la respuesta le pareció de lo más contundente:

—Qué segura lo dices, ¿no te parece?

Amanda para no descubrir todo el pastel, se limitó a responder:

—Porque se os ve muy bien juntos.

—Ah sí, eso sí... Estamos de maravilla y estoy dándole vueltas a todo. Porque esto es lo más fuerte que me ha pasado nunca y yo tampoco soy tan tonta como para dejar pasar la ocasión de ser feliz. Y estos días lo estoy siendo demasiado... Y no quiero que acaben...

—Ya pero no tienen por qué acabar, esto es solo el principio. Si tú quieres...

—Pero no es fácil...

Amanda suspiró y replicó pensando también en lo suyo con David:

—¿Y qué es fácil en el amor, amiga? Es más, creo que todo lo que merece la pena cuesta. Y mucho. Pero eso nos hace crecer y nos hace mejores. Por eso el amor es tan maravilloso. Saca lo mejor de nosotros, nos hace ser más fuertes, más valientes, nos ayuda a conocer la verdadera dimensión de lo que somos. Uf. Y eso me recuerda lo mucho que le debo a David y las ganas que tengo de estar con él...

—Nena, ¿por qué no le llamas de una vez?

—Me bloqueó con carácter preventivo. Acordamos no tener contacto hasta que yo lo tuviera claro...

—Pero sí lo tienes clarísimo, tía. ¿Qué tienes que esperar más? Anda, te paso mi teléfono y le llamas...

Amanda de repente tuvo una ocurrencia de las suyas y, con una mirada de niña traviesa, le dijo a su amiga:

—Deja, que se me ha ocurrido algo mejor...

Capítulo 31

Lo que se le había ocurrido a Amanda no era otra cosa que escribir al señor Sombra que no la había bloqueado y abrírle su corazón, porque ya no podía más.

Así que después de cenar, y mientras sus amigos se perdían en alguna playa para vivir una noche romántica más, ella sacó su teléfono y escribió:

De: Amanda

Para: Sr. Sombra

Querido David:

Perdona que me haya saltado el pacto que hicimos, pero es que no soporto que pase ni un día más sin que sepas que cada día te echo más de menos.

Fíjate cómo será la cosa que hasta extraño tus bufidos cuando algo no sale como tú esperas...

Así que mejor no hablo de tus besos, tus caricias o esa mirada tuya que me derrite con un pestañeo.

No imaginas la de veces al día que te tengo en el pensamiento, es horrible... Todo me encantaría compartirlo contigo: una puesta de sol, un paseo en moto acuática o una canción que de repente suena de fondo, y todo absolutamente todo me recuerda a ti: una pareja que se da un beso, dos que se ríen de pura complicidad o hasta un café bien cargado como a ti te gustan. Y por supuesto, hirviendo.

Es una locura lo que te echo de menos...

Y eso que la relación que tenemos, si lo pienso bien, no puede ser más rara... Quiero decir que aparte de la relación laboral, somos amigos gracias al señor Sombra y amantes por aquello tan maravilloso que pasó...

Pero fue tan cortito... Un solo día de pasión que me ha marcado tanto que no dejo de recordarlo antes de dormir y no hay noche que no acabe

tocándome pensando en ti.

Es terrible...

A ver, que es muy excitante tocarse pensando en ti, pero lo que es terrible es no tenerte...

Yo no sé cómo estarás llevando tú esto, pero yo cada día peor. Es que si por mí fuera me plantaba ahora mismo en Nueva York y te comía enterito.

Pero como hace un calor tremendo en Manhattan, aquí se está de maravilla y es viernes, se me está ocurriendo otra cosa.

¿Por qué no te coges el primer vuelo y pasamos juntos el fin de semana?

Ya sé que me dijiste que volviéramos a vernos cuando pusiera orden en mi cabeza y en mi corazón.

Pues mira, orden no sé, pero locura toda... Y por ti, obviamente, todo mi ser está loco por ti. Y ya no puedo más con esta tortura.

Si vienes este finde ya te cuento más...

Y no es que te esté presionando...

O sí.

Pero es que entiéndeme, te necesito demasiado...

Y este sitio te encantaría, hay unas puestas de sol preciosas, unos cielos estrellados como jamás he visto, un mar que es un sueño, pero le falta algo para ser perfecto y eres tú y solo tú.

Solo espero haber sido lo suficientemente convincente y claro que también solo espero que todavía sigas sintiendo cosas por mí.

Y es que te confieso que veces también tengo miedo a que tus sentimientos hacia mí se hayan enfriado, espero que no.

Y te espero en las Bahamas...

Besos infinitos,

Amanda

Después escribió en la *postdata* que le quería, pero luego lo borró porque prefirió decírselo a la cara, mirándole bien a sus ojazos y envió el mensaje con el corazón latiéndole bien fuerte.

Y al momento, cuál no fue su sorpresa que recibió la confirmación de que él había leído el mensaje.

Si bien, no respondió absolutamente nada...

Es más, Amanda se quedó esperando a recibir alguna respuesta hasta que a eso de las cuatro de la mañana le venció el sueño y por qué no decirlo, también la decepción y la tristeza.

Porque qué le habría costado dedicarle alguna palabra... Un saludito, una palabra cariñosa, algo... Y no ese maldito silencio que la tenía rota...

Y es que a pesar de que sabía que David era un tío de palabra y le había advertido de que no hablaran hasta que lo tuviera todo clarísimo, ella en su mensaje había sido totalmente sincera y creía que al menos se merecía unas palabras.

Aunque fuera una negativa en toda regla a viajar a las Bahamas, porque prefiriera un reencuentro en Nueva York. Pero todo, menos ese silencio angustiante que la había dejado hecha polvo.

Pero lo peor vino a la mañana siguiente ya que, después de pasar una noche con pesadillas con David de protagonista, decidió salir a correr por la playa para sacudirse un poco el estrés, y sucedió algo muy desagradable.

Cuando llevaba media hora corriendo, bajo un sol que empezaba a picar, vio que alguien se acercaba hacia ella y por poco no le dio algo ahí mismo.

Y es que en medio de esa playa donde no había apenas gente, de repente apareció la persona que más daño le había hecho en la vida.

Y quiso que la tierra se la tragara...

Si bien en su lugar, se caló más la gorra, se ajustó bien las gafas y rezando para que no la reconociera siguió corriendo a toda velocidad, aunque de poco sirvió. Pues para su más absoluto horror cuando ya el encuentro era inevitable, él se paró en seco frente a ella, y la obligó a detenerse.

—Amandita, tú siempre tan atolondrada... pero ¿es que no me ves?

Amanda miró a Michael y sintió un asco tan profundo que por poco no vomitó ahí mismo.

Luego, volvió a mirarle con sumo desprecio y le gritó nerviosa:

—¡Vete a la mierda!

Y quiso seguir con la carrera, pero él se puso de nuevo en medio, obstaculizándola y soltó una carcajada de lo más odiosa:

—¿Pero qué modales son esos, señorita Klein? ¿Y qué demonios haces aquí? ¿De dónde has sacado el dinero para veranear en las Bahamas? Porque imagino que sigues sin encontrar trabajo... Dudo mucho que haya alguien que quiera contratar a la secretaria más incompetente, inepta y fondona de todo Manhattan.

Amanda apretó fuerte los puños y con unas ganas horribles de huir, le exigió:

—¡Quítate de en medio, cabrón!

Y tras decir esto, hizo un movimiento rápido, logró zafarse de él por un momento, si bien él corrió tras ella y la agarró fuerte por un brazo, haciéndole daño.

—¿Dónde vas con tantas prisas, estúpida? ¿Pero tú quién te crees que eres para tratarme así?

Amanda tiró fuerte del brazo para librarse de su ex, pero él la agarró con más fuerza todavía:

—¡Suéltame! ¡Déjame en paz!

Michael se echó a reír y luego le dijo, mientras la empujaba fuerte hacia él, tanto que sus bocas estaban casi pegadas:

—Tendrías que dar gracias porque quiera tocarte... ¿Tú te has visto bien? Por mucho ejercicio que hagas siempre estarás fofa, eres el tipo de mujer que nadie tocaría ni con un palo. Yo lo hice porque me compadecí de ti, me diste mucha pena y ¿cómo me lo pagaste, cerda traidora?

Amanda se estaba ya sintiendo tan violenta con esa situación que le exigió dispuesta a todo, porque a pesar de que tenía miedo, su furia era muchísimo más grande:

—¡Suéltame, Michael! ¡No te lo repito más!

—Vaya... ¿Desde cuándo tienes agallas, gusanita?

Amanda ya sí que no pudo más y le metió tal patada con la rodilla en sus partes a ese despojo de ser humano que el grito que pegó se escuchó en toda la playa.

Luego se dobló de dolor y Amanda se echó con correr, para dejarle atrás y ya en lugar seguro dar parte a la policía.

No obstante, cuál no fue su sorpresa cuando al poco, escuchó a Michael gritar otra vez, se giró y vio que estaba en el suelo con la nariz rota sangrando y David frente a él, agitando al aire el puño con el que le acababa de partir la cara...

Amanda con el corazón a mil de la ilusión que le hizo ver a David, corrió hacia él, saltó a sus brazos y llorando de emoción preguntó:

—¿Estás bien?

David la besó con desesperación y replicó muy preocupado:

—Ahora que te tengo en mis brazos, sí...

Capítulo 32

Luego Michael se levantó y, con la cara ensangrentada y una mirada furibunda, le gritó a Amanda:

—¿Este es el tío que te estás tirando, zorra? ¿Por eso me dejaste? Pues que sepas que tiene que tener a otras tantas como tú, mejor dicho: mucho mejor que tú, que debes ser el peor de sus polvos.

David fuera de sí, se fue a por ese hombre que había logrado sacar lo peor de él, lo agarró por las solapas de la chaqueta deportiva que llevaba y le gritó furioso:

—¡Cierra la boca de una vez o no respondo de mis actos!

La mirada de David contenía tanta rabia que Michael apretó los dientes y dio un paso atrás para apartarse de él.

—Esa chica no es quien piensas, parece dulce y buena, pero te acabará dejando tirado como una colilla.

David le miró con sumo desprecio y replicó con ganas de que ese hombre desapareciera de una vez de sus vidas:

—¡Tú sí que eres una colilla! ¡Eres el ser más repugnante que he conocido en mi vida! ¡Y más te vale que no te volvamos a ver en la vida, porque la próxima vez no seré tan compasivo contigo! Y para asegurarme de que así sea, vamos a denunciar lo que ha sucedido. Lo he visto todo, cómo la agarrabas, cómo la zarandeabas, cómo no la dejabas marchar y te va a salir muy caro. Ahora mismo voy a llamar a mis abogados para que se pongan a trabajar...

Luego, soltó a ese ser despreciable que se apartó de él, dando pasos cortos hacia atrás y se dio la vuelta. Si bien, antes de irse definitivamente, le gritó a David:

—¡Ella no merece la pena y te acabará traicionando!

Pero no pudo decir nada más, porque David hecho una fiera fue a por él, lo tiró al suelo y si no lo destrozó fue porque Amanda tiró de él para apartarlo,

mientras le suplicaba:

—¡Déjalo, David, él sí que no merece la pena!

—¡No voy a permitir que te denigre, no lo voy a consentir! —exclamaba David que seguía zarandeando a ese tiparraco.

Si bien Michael, aprovechando que Amanda dio un fuerte tirón del brazo de David, logró zafarse de él por un instante y salió corriendo como lo que era: un cobarde.

Acto seguido, Amanda que estaba muy nerviosa se abrazó a David que tenía las manos doloridas...

—No tenías que haber entrado al trapo de sus provocaciones.

—Tranquila que hoy ha aprendido bien la lección. Te aseguro que no va a volver a molestarte en la vida.

—Era la última persona que pensaba encontrarme aquí... Debe estar de vacaciones... Salí a correr porque he pasado la noche sin pegar ojo y creí que así me despejaría, pero lo que menos podía imaginarme es que iba a toparme con él. Cuando he visto que venía hacia mí, he sentido que el infierno se abría bajo mis pies... Te lo juro...

—No me extraña. Pero ha recibido lo suyo...

—No sabía que peleabas así —dijo Amanda, cogiendo la mano que estaba un poco hinchada.

—Hago boxeo para relajarme. Y si no llegas a estar tú, te juro que no sé lo que habría hecho con ese canalla.

—Volvió a insultarme, a humillarme y a despreciarme, pero sus palabras ya no pueden hacerme el más mínimo daño —aseguró Amanda, besando la mano de David.

—Y ya he visto lo bien te has librado de él, menuda patada le has dado.

—Pensaba llamar a la policía en cuanto estuviera en un lugar seguro. Pero has aparecido tú...

—No he podido reprimir mis más bajos instintos. He visto toda la escena de lejos, he corrido hasta quedarme sin aire hasta ti, pero cuando lo he tenido enfrente es que se me han llevado los diablos.

Amanda le abrazó bien fuerte y le dijo ya respirando mucho más tranquila:

—Lo bueno es que todo ha pasado...

—A él le espera una buena. Le voy a pedir a mis abogados que no tengan piedad con él. Y son muy buenos, los mejores...

—Yo solo quiero que se haga justicia y que no vuelva a hacer daño a

ninguna otra mujer.

—Y se va a hacer, cielo...

Luego, la besó en la boca y ella se aferró a él con mucha más fuerza para hacer el beso más intenso y mucho más profundo.

—¡Qué bien que estés aquí, David! —susurró con los labios pegados a los suyos.

—Me moría de ganas de verte... —confesó él, mirándola enamorado.

Amanda frunció el ceño porque pensaba que era todo lo contrario:

—Como no respondiste a mi mensaje y sabía que lo habías leído, se me pasaron miles de cosas por la cabeza. Y todas horribles... Pero cuando te he escuchado gritar... ¡Dios mío! ¡No me lo creía! ¡Tú aquí! ¡Cuándo has llegado?

David se echó el pelo hacia atrás con una mano, sonrió con esa sonrisa maravillosa que a ella le derretía y respondió:

—Llegué anoche. Cuando recibí tu mensaje estaba ya aquí, pero no quise decirte nada para darte la sorpresa.

Amanda abrió los ojos como platos y luego con un gesto muy gracioso le regañó:

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Tú sabes qué noche tan horrible he pasado?

—Lo siento. Además, Brenda me dijo que no te comentara nada, que así te haría más ilusión.

Amanda frunció el ceño, pensando que su amiga no podía ser más traidora, y replicó:

—¿Brenda estaba al tanto de todo?

—Hablo con ella a diario, varias veces al día, no podía estar sin saber de ti.

Amanda no pudo evitar soltar una carcajada y luego refunfuñó:

—Eres un tramposo. Teníamos un pacto. Además, tú pusiste las condiciones.

—Sí, porque soy idiota. Pensé que iba a soportar estar sin saber de ti, mientras te aclarabas. Pero estaba terriblemente equivocado... No soporté ni una mañana, y llamé a Brenda para que me contara...

Amanda se llevó la mano a la cabeza y comentó temiéndose lo peor:

—A saber las cosas que te ha contado...

—Me decía que llevabas fatal la ausencia, que pensabas en mí a todas

horas y ayer ya me confesó que no podías más. Me rogó que viniera, porque la verdad es que yo estaba igual... Me vio tan desesperado y al parecer tú estabas lo mismo que me aseguró que éramos memos y que dejáramos de una vez de perder el tiempo. Y me cogí el avión...

—Memos del todo, en eso tiene razón. Pero mira que aconsejarte que no respondieras a mi mensaje... He llegado a pensar que pasabas de mí, que estabas con otra, que ya me habías olvidado...

David la besó con fuerza para que no le quedara ninguna duda de sus sentimientos y luego le aseguró:

—Eso jamás va a suceder, Amanda. Y es que te quiero, te amo con toda mi alma...

Amanda sintió que le daba un vuelco al corazón y le devolvió el beso con la misma intensidad y pasión con la que él se lo había dado.

—¡Dios mío, no puedo creerme que estés aquí!

David se apartó un instante de ella, se quitó la camisa y el bañador y se quedó completamente desnudo.

Amanda se quedó alucinada al ver ese cuerpazo otra vez, sudoroso, trabajado y perfecto... Tan alucinada que se quedó sin palabras, mientras David le pedía:

—¡Quítatelo todo, vamos al agua! Esta playa es nudista...

Amanda que ni se había percatado de que estaba en una zona nudista y además que jamás se había atrevido a quitarse siquiera la parte de arriba del bikini para tomar el sol, farfulló:

—Pero es que yo, jamás he hecho nada parecido y...

Y nada, porque solo tuvo que mirar a los ojos de David, ávidos de todo, para caer en la más tremenda de las tentaciones.

Así que ni lo pensó más, se quitó la camiseta, los pantalones cortos, la ropa interior y las zapatillas y ya desnuda completamente, le dio la mano...

Y se fueron al agua...

Capítulo 33

Amanda que en la vida se había bañado desnuda, entró en el agua con una mezcla de sensaciones de lo más extraña. Y David lo notó:

—Si no estás cómoda, nos volvemos a casa. Entiendo que el incidente con ese cerdo no ha podido ser más desagradable, pero pensé que te relajarías en el agua.

—Lo de Michael ha sido un espanto, pero ya ha pasado gracias a Dios. Y ha pasado en todos los sentidos porque estoy aquí a plena luz del día, desnuda, después de que ese hombre se haya metido con mi físico y lejos de sentirme mal, me siento mejor que nunca con mi cuerpo.

—Es que no debes sentirte de otra forma, porque tienes un cuerpo divino...

—No sé si tanto pero...

David se detuvo, la abrazó pegándola contra su cuerpo y le recordó:

—Yo si lo sé, y me vuelve loco... Es más, podría volver loco a cualquiera...

Amanda le abrazó, sintiendo el poderío de ese hombre con el que se había sentido segura desde el primer momento:

—Tú sí que me vuelves loca a mí...

David la tomó por la barbilla y habló preocupado:

—Pero algo te sucede, te noto rara...

—Aparte de lo de Michael, es que todavía no me creo que estés aquí. Entiende que hace unas horas estaba angustiada con la idea de que no volvería a estar contigo... Y se me hace tan raro todo...

—Si quieres me voy... —comentó David, risueño.

—No, por favor. Que demasiado tengo con lo que he sufrido estos días sin ti.

—Pues no te cuento yo, pero no sabía cómo hacer para gestionar mejor lo que nos estaba pasando. Y pensé que estos días de reflexión eran lo mejor...

—A mí me ha servido para darme cuenta de lo mucho que me importas, de lo que te necesito, de lo que te extraño, de lo que te deseo y también de lo que te quiero.

David se quedó mirando a esa mujer, que le había cambiado la vida entera, con el corazón latiendo con fuerza y replicó:

—Y yo, Amanda, te quiero con todo mi corazón.

Luego la agarró por el cuello y la besó devorándole la boca...

Así estuvieron besándose con pasión, mientras con las manos se acariciaban las pieles ávidas de todo.

El agua les llegaba al pecho, así que nadie podía ver que David estaba pellizcando de una forma exquisita los pezones durísimos, mientras ella agarraba con fuerza la potente erección...

Aparte de que en ese momento no había ni un alma todavía en la playa, por eso se miraron y supieron que los dos querían lo mismo.

Él la agarró por las caderas, la levantó, ella rodeó el cuerpazo de ese hombre que la miraba con un deseo infinito y se quedaron mirándose.

—Me muero por hacerlo —confesó ella, mientras que movía las caderas para frotarse contra la erección.

—Y yo... No imaginas cuánto lo deseo... No hay día que no me haya masturbado pensando en ti.

—Ni yo —confesó Amanda al tiempo que seguía restregándose contra esa dureza.

David, entonces, se llevó un pecho a la boca y mordisqueó el pezón hasta hacerla gemir, luego hizo lo mismo con el otro y ella creyó que iba a correrse ahí mismo con esas caricias tan excitantes.

Pero no lo hizo... Porque David la dejó en el suelo, le dio la vuelta y deslizó la mano hasta el pubis que presionó con fuerza.

Acto seguido, pasó a estimularle el punto que le había descubierto la otra vez y ella creyó derretirse de puro placer.

Con habilidad extrema, él estuvo acariciándola hasta que la sintió tan excitada, que presionó varias veces el clítoris durísimo y ella estalló en un orgasmo que él sintió perfectamente por cómo apretaba sus dedos.

Después, retiró la mano, la besó con la toda la pasión que cabía en su pecho, y de nuevo la cogió en volandas para sacarla del agua y dejarla en la orilla.

Allí, fue a por un condón que tenía en su cartera y se lo puso mientras las

olas lamían el sexo de Amanda que tenía medio cuerpo en el agua y medio en la arena.

Luego se tumbó sobre ella, enterrándose profundo y lento, y hasta el fondo...

Ella gimió y con los ojos llenos de lágrimas de la emoción y el corazón latándole con fuerza, le pidió:

—Ámame, David, ámame...

Y David le hizo el amor como ella se lo estaba pidiendo, con pasión, con dulzura y con entrega extrema.

Dándosele todo, penetrándola con contundencia y fuerza, mientras las olas rompían en sus cuerpos fundidos...

Se comían las bocas, se mordían los labios, se devoraban a lengüetazos, a la vez que hacían el amor con el deseo infinito que ardía en sus corazones.

Deseo y ese sentimiento tan grande que día a día se estaba haciendo más fuerte y al que ninguno de los dos tenía miedo.

Con esa convicción, se hicieron el amor de una forma loca y salvaje, tanto que cuando ya no pudieron más, rodaron sobre sus cuerpos, ella se colocó sobre él a horcajadas y comenzó a moverse desesperada, mientras él descendía con la mano hasta el clítoris.

Estaba muy duro, tanto, que tuvo que golpetearlo unas cuantas veces, para provocarle tal orgasmo que convulsionó al mar entero.

Después, ansiosa por regalarle también ese placer a su hombre, Amanda con el cabello cayendo sobre sus pechos de una manera que no podía ser más sensual, se comenzó a mover con la furia de un mar bravo, con rabia, enloquecida y desesperada, hasta que de la fricción se corrió otra vez, y con su orgasmo llegó el de David, que gritó en mitad de esa playa, que la amaba.

Amanda, cayó exhausta y saciada sobre el pecho de David y replicó enamorada como jamás lo había estado:

—Y yo, David. Te amo...

Acto seguido, una ola más grande los cubrió enteros y ellos se lo tomaron de la mejor manera posible:

—El mar nos bendice con esta unión... —dijo David mientras se retiraba unos mechones de pelo de la cara.

—Es que hay mucho amor... —replicó Amanda con una sonrisa enorme y los pelos revueltos.

Luego, los dos se pusieron de pie, se abrazaron y se quedaron unos

instantes contemplando la infinitud del mar, extasiados...

—Cuánta belleza —susurró David, conmovido.

Amanda suspiró porque aquello no podía ser más hermoso:

—Me moría por compartirla contigo... Sabía que te iba a encantar...

—Es perfecto y más abrazado a ti. Y te juro que voy a luchar para que lo nuestro sea como este mar. A veces bravo, otras en calma, pero siempre infinito y grande, siempre mágico y esplendoroso.

Amanda tragó saliva porque las palabras de ese hombre tan *sexy* con esa voz que era para correrse ahí mismo le conmovieron hasta lo más profundo:

—Madre mía, señor Sinclair... Tú nunca te conformas con medianías. Todo a lo grande...

David sonrió feliz como no recordaba y luego le dijo abrazándola con fuerza:

—No sé hacerlo de otra forma...

—Gracias por tanto, David. Jamás imaginé que podría tener sexo en la playa, a la luz del día, sintiéndome a la vez más fuerte y poderosa que nunca... Y todo te lo debo a ti...

David la besó en la boca y luego le recordó:

—Tú eres la que lo has hecho todo, tú sacaste de tu vida a ese patán, tú curaste tus heridas, tú aprendiste a quererte y luego llegué yo para amarte... Y al hacerlo, mi vida cambió para siempre. Y me hiciste mejor, tu amor me hace mejor, me ha dado esperanza, confianza, fe, fuerza y ganas. Y ahora creo en la vida, me he reconciliado con todo. Joder, Amanda, te debo tanto... Yo sí que te debo...

Capítulo 34

Y Amanda había cambiado tanto la vida de David que, por primera vez en mucho tiempo, decidió tomarse una semana de vacaciones que pasó junto a ella en las Bahamas.

Amanda decidió mudarse a su maravilloso hotel de lujo y pasar los siete mejores días de su vida junto a ese hombre que cada día la tenía más y más fascinada.

Porque la conexión era maravillosa y a todos los niveles, cada día eran más cómplices, se lo pasaban genial juntos y tenían la sensación de que se conocían desde siempre.

Además, con David cada día era una aventura, siempre hacían cosas diferentes, sorprendentes y... excitantes.

Muy excitantes, como el día en que fueron a comer ostras a un restaurante de postín y antes de que llegaran los postres, él tuvo la ocurrencia de llevarla a un reservado...

—Las ostras potencian el sabor de nuestras esencias, por eso te he pedido que te pongas el huevo de jade que te he regalado...

Y esa era otra, los regalitos morbosos que le hacía como ese huevo que se había puesto antes de ir a almorzar y que ahora él le estaba sacando con su boca...

—Madre mía, si me llegan a decir que iba a hacer estas cosas... —musitó ella, que estaba temblando de pura excitación.

—Si quieres lo dejamos...

Amanda le miró y exclamó convencida:

—¡Ni se te ocurra! ¡Por nada del mundo me lo perdería!

—Ni yo, siempre estás deliciosa, pero hoy después de las ostras... Esto es un auténtico pecado.

Y tras decir esto, volvió a su sexo, la liberó del bendito huevo que la tenía

al borde del orgasmo y que le había procurado uno de los momentos más morbosos de su vida, y luego David la sentó en una mesa.

Amanda ansiosa por sentir mucho más, lo miró rendida, él le abrió las piernas, y enterró la cabeza en su sexo que devoró con tal pericia, que solo tuvo que golpetear lo justo y preciso el clítoris hinchido, para arrancarle tal orgasmo que por poco no perdió el conocimiento.

Pero no lo hizo...

En su lugar, cayó de rodillas ante él, le abrió la cremallera del pantalón, sacó la erección grande y dura y comenzó a devorarla.

Primero un poco, hasta que sus mandíbulas fueron cediendo y aquello fue a más, y más, y más...

Aceptó con una generosidad extrema, lamió, chupó, estimuló, hasta que llegó un punto en que sabía que iba a suceder y se lo pidió con la mirada.

Necesitaba sentirle muy adentro y él la complació, se derramó entero en el fondo de su garganta y ella tragó hasta la última de sus esencias.

—Tenías razón, después de las ostras el sabor es diferente... Es más intenso... Es mucho más especial... —dijo Amanda lamiéndose los labios con la punta de la lengua.

David la miró enamorado perdido, y la besó desesperado en la boca que sabía a él, y absolutamente convencido de que ella sí que era especial.

La mujer más especial que había conocido en su vida...

Era valiente, arriesgada, generosa, entregada y le encantaba descubrir cosas nuevas, ir más allá de sus límites...

Como la penúltima noche de sus vacaciones, en que ella le confesó que se había pasado todo el día con un dildo anal y que quería que se lo quitara.

David se puso duro solo de escuchar que le había hecho semejante regalo, luego se quitaron las ropas entre besos de lo más apasionados y acabaron los dos tumbados bajo las estrellas en la terraza, donde nadie podía verles.

Allí David después de estimularle bien los pezones, descendió con la mano hasta el sexo de Amanda que estaba preparado para recibir las caricias más procaces. Por eso, después de hundir dos dedos en su interior, comenzó a tocar ese punto hasta hacerla gemir de una forma tan salvaje, que supo que había llegado el momento de estimular bien el clítoris para que aquello fuera la locura.

Como así fue, porque ella levantó las caderas, apretó fuerte las nalgas y cuando David ya estaba sintiendo las primeras contracciones de un orgasmo

feroz, sacó los dedos y un chorro viscoso brotó del interior de esa chica que lo daba todo.

Amanda, desbordada por tantas sensaciones, lloró mientras le besaba y le daba las gracias por darle tanto...

—Al revés, soy yo el que tiene que darte las gracias a ti —aseguró David.

Y tras besarla, se levantó a por una toalla para limpiarle los muslos con mucho mimo.

Después, retomaron los besos y las caricias hasta que de nuevo se excitaron tanto que David cogió un condón de la cartera que tenía a mano, se lo puso y tumbándose encima de ella comenzó a hacerle el amor.

La sensación para Amanda fue maravillosa porque se sintió más llena que nunca, y más cuando David empezó a hacérselo al rato con mucha más contundencia.

Era tan excitante, que le arañaba y le pedía más y más...

Y él se lo dio...

Porque sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo, por eso se salió de su interior, le dio la vuelta y ya con Amanda de espaldas y, con mucho cuidado, le sacó el dildo.

Al hacerlo, ella gimió y él se estremeció al comprobar hasta qué punto había trabajado la zona.

Con todo, cogió un tubo de lubricante que había dejado ella junto a una mesita y lo vertió de forma generosa...

Amanda se estremeció pero más que por lo fría que estaba esa sustancia, que por lo que estaba por venir.

Ella jamás lo había hecho de esa forma, pero quería probarlo todo con David, quería experimentarlo todo, dárselo todo...

Por eso, cuando él introdujo un dedo y luego otro en su estrechez dilatada y estuvo un rato penetrándola, le supo a poco, muy poco y le pidió mucho más.

Si bien David no se lo dio, hasta que notó que su anillo de músculos estaba ya lo suficientemente preparado como para aceptarle.

—Ahora sí que estás lista, Amanda...

Amanda respiró hondo, estremecida de solo pensar en lo que estaba por venir, él se quitó el condón y colocó su miembro en la entrada del estrecho orificio.

Luego, empujó un poco y enterró hasta la mitad mientras ella arqueaba la

espalda de lo electrizante que era la invasión. Pero lo quería todo y se lo pidió...

David poco a poco fue penetrándola hasta que llegó hasta el final, donde ella sintió que aquello no podía ser más fuerte.

Era una mezcla de sensaciones que estaban más allá de todo lo que había experimentado hasta el momento. Y sabía que podía ser aún mejor... Por eso, le suplicó:

—Házmelo, por favor...

Y él se lo hizo, comenzó a penetrarla cada vez con más profundidad, cada vez más duro, cada vez más implacable, mientras ella gritaba desbordada por un aluvión de sensaciones.

Pero lo mejor llegó cuando de la fricción del pubis contra el suelo, le hizo sucumbir a un orgasmo tan fuerte que él lo sintió perfectamente.

Y precisamente al notar la presión de esas contracciones orgásmicas apretando fuerte su miembro, ya sí que no pudo más y se corrió dentro de ella gritando fuerte, alto y claro que la amaba...

La amaba como jamás había amado a nadie...

Después, se tumbó a su lado, ella se giró también y se quedaron los dos con la vista puesta en las estrellas.

Seguidamente, David la tomó de la mano y sintiéndose tan feliz como no recordaba dijo:

—Eres fascinante, Amanda. Cómo te entregas, tu pasión, tu fuerza, tu generosidad... Jamás he conocido nada igual y no sabes cuánto me alegro de que gracias a tu teoría del beso estemos juntos.

Amanda sonrió igualmente feliz y luego le recordó:

—Fue tu logaritmo el que me llevó hasta ti, porque si no llegas a diseñar la aplicación en la vida habría sucedido esto.

David enarcó una ceja y preguntó con suma curiosidad:

—¿No te podías haber enamorado de mí? Quiero decir del señor Sinclair: tu jefe borde y estirado...

Amanda negó con la cabeza y reconoció:

—Si no llego a conocer antes al señor Sombra habría sido imposible. Yo solo veía tu fachada, por eso te digo que gracias a tu invento llegó el beso perfecto.

—Digamos mejor que los dos pusimos de nuestra parte para dar con la fórmula de un beso perfecto.

Amanda sonrió de oreja a oreja y replicó:
—El beso más perfecto y hermoso de todos.

Capítulo 35

Pero las vacaciones tocaron a su fin, llegó la hora de volver a la rutina y eso era algo que a David le tenía muy preocupado.

Tanto que le la última noche le planteó a Amanda algo que llevaba días y días pensando...

—Estos días contigo han sido lo mejor que me ha pasado en la vida. He vuelto a sentirme a tan feliz como cuando era niño y todavía no había sufrido el zarpazo horrible de la muerte de mi abuela y de mi madre. Como sabes, creo que ellas además han propiciado esto y estoy agradecido al universo entero por darme otra vez la oportunidad de ser feliz. Pero toca regresar al trabajo y sé lo que te agobia la idea de que trabajemos juntos.

Amanda que estaba junto a él tomándose un mojito sentada la hamaca cama de un club de lo más elegante, precisó:

—No es que me agobie...

—No sé cuál es la palabra exacta, pero sé que te incomoda por eso he pensado para que no sea ningún obstáculo para nuestra relación que dejes la empresa.

Amanda le miró con una cara de pasmo tremenda porque para nada estaba conforme con esa decisión:

—No quiero dejar la empresa...

—Conozco que es lo que piensas, sé de tu juramento y bien pensado corremos el riesgo de llevarnos los problemas del trabajo a casa. No creas que es una decisión que he tomado a la ligera, la he meditado muy bien durante estos días de tregua. Por eso, he pensado que lo mejor es que dejes el trabajo, pero tranquila que te he encontrado algo estupendo. Y un jefe mucho mejor que yo... La secretaria del señor Bristol, un gran amigo de mi padre, se jubila y necesita a alguien como agua de mayo. Le he hablado de ti y me ha dicho que estaría encantado de trabajar contigo. Es un abogado prestigioso, un hombre

justo, bueno, sabio y generoso con el que vas a aprender mucho más que conmigo. Si quieres mañana le llamo, para concertar una entrevista lo antes posible, porque les urge que te incorpores ya mismo.

Amanda se puso muy triste de repente y tras dar un sorbo a su bebida, le confesó a David:

—Te agradezco que te hayas tomado la molestia de buscarme un trabajo y todo, pero no lo puedo aceptar.

David frunció el ceño, como siempre que algo le contrariaba y replicó sin entender su negativa:

—Comprendo que quieras hacer las cosas por ti misma, eso te honra, pero te garantizo que no vas a encontrar un trabajo mejor que al lado del bueno del señor Bristol.

Amanda que estaba frustrada porque no pudiera entenderla matizó:

—Es que no quiero encontrar ningún otro trabajo.

David abrió los ojos como platos porque aquello era completamente nuevo para él:

—¿Quieres tomarte un tiempo sabático? ¿Quieres dedicarte a estudiar? ¿Quieres montar tu propia empresa?

Amanda respiró hondo y le abrió el corazón de par en par:

—No quiero irme de la empresa. Ya sé que hice ese maldito juramento, pero por una mala experiencia del pasado no voy a arruinar mi vida presente. Soy muy feliz en la empresa, me apasiona mi trabajo, he hecho amigos como Brenda y Peter, y me encanta trabajar contigo. Eres el jefe más insoportable que pueda tener nadie, sin embargo te juro que no te cambiaría por ningún otro.

David al escuchar aquello, se estremeció de la emoción, porque él tampoco quería que se marchara de la empresa, pero si era su decisión: tenía que respetarla.

No obstante, ahora que había cambiado de opinión se sintió más feliz si cabe:

—Ni yo te cambiaría tampoco... Pero tu felicidad es mi prioridad, y si te suponía un hándicap estar trabajando con nosotros, estaba dispuesto a todo... Aunque me doliera en el alma porque me muerdo por compartir contigo todo el tiempo posible...

—Eso lo dices ahora... Pero cuando estés conmigo a todas horas, en el trabajo y en casa... Ya me dirás...

David se quedó perplejo al escuchar la palabra “casa” pues a pesar de que deseaba como nada el mundo que se fueran a vivir juntos, todavía no habían hablado el tema.

Además, ella era tan conservadora que hasta había urdido otro plan. Por eso preguntó alucinado:

—Perdona ¿pero has dicho “casa”?

Amanda sonrió de oreja a oreja y al momento se excusó:

—Perdona si a lo mejor te parece demasiado pronto. Pero estos días hemos estado tan bien que me encantaría seguir viviendo contigo. No sé, a lo mejor te parezco una loca...

—Pues yo estoy loco también, porque deseo lo mismo. Después de estos días no concibo despertarme sin ti, es que no puedo... Y creo que ya somos lo suficientemente mayorcitos como para saber qué es lo que queremos. Por mi parte, no solo estoy preparado para compartir mi vida contigo, sino que estoy deseando hacerlo... Y tal es mi convencimiento que te he traído a este sitio especial, bajo este cielo estrellado maravilloso, para pedirte... Espera...

David se echó mano al bolsillo de la chaqueta de lino que llevaba y sacó una cajita que ponía Cartier.

Amanda se quedó mirando a la cajita y se puso a temblar entera porque aquello no podía ser.

—Dios mío, David. ¿Eso no será lo que pienso que es? —preguntó llevándose la mano a la boca de la ansiedad.

David entonces abrió la cajita y apareció un anillo de impresión de oro blanco y diamantes que a ella le dejó con la boca abierta.

—Si pensabas que era un anillo de compromiso, lo es... Estos días han sido tan especiales para mí que me he dado cuenta de que quiero pasar el resto de la vida contigo. Y como sé que eres una chica convencional, chapada a la antigua, con tus valores y tus principios, debemos de formalizarlo y hacer las cosas como Dios manda, por eso...

David se levantó y clavó una rodilla en el suelo:

—¡Madre mía! —exclamó Amanda, muy nerviosa—. Dime que no estoy soñando, David. Dímelo...

—Me temo que no. Soy yo. Tu jefe, estirado y borde, pidiéndote que te cases conmigo.

Amanda le miró con los ojos llenos de lágrimas y el corazón latiéndole con fuerza:

—Ay, no hace falta, de verdad. Quiero decir que soy una chica tradicional, pero puedo irme a vivir contigo sin necesidad de pasar por el altar.

—Ya, pero es que lo quiero todo. Quiero vivir contigo y el compromiso matrimonial. Lo tengo tan claro, Amanda... No necesito ni más tiempo, ni nada de nada... Eres tú. La mujer que llevo toda la vida esperando, así que para qué perder más tiempo.

—Desde luego que sabes lo que quieres...

David la miró expectante, con el anillo en la mano y la rodilla aún en el suelo y preguntó:

—Y ¿tú no?

Amanda solo tuvo que mirarle a los ojos para saber que lo que quería lo tenía justo enfrente, por eso contestó:

—Yo sí, claro que sí. Quiero seguir en la empresa, quiero compartir mi vida contigo y por supuesto que quiero casarme también. Pero va a ser todo una locura, te lo adelanto ya...

David se echó a reír, le cogió la mano y le puso el anillo en el dedo corazón que le sentaba a la perfección:

—Klein, tú siempre sacándome de mis casillas. No me puedes decir un sí, claro y alto. Tienes que estar poniendo la puntillita...

Ella con la vista puesta en el anillo que no podía ser más bonito, replicó risueña:

—Y tú siempre refunfuñando... Para no perder las buenas costumbres, señor Sinclair.

—No tenemos remedio, pero somos jodidamente compatibles. Así que no nos queda otra que aceptarlo y ser asquerosamente felices. ¿Y ahora, me vas a dar un beso como prometida de una vez, que me estoy fastidiando la rodilla?

Amanda se partió de risa, le cogió por las solapas y le pegó tal beso en los labios que los dos sintieron que si la felicidad existía, se tenía que parecer muchísimo a eso que estaban sintiendo en ese momento.

Capítulo 36

De vuelta a la oficina, los días transcurrieron con mucho trabajo, pero ambos estaban encantados.

Enseguida se pusieron al día con los asuntos de la empresa y la mudanza que, aunque fue fatigosa, se la despacharon en una semana.

—Parece mentira la cantidad de ropa y libros que puede albergar ese zulo en el que vivías... —le comentó él, una mañana, después de que Amanda le llevara el café cargado y ardiendo como siempre.

—Oye, señor Sinclair, un respeto que mi apartamento era minúsculo pero muy decente.

—No, si yo no pongo en duda su decencia, ni le faltó al respeto tampoco... Al contrario, admiro lo elástico que es... Jamás imaginé que pudiera caber tantísimo dentro... Y has tenido suerte, menos mal que vivo en un apartamento enorme, para meter todo lo que traes.

Amanda se partió de risa, miró con cariño a su ogro amoroso, se acercó a él y se enganchó a su cuello diciendo:

—El que has tenido suerte has sido tú, que desde están mis cosas por fin tu casa parece eso... Una casa... Por favor, si es que lo tenías decorado de una forma tan fría que parecía eso un tanatorio...

David esbozó una sonrisa traviesa, arqueó una ceja y replicó:

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta tu sinceridad, Klein?

—Unas cuantas.

Luego, le besó apasionada, un beso largo, húmedo y profundo y luego él opinó:

—No me digas que no tiene ventajas esto de mezclar placer y deber.

Amanda, con los labios pegados a los suyos, replicó divertida:

—Y tú que querías mandarme con el señor Bristol.

—Para que no faltaras a tu palabra...

—Por una vez que lo haga, no creo que pase nada.

David puso una cara muy graciosa y luego le recordó:

—A mí con tal de que no faltes a la palabra del compromiso matrimonial que tienes conmigo, lo demás me da lo mismo.

—¡Que tengo palabra, por favor! Eso ni lo dudes... Solo he faltado una vez, pero ha sido por una buena causa... ¿No crees?

—Fíjate si creo, que si no estuviera a punto de aparecer el director del banco con el que he quedado a las nueve, ahora mismo te lo hacía contra esa pared.

Amanda se echó a reír, deslizó la mano hasta la entrepierna que estaba durísima y musitó:

—¿Sabes que gracias a la mudanza he encontrado unos conjuntos lenceros de lo más sugerentes que tenía sin estrenar?

David de solo imaginárselo, tragó saliva y le exigió:

—Quiero verlo.

—Me lo he puesto mientras te duchabas, es un *body* de encaje con transparencias... Pero apenas falta un minuto para que llegue tu banquero, y sabes que es muy puntual... Tendremos que dejarlo para después...

David apretó los puños y, mirándola con ganas de todo, farfulló:

—Klein, no me hagas esto...

Ella soltó una carcajada, se desabotonó a toda prisa la camisa que abrió para mostrarle el *body*.

David se quedó mirándola extasiado porque la prenda realzaba todos sus encantos, y loco de deseo, llevó la manos hasta los pechos redondos que amasó y luego pellizó despacio los pezones que pujaban por escaparse a través del fino encaje.

Amanda con los ojos en blanco de puro placer solo pudo farfullar:

—Dios... ¡Qué bueno! Cómo sigas así, voy a acabar volviéndome loca...

—Loco me estás volviendo tú con estas cosas que te pones...

—Ya te advertí de que esto podía pasar.

—Calla que voy a acabar arrepintiéndome de que seas mi secretaria.

Amanda le miró ofuscada y preguntó temiéndose lo peor:

—¿No estarás hablando en serio?

David se echó a reír, la besó en los labios y le susurró al oído:

—Estaba de broma... Por nada del mundo cambiaría lo que tenemos, Amanda. Te amo...

Y ya no pudo decir nada más, porque entró una llamada y solo podía ser de recepción:

—Tu banquero debe estar aquí —dedujo Amanda—. Luego seguimos... Te amo.

Amanda se abrochó la camisa deprisa y tras besar otra vez a su novio salió del despacho y por poco no se chocó con el banquero.

Luego, cuando iba de camino a su mesa se encontró con Brenda que venía a buscarla para contarle algo muy importante.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Sí, claro, dime... —respondió Amanda esperando que fuera algo increíble a tenor de la cara que traía su amiga.

Y es que se la veía con un brillo en la mirada y un relajo facial que solo podía presagiar cosas buenas.

—Verás, se trata de Peter... Resulta que se ha adelantado la fecha del proyecto en la empresa de su amigo en California y se tiene que trasladar la próxima semana.

Amanda lo sintió muchísimo por su amiga, porque sabía que iba a extrañarle muchísimo:

—Jo, pues qué bien que lo encajes de esa manera, porque si David se tuviera que trasladar a otro estado, te juro que me daría algo...

—Toma y a mí.

Amanda pestañeó perpleja y le preguntó porque no entendía nada:

—Quién lo diría porque no se te puede ver más contenta...

—Es que eso es lo que te quiero contar: me voy con él.

Amanda tuvo que agarrarse a la mesa para no caerse de la impresión:

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! ¿Tú? Mi amiga la que pensaba que era de todo punto imposible que tú y él...

Brenda antes de que su amiga siguiera con la perorata le cortó:

—Ya, ya sé lo que me vas a decir. Yo soñaba con encontrar a Don Muermo Perfecto, yo que estaba segurísima de que jamás tendría algo serio cono Peter, que tal y que cual... Pues, nada, nena, que me tengo que meter todas las palabras en el bolsillo y rendirme a la evidencia. Estoy enamorada de él hasta las trancas, estos días en las Bahamas han servido para darme cuenta de que lo nuestro no era un rollo de verano, ni una aventura, ni nada por el estilo. Es algo mucho más fuerte y, aunque he luchado con todas mis fuerzas para negar mis sentimientos, es imposible negar la mayor. Le amo... Y aun cuando sea

cinco años menor que yo, y sea un surfero loquito y aventurero, tenemos muchísimas cosas en común, una complicidad tremenda, una atracción brutal y nos queremos...

Amanda abrazó a su amiga muy contenta por su felicidad y le dijo:

—Amiga, por fin... No sabes lo que me alegro, si es que mira que te lo decía...

—Ya, pero yo estaba obcecada en conocer al Señor Muermazo. Tenía muchísimos prejuicios y me negaba a ver la evidencia. Pero es él, Amanda, ya no tengo ninguna duda.

Amanda celebró que estuviera tan convencida, pero para darle un argumento más de peso, le preguntó:

—¿Y no has vuelto a entrar a la aplicación?

—No. ¿Para qué? Ya te digo que sé que es él...

—Pues yo que tú, antes de irme a California, abriría la aplicación y comprobaría si hay alguien con una compatibilidad tan brutal que tal vez te haga ver las cosas con más claridad todavía.

Brenda entornó los ojos, bastante mosqueada con su amiga, y replicó:

—Tía, no seas bruja, que yo estoy genial con mi Peter. No me vengas con rollos... Yo no abro esa aplicación ni de coña... *Quien evita la ocasión, evita el peligro...*

Amanda insistió, sacó su teléfono móvil y le pidió a su amiga que metiera las claves:

—Confía en mí, anda...

Brenda a regañadientes hizo caso a su amiga, pero convencida de que era un auténtico absurdo. Si bien cuál no fue su sorpresa cuando entró, la aplicación le indicó que había encontrado a alguien con quien tenía un 99% de compatibilidad, abrió el perfil y vio que el candidato era nada menos que: Mister Potato Supersexy...

—Jajajajaja. ¿Pero esto qué es? —preguntó cuando abrió la foto y vio que era Peter subido a su tabla.

—Esto es por si un día te asalta alguna duda, que sepas que la aplicación también dictamina que sois tal para cual...

Brenda se llevó la mano a la barbilla muerta de risa y luego dedujo:

—O sea que igual que yo hablaba a tus espaldas con David, tú estabas también urdiendo cosas con mi Peter...

Amanda se encogió de hombros y reconoció:

—Sí, porque te estabas poniendo de un pelma, amiga. Que sí, se me ocurrió que esto podía ser una forma de darte el empujón definitivo.

—Y seguro que Peter afinó la búsqueda hasta extremos que casi que obligaron al algoritmo a emparejarnos.

—Puso lo de tu afición al helado de pistacho, el cine iraní y cositas así...

Brenda suspiró y luego sonrió porque todo le pareció de lo más tierno:

—Pobre, Peter... Lo que ha luchado por mí. Si es que cómo no le voy a querer...

—Eso digo yo: quiérela porque él te ama con locura.

Brenda con los ojos llenos de ilusión y de amor, reconoció convencida:

—Y yo a él. Fíjate si le quiero que cuando me ha pedido que me marche con él, ni lo he dudado... Con lo que era yo, pero es que ya no puedo seguir negando lo que siento y no quiero separarme de él. No quiero que esto que ha empezado tan hermoso se enfríe por una separación. Además me han ofrecido que trabaje con ellos... Y el proyecto me apasiona... Siento mucho dejar la empresa, espero que David no se enfade...

—Al contrario, se va a poner supercontento cuando sepa que por fin te has decidido... Es más, le dije a Peter una mañana que se fueron a surfear juntos que estaba convencido de que acabaríais juntos. David parece que es un sieso, pero luego es muy sensible y lo pilla todo...

Brenda sonrió de ver a su amiga también tan feliz, hablando así de su jefe:

—Es un gran hombre, siempre te lo he dicho. Y no sabes cuánto me alegro de que estéis juntos, los dos os merecéis ser felices.

—Como vosotros... Exactamente igual. Y me da mucha pena separarnos, pero iremos a veros a California...

—Allí os estaremos esperando... Y a la boda vendremos sí o sí... ¿Tienes ya fecha?

Amanda suspiró porque todavía le parecía mentira que fuera a casarse, pero sí... Y ya tenían fecha...

—David quiere que estemos casados para Navidad... Así que vete reservando el último fin de semana de noviembre...

—Jajajajajaja. Pues sí que va todo rápido... ¿Y no tienes vértigo?

Amanda también se echó a reír y solo pudo responder con la verdad:

—Cuando las cosas se hacen con el corazón, todo sale bien.

—Yo he tardado un poco en pillarlo, pero es así... El corazón no se equivoca. Y los besos tampoco... ¡Qué razón tenías!

—Es que los besos son infalibles. Así que estoy tranquila, feliz y confiada... Y puede que también un poco loca, pero eso lo hace mucho más divertido...

Brenda se echó a reír y la entendió perfectamente...

EPÍLOGO

A finales de noviembre, Amanda entró en la iglesia de su barrio en Detroit, decorada con preciosas flores blancas, del brazo de su padre que estaba muy emocionado.

David en cuanto la vio aparecer con un traje de corte sirena y escote barco, que resaltaba todos sus encantos, se quedó sin respiración porque jamás la había visto tan bella.

Amanda le sonrió a punto de llorar y él tuvo que tragar saliva para reprimir las lágrimas.

Sabía por lo que esa mujer había pasado para llegar hasta ese momento, como ella sabía también muy bien lo que su hombre había sufrido, y los dos se sintieron muy orgullosos el uno del otro.

Ambos habían logrado luchar contra sus particulares fantasmas, los habían vencido y ahora más fuertes y más sabios se enfrentaban a una nueva etapa en su vida.

Y así unidos y con el convencimiento de que fuera lo que fuese lo que la vida les deparara, iban a estar siempre ahí para enfrentarlo absolutamente todo, se dieron el sí quiero.

Luego se marcharon de luna de miel por Europa donde pasaron sus primeras Navidades solos...

Las primeras y las últimas, porque para las siguientes llegó Grace, el primer retoño de la pareja, una niña preciosa, larga y delgada como una sombra, que hizo las delicias de todos...

Y que se llamó así por la abuela de David...

No podía ser de otra manera porque sentía que ella junto a su madre, desde el cielo, velaban por ellos sin descanso, que siempre estaban ahí protegiéndolos y cubriéndoles de bendiciones.

Y la verdad es que no podían ser más felices...

O sí...

Porque cuatro años después, llegó Susan la segunda hija del matrimonio, una pelirroja vivaracha y de carácter a la que llamaron como a la madre de David y que les colmó de una felicidad absoluta.

Y así, unos años después, una tarde verano, calurosa y soleada, cuando las niñas chapoteaban en la piscina de la casa a la que se acababan de mudar a las afueras, y los labradores, Ted y Tod, correteaban por el jardín, David agarró la mano de su mujer que estaba en la hamaca de al lado y recordó:

—Y pensar que yo no te soportaba...

Amanda se echó a reír y replicó:

—Y yo menos todavía.

—Sin embargo, ahora mira... Jamás cambiaría esto por nada... Contigo lo tengo todo, Amanda. Todo.

Amanda le miró con los ojos muy brillantes y le dijo:

—Y yo. Y si tuviera mil vidas volvería a amarte en todas...

—Como tengamos mil vidas, en todas sabré que eres tú.

Amanda suspiró emocionada, besó los labios de su marido y, con los labios pegados a los de él, susurró:

—Por el beso.

—Por tu beso. Yo inventaré miles de cosas para llegar hasta ti, te juro que lo haré, moveré cielo y tierra para encontrarte, pero solo el beso me confirmará que eres tú. El beso perfecto. El beso de la única a la que amaré por siempre...

Y volvieron a besarse pero esta vez con una pasión tan desatada que las niñas empezaron a gritar:

—¡Qué pesados con los besos!

Amanda muerta de risa, se separó de David y les advirtió a sus hijas:

—Ya os llegará a vosotras el día del beso perfecto. Ya veréis ya...

—¡Puaj qué asco! Quita, quita... —comentó Susan, con un gesto muy simpático.

Todos se partieron de risa y luego David le confesó a su mujer, mientras sus hijas volvían a los juegos en el agua:

—Solo espero que el momento del beso perfecto sea lo más tarde posible. Me gustaría disfrutarlas hasta que cumplieran por lo menos los cuarenta... —comentó David, divertido.

—¿Quieres tenerlas en casa hasta que tengan cuarenta años? Jajajaja. Yo

solo espero y deseo que sean tan felices como yo lo soy contigo...

—Pues lo van a tener complicado, porque dudo que haya alguien en el planeta que ame más de lo que te amo yo a ti.

Y al escuchar aquello, a Amanda no le quedó más remedio que volver a besar a su marido, porque le amaba con toda su alma... Si bien luego, repuso:

—Pero con todo encontrarán sus respectivos besos perfectos... Porque todo el mundo tiene uno esperándole y sé que ellas lo encontrarán... Ya verás cómo sí...

Y Amanda estaba en lo cierto, porque unos pocos años después, a Grace la besó en la playa el hijo de Brenda y de Peter, un joven surfero llamado John con el que acabó casándose y teniendo tres hijos.

Y en cuanto a Susan encontró el amor en Europa, en un viaje de fin curso, donde un parisino de lo más *sexy* le dio el beso perfecto que cambió su vida para siempre...

Pero esas son otras historias y otros besos...

La de Brenda y David termina aquí...

Mejor dicho, no termina nunca, porque cuando el amor es de verdad jamás acaba...